

La distopía del mal vivir

Trabajo y fascismo en el siglo XXI

Nuria Giniger

CONICET



C E I L



La distopía del mal vivir

Trabajo y fascismo en el siglo XXI

Giniger, Nuria

La distopía del mal vivir : trabajo y fascismo en el siglo XXI /
Nuria Giniger. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
CLACSO ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CEIL-CONICET,
2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-308-187-5

1. Fascismo. 2. Neoliberalismo. 3. Organización del Trabajo. I.

Título.

CDD 301

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Neofascismo / Derechas / Hegemonía / Trabajo / Neoliberalismo /
Emancipación / Imperialismo / América Latina

Corrección y diseño interior: CEIL CONICET
Arte de Tapa: CLACSO

La distopía del mal vivir
Trabajo y fascismo en el siglo XXI
Nuria Giniger

CONICET

C E I L

 **CLACSO**



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro - Director Ejecutivo

Gloria Amézquita - Directora Académica

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Producción Editorial

Valeria Carrizo y Darío García - Biblioteca Virtual



**Librería
Latinoamericana
y Caribeña de
Ciencias Sociales**

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

Distopía del mal vivir : trabajo y fascismo en el siglo XXI
(Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2025)

ISBN 978-631-308-187-5



CC-BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Índice

Presentación. Las posibilidades más allá del neofascismo <i>Vijay Prashad</i>	9
Introducción	11
1 / Ascenso y declive del modelo de acumulación neoliberal	21
2 / Crisis de todos los órdenes: el imperialismo alarmado	47
3 / El fascismo del siglo XXI	73
3 ½ / Apuntes sobre tecnología	101
4 / Cambios verdes en la organización del trabajo	117
5 / Transformaciones laborales digitales	143
Palabras finales	171
Bibliografía	197
Sobre autores y autoras	219

Presentación. Las posibilidades más allá del neofascismo

Vijay Prashad

Nuria Giniger ha escrito un libro poderoso surgido de las fauces de una situación que no es envidiable en Argentina. Fueron la crisis del neoliberalismo y sus fracasos políticos los que crearon las condiciones para que Javier Milei ascendiera a la presidencia. No llegó al poder por sus propios méritos, pues en realidad es un mero títere vacío, con una agenda diseñada para destruir la sociedad en lugar de sanar sus problemas más graves. Ningún mandato legítimo puede recaer en un hombre que blande una motosierra y amenaza con romper en vez de construir. Sin embargo, sí obtuvo un mandato, y lo logró debido al colapso del resto de la clase política, que, uno tras otro, había fallado en abordar los problemas centrales planteados por la crisis del neoliberalismo: cuestiones como el desgaste de la soberanía argentina, la incapacidad de controlar el peso frente a la presión del dólar, la falta de voluntad para utilizar los recursos del Estado y obligar al capital privado a construir la infraestructura del

país y reconstruir su industria, así como la negativa a emplear los recursos estatales para superar los graves problemas del hambre y la pobreza. Si el gobierno anterior a Milei, en especial las fuerzas socialdemócratas, hubiera logrado implementar una agenda de orientación socialdemócrata con la soberanía como eje, es poco probable que los neofascistas hubieran alcanzado tanto poder.

Un libro escrito en este contexto —con Milei al mando del Estado y amenazando con dismantelar la sociedad— bien podría ser un texto exclusivamente cargado de emociones. Pero este no es ese tipo de libro. Se trata de un estudio científico que sostiene algo muy concreto: el surgimiento del neofascismo, tanto en Estados Unidos como en Europa e incluso en Argentina, tiene como objetivo revitalizar el sistema hiperimperialista liderado por Estados Unidos y frenar el necesario crecimiento de un “horizonte socialista revolucionario y anticapitalista”, en palabras de Giniger. Un sistema capitalista occidental agotado, con tasas de crecimiento en picada y frente a potencias económicas dinámicas en Asia (China, Vietnam, India, Indonesia), necesita reorganizar los regímenes laborales en su órbita para revitalizar el capitalismo occidental y competir con el ascenso de las economías asiáticas. Para Giniger, el neofascismo es el mecanismo de salvación de Occidente. Pero no funcionará, y solo conducirá a la desesperación en los países que adopten esta opción política.

Este libro es tanto un análisis de los problemas que plantea el neofascismo como una advertencia contra él. Espero que las y los lectores presten atención a esa advertencia y difundan ampliamente sus ideas en los movimientos sociales y políticos, hasta llegar al corazón de una clase trabajadora que, poco a poco, está redescubriéndose a sí misma.

Santiago, Chile
Mayo de 2025

Introducción

Este libro nace como una necesidad de poner en relación dos cuestiones en boga: el fascismo y los cambios en el trabajo. Sobre lo primero, desde hace por lo menos cinco años, las y los intelectuales del mundo están intentando producir sentido de este fenómeno de derechas, ultraderechas, liberales libertarios, fascistas, neofascistas y nazis. Sobre lo segundo, aun con menos resonancia, también se están produciendo ideas acerca de las modificaciones, los nuevos trabajos, el *emprendedorismo* y las condiciones de las y los trabajadores.

Desde la pandemia se produjeron polémicas acerca de si la humanidad iba a salir peor o mejor, si el capitalismo saldría reformado o se acabaría. Las analogías con la segunda y tercera décadas del siglo XX se hicieron inevitables: gripe española, primera guerra mundial, genocidio armenio, revolución rusa y ascenso del fascismo.

Hace un siglo, el modo de transitar la enorme crisis económica, política, social, cultural, y la del imperialismo británico fue con enorme destrucción e inmensa esperanza. En ese proceso, las formas de organizar al trabajo, su división internacional y sus condiciones se

modificaron radicalmente. El inicio de lo que se conoce masivamente como *fordismo* tuvo su origen en la necesidad del capital de reordenar el trabajo y configurar un nuevo modelo de acumulación para recuperar la tasa de ganancia, en el seno de ese momento histórico extremadamente revuelto y del desafío revolucionario a su dominio. Las y los trabajadores del mundo vivieron esas décadas de transformaciones con lucha, organización, voluntad transformadora y bajo una enorme represión, coacción y escarmiento.

En este siglo, la pandemia del COVID-19 terminó y la “nueva normalidad” se llenó de guerras, genocidios y fascismos. Las transformaciones que se observan en el trabajo -al menos en Occidente- son significativas y degradantes de los derechos conquistados, pero sobre todo, con ausencia de un horizonte revolucionario que conmueva a las y los trabajadores del mundo.

En contraposición, el ascenso como potencia económica de la República Popular China le imprime un desarrollo diferente a ese grandísimo país, dirigido por el Partido Comunista y autoproclamado socialista. No obstante, en estos tiempos, el proceso chino no ha logrado conmover al resto de las y los trabajadores de la Tierra como un anhelo colectivo para construir. La disputa imperialista por evitarlo es inmensa: ya no se trata de vencer la revolución, sino de evitar que empiece.

El fascismo del siglo XXI tiene ese propósito: recuperar la iniciativa, recobrar el vigor del imperialismo norteamericano, reorganizar un modelo de acumulación que revitalice el capitalismo y evitar que, en pleno proceso, nazca un horizonte revolucionario anti-capitalista, socialista, capaz de postular y construir otro modo de organización de la sociedad, sin explotadores ni explotados.

El modelo de acumulación neoliberal, que parecía ser infinitamente cruento -la dictadura del gran capital- fue largamente impugnado. Se vio forzado a morigerar sus propósitos y asumir como parte de sí contenidos y valores que no le pertenecían. La lucha de clases configura los parámetros de lo posible. Las relaciones de fuerzas que originalmente constituyeron y sistematizaron el modelo neoliberal

fueron cambiando y establecieron nuevos valores y puntos de referencia éticos, nuevas expectativas de consumo, nuevas legitimidades de trabajo y de vida. Esos modelos de sociedad y de Estado se fueron convirtiendo en un obstáculo para las necesidades e intereses del capitalismo, que entró en una crisis muy compleja, de la cual está intentando salir.

El fascismo -como iniciativa extremista del capitalismo- tiene la tarea de reordenar las relaciones de fuerzas, de hacer consistente un proceso de máxima explotación laboral con un nuevo Estado. El cambio del patrón de acumulación requiere un Estado a la medida y una sociedad asimilada y adaptada a las nuevas condiciones vitales. El fascismo del siglo XXI es la forma que tiene el bloque de poder de reorganizarse, de asumir la conducción y de configurar este nuevo modelo.



Este libro lo escribí durante el gobierno de Milei y Villarruel, en Argentina. Una tragedia cada día. Una provocación incesante. Más de 250 mil desocupadas y desocupados nuevos en el sector privado. Más de 50 mil despedidas y despedidos en el sector público. El organismo para el cual trabajo -Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)- desfinanciado, con despidos, recortes y ajustes, que impiden sostener la producción de ciencia y tecnología de forma soberana y autónoma. En las universidades públicas, otro tanto.

En las calles se fue tejiendo la resistencia de los distintos sectores agredidos. Viene siendo enfrentada por un aparato represivo cada vez más sofisticado, con decisiones tendientes a quebrar cuerpos y voluntades. Ninguna provocación es casual, aunque se les salga de control.

Comprender por qué este gobierno fascista ganó las elecciones, cuál es su plan, cómo se entrama con el proceso mundial y por qué

las y los trabajadores no ven otra alternativa, son preguntas latentes en este libro. Pero son preguntas de acción, porque lo que motorizó este trabajo fue la urgencia por echar al gobierno y construir una alternativa al capitalismo.

Lo que aquí intento mostrar es que este es el capitalismo realmente existente, en donde se entrama una relación entre el fascismo del siglo XXI y los cambios en la organización del trabajo, tendientes a configurar un nuevo patrón de acumulación. Este es el capitalismo que los anti-capitalistas debemos combatir en la actualidad. No es una ilusión, no es pasajero: lo que el capital está pretendiendo configurar es una sociedad individualista, sin derechos, sin solidaridad ni comunidad. Este es su modo de recobrar impulso.

Hay quienes dicen que el neoliberalismo es la fase superior del capitalismo pues se trata del *summum* capitalista. De esta forma, interpretan esta fase abierta con Trump, Bolsonaro, Milei, Meloni, Bukele, Orban, también como neoliberalismo. Esa idea, de algún modo, confluye con quienes plantean que el capitalismo está en su fase final o terminal, pues la profundidad y extensión de esta crisis indicaría la imposibilidad de su recuperación. Que esto que vimos hasta aquí es todo lo que veremos.

Este libro discute con esa idea, porque el capitalismo no se cae, ni se autodestruye. Tal vez podrá destruir la Tierra a su paso y de esa forma darle fin. Aunque ya están los magnates planificando a dónde ir si nuestro planeta se vuelve inhabitable. Al capitalismo hay que demolerlo, no muere solo, hay que derrumbarlo antes de que imposibilite la vida. Pero esto no ocurre sin horizonte común, sin propuesta de sociedad nueva, sin un nuevo ordenamiento humano.

Este libro pretende demostrar que las clases dirigentes han aprendido y sistematizado sus experiencias de un modo eficiente. Aun cuando no encuentran las salidas, no se les puede negar la capacidad de iniciativa. Requieren recuperar dominio y ganancia, y saben que eso no se hace reproduciendo los viejos modos. Identificaron sus necesidades e intereses, analizaron qué demanda el pueblo y fueron capaces de reconvertirse en *fascistas modelo*.

Por otra parte, existen posiciones conciliadoras, que diferencian el fascismo actual del capitalismo. Esto se basa en que pretenden asumir que un capitalismo mejor es posible. No dejan claro cómo este sistema sería más humano, ni por qué los magnates de hoy distribuirían sus riquezas. Eso ya existió y dejó expectativas largamente incumplidas. Pero inclusive si fuera posible establecer durante un tiempo un capitalismo de renovado bienestar, la historia nos muestra una y otra vez que eso tiene corta vida: cuando la disputa por la distribución de la riqueza se ponga difícil y el capital requiera volver a ajustar (a concentrar su riqueza), lo hará nuevamente a costa de hambre y represión, utilizando todos y cada uno de sus instrumentos de coerción.

En el capitalismo, las y los trabajadores no podemos prometer estabilidad ni mucho menos garantizar condiciones de vida dignas a nuestros hijos ni nietos. En el futuro vital previsible, que implica dos o tres generaciones, el capitalismo promete inestabilidad, guerras, hambre, desaliento. Sobre todo para los pueblos de los países periféricos.

Bajo estas condiciones, la tarea es impedir que este nuevo patrón de acumulación inhumano se establezca. Este es un modelo que requiere jornadas laborales de más de 10 horas y ritmos de producción cada vez más intensos. Desestabilizarlo, mantenerlo incapaz de construir consensos y proponer una sociedad mejor es luchar contra el capitalismo realmente existente. No son dos etapas: primero, destruir al fascismo y luego al capitalismo. Este es el capitalismo y la urgencia requiere derrotarlo.

Este libro fue escrito en la Argentina, entre septiembre de 2024 y marzo de 2025. Un sector del pueblo de mi país está peleando denodadamente contra el gobierno, resiste cada una de las políticas como puede, en un contexto subjetivo realmente desfavorable. Peleamos porque sabemos que en esas luchas se encuentra el germen del futuro. Luchamos porque entendemos que la cristalización de este proceso fascista en Argentina constituye un ejemplo para las clases dominantes de otros países y de sujeción para otros pueblos.

En este sentido, este material tiene mayoritariamente como referencia a la realidad nacional, pero intenta ubicarse en un mundo en profunda transformación. No obstante, deja planteada la pregunta acerca de cómo se expresa en cada territorio este proceso de disputa. Ojalá pronto podamos componer y sistematizar el modo en que los pueblos llevamos adelante estas peleas, para aprender de la fabulosa variedad y empeño popular. Gramsci diría que nos toca hacer *inventario* para vencer.



En agosto de 2024, las y los compañeros de la Corriente Nacional Agustín Tosco (CONAT) nos pidieron a un abogado laboralista y a mí que expusiéramos en un plenario una caracterización de la reforma laboral contenida en la ley Bases, recién promulgada por el gobierno de Milei, y de la situación de la clase obrera. La exposición del compañero abogado puso negro sobre blanco las modificaciones laborales pretendidas por el *establishment*, que implicaban la voluntad de configurar un nuevo Estado. Por mi parte, hice mi mejor esfuerzo por caracterizar sistemáticamente las transformaciones en el trabajo y en las condiciones de las y los trabajadores, de forma tal de realizar una presentación didáctica a un conjunto de delegados y dirigentes sindicales muy exigentes y combativos.

Al salir de allí, tuve la certeza de que hacía falta pasar esos apuntes en limpio y poner en sintonía el proceso político actual con la reorganización y situación de la clase trabajadora. Escribir un libro lleva tiempo, concentración. En la Argentina actual eso es difícil, son múltiples los conflictos, las movilizaciones, las incertidumbres. Pero tuve la certeza de que valía la pena sistematizar algunas ideas y preocupaciones como forma de contribuir al debate general.

Este libro tiene cinco capítulos y medio. En el plan original iba a tener cuatro. En la medida en que fui escribiendo pero sobre todo leyendo vorazmente todo lo que llegaba a mis manos, me encontré

con un universo mucho más succulento y complejo, que enriqueció notoriamente mi trabajo.

Desde que me dedico a la investigación científica, mi preocupación se orienta a comprender las formas y contenidos a través de los cuales las grandes empresas construyen consensos, consentimientos, limitan los conflictos y sostienen la adhesión de las y los trabajadores. Esto les permite reproducir el capitalismo. En el último tiempo, las investigaciones del equipo que dirijo se orientaron a comprender esto mismo, en el seno de la denominada *transición energética*. De alguna forma, este concepto que se constituyó en una verdad indiscutible y en la solución a la crisis climática, se despliega de un modo particular en las empresas. Pero sobre todo, es un concepto presente en los debates del pueblo, que tiene dificultades para la creación de categorías propias. La mayoría de los enfoques populares asumen dos alternativas: o el cambio de matriz energética o la eliminación del llamado “extractivismo”. Las respuestas que fueron construyendo los pueblos ubican a la tecnología como la madre de las soluciones o a lo pequeño comunitario como la vía para vivir bien. De algún modo, esto inhibe o limita la posibilidad de imaginar relaciones sociales basadas en la propiedad pública, donde la toma de decisiones y la organización del mundo se despliegue por voluntad consciente de las grandes mayorías, sin que el capital defina nuestros destinos.

Esta dificultad proyectiva es una característica propia de la misma crisis de falta de horizonte que vivimos los pueblos hoy. Pero en el seno de esta crisis hace falta explicitar cuáles son los caminos que la *transición energética* y los *negocios verdes* están asumiendo, pues conducen a una mayor explotación laboral.

Otro tanto ocurre con las empresas y *negocios de tecnologías digitales*. La impugnación progresista a los medios digitales, la impotencia de considerarlos inasibles e imposibles de desmercantilizar, así como la creencia de que estamos bajo el dominio digital de nuestros cerebros, forman parte de un proceso de invisibilización de las y los trabajadores, de cómo se produce la riqueza social y de las posibi-

lidades que las mayorías tenemos para transformar el mundo. Los *negocios digitales* están también a la vanguardia de los cambios en el trabajo, en su organización y condiciones, pero no por simple tracción de la tecnología. De lo que se trata -una vez más- es del *poder*.

Este es un libro, entonces, acerca del poder. El poder como relaciones de propiedad, de dominio, de explotación. El poder que entiende la corriente del marxismo de la que nos sentimos parte. El poder según Lenin, Gramsci, el Che y Fidel, sólo por nombrar algunos de nuestros referentes teórico-prácticos.

De esta forma, el libro quedó conformado por cinco capítulos y medio. En el primero, se historiza el ascenso y declive del modelo de acumulación neoliberal. En el segundo, se propone una explicación de la crisis de 2008, la emergencia de China y las profundas dificultades del imperialismo norteamericano por sostener su dominio.

El tercer capítulo recoge las características centrales del desenvolvimiento del fascismo del siglo XXI, como consecuencia histórica y vanguardia extremista del capitalismo en crisis. Este capítulo se basa en un ensayo que escribí para un concurso organizado por CELARG, Casa de las Américas y la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad, y que ganó una mención especial para publicación.

Luego se introduce un capítulo intermedio, no planificado. Es como si se tratara de una larga nota al pie. Es un capítulo que se hizo necesario para adentrarse en los debates sobre los cambios en el trabajo, porque están repletos de tecnología y de abordajes sobre ella. Comprendí que se requería un marco para identificar los debates político-tecnológicos.

Finalmente, los capítulos cuatro y cinco ponen el foco en las transformaciones del trabajo, en las modalidades y cambios que se están llevando adelante como modo de acrecentar la plusvalía, primero en los *negocios verdes* y luego en los *negocios digitales*.

La totalidad de este libro tiene la intención de aportar algunas ideas o explicaciones sobre lo que nos está pasando, para ubicar con

mayor precisión los mejores y más eficaces modos de dar la batalla por un mundo mejor.

Agradezco enormemente a quienes me dieron una mano con este libro, que me ayudaron a pensar y reflexionar sobre nuestra realidad, pero sobre todo que contribuyen todos los días a transformarla. Aunque la escritura es en solitario, nunca es en soledad.

1 / Ascenso y declive del modelo de acumulación neoliberal

En un trabajo extraordinario, el sociólogo brasileño Ricardo Antunes (2005) estableció seis elementos que manifestaban la crisis del capitalismo en la década de 1970, producto de la lucha de clases. En primer lugar, la caída de la tasa de ganancia. Este elemento tendencial, que Marx ya había indicado, estaba atravesando un proceso crítico desde fines de la década de 1960 que llegó a su mínimo a principios de los años ochenta (Roberts, 2022).

En segundo término, Antunes señala el agotamiento del patrón de acumulación taylorista-fordista de producción, como expresión de la crisis estructural del capital. La disputa de los obreros estadounidenses y de Europa Occidental respecto de las condiciones, el cuestionamiento a las tareas repetitivas y a la forma de organizar el trabajo fue un condicionante central para el agotamiento de este patrón de acumulación, en el marco de un ascenso de luchas revolucionarias, con Vietnam a la cabeza y el socialismo como horizonte.

Esto pone en cuestión el “Estado de bienestar”, que también entra en crisis.

Asimismo, Antunes señala otros tres elementos determinantes: la hipertrofia de la esfera financiera, la concentración de capital y el incremento de las privatizaciones; todas salidas que las clases dominantes pusieron en juego frente a la crisis.

Con estos seis condicionantes Antunes explicó la transformación y reorganización del capital y de su sistema ideológico y político de dominación, a partir de la derrota del movimiento obrero a mediados de la década de 1970. El autor, siguiendo a Bihr (1991), planteó que la lucha obrera de aquellos años cuestionó el trabajo fordista y despótico, poniendo sobre la mesa la posibilidad del control social del trabajo sin el capital. Sin embargo, aunque esto socavó la base del dominio capitalista, no se tradujo en la victoria de un proyecto revolucionario.

Como plantea Keucheyan (2013), “todo comienza con una derrota”. La derrota del Mayo francés más precisamente, imposibilitó la cristalización de un nuevo Estado a favor del pueblo y de una nueva correlación de fuerzas, que se había acumulado en las disputas y experiencias del movimiento obrero, desde finales de la segunda guerra mundial y con el impulso extraordinario de la revolución cubana.

De la crisis del capitalismo se salió con la derrota de los movimientos revolucionarios y de protesta, con la renovada iniciativa imperialista y con el desarrollo de tecnologías computacionales y robóticas. Y sobre todo con la reconfiguración de un modelo de organización productiva con un sustento ideológico-cultural específico, que recupera el ciclo de negocios.

La historia del capitalismo tiene en las crisis puntos de inflexión en las que las contradicciones se agudizan y hay un cambio cualitativo. No se evaporan la historia ni la experiencia de los sujetos, sino que por el contrario perviven en una reconfiguración de las relaciones de fuerzas. Pero, como dijo Marx (1890) en el capítulo XXIV de *El capital*, “sabido es que en la historia real desempeñan un gran papel la conquista, el esclavizamiento, el robo y el asesinato, la violencia,

en una palabra”. La derrota de los proyectos revolucionarios fue a sangre y fuego, y en América Latina significó cientos de miles de desaparecidos, asesinados y exiliados. La recuperación de la iniciativa por parte de las clases dominantes no es en el vacío, ni exclusivamente por los errores o límites de los movimientos revolucionarios: la derrota es material y concreta, con predominio de la coerción, la represión, la violencia.

La transformación de la subjetividad obrera y popular a partir de la década de 1970 se ejerció sobre el terror: sobre el miedo a desaparecer o ser asesinado, sobre el pánico a ser golpeado, torturado o encarcelado, y luego, sobre la angustia de quedarse sin trabajo y sin sustento.

Pero no es hasta la caída del muro de Berlín y la URSS que efectivamente se consolida el proyecto neoliberal en todo su esplendor, y la intensificación del trabajo se sistematiza en un nuevo ciclo de negocios expansivo, bajo la hegemonía absoluta del imperialismo estadounidense, con la extensión mundial de la fuerza de trabajo y el imperio de la ley del valor a escala global.

Cambios en la organización del trabajo

Como propone Bihr (1991, p. 19), “los capitalistas comprendieron entonces que, en vez de limitarse a explotar la fuerza de trabajo muscular de los trabajadores privándolos de cualquier iniciativa y manteniéndolos enclaustrados en las compartimentaciones estrictas del taylorismo y del fordismo, podían multiplicar su ganancia explotándoles la imaginación, las dotes organizativas, la capacidad de cooperación, todas las virtudes de la inteligencia”. De esta forma, las clases dominantes recuperan la iniciativa y transforman determinadas demandas obreras de autonomía bajo los términos de la hegemonía neoliberal.

La historia es conocida: la incorporación de métodos toyotistas de organizar el trabajo consolida lo que hemos denominado *hegemonía*

empresaria (Figari et al., 2017). Este concepto lo propone Nash (2015) para explicar el control empresarial y el consentimiento obrero en la empresa General Electric, recuperando a Gramsci (1950), quien establece que “la hegemonía nace en la fábrica”.

La hegemonía empresaria, consolidada en la década de 1990, tenía a la empresa globalizada como el sujeto principal en una dinámica contradictoria de territorialización y deslocalización mundial. Las políticas que la empresa llevaba adelante se constituían en la doble dimensión global y local, es decir, en el ordenamiento de directivas desde los centros neurálgicos del poder (casas matrices y agencias u organismos internacionales) y en los conflictos del territorio productivo de emplazamiento. Estas directrices se condensaron en una doctrina flexibilizadora mediante el *management*, que reorganizó el trabajo, achicó las plantillas laborales, redujo puestos, fusionó tareas y funciones y creó puestos nuevos.

La racionalización capitalista se orientó a reducir los tiempos muertos para evitar los desperdicios, y este modelo de acumulación y dominación neoliberal no iba a ser la excepción. La racionalización del trabajo bajo influjo del *toyotismo* implicó la incorporación de un funcionamiento celular en las fábricas, ya no para conspirar contra el capital, sino para hacer más eficiente el trabajo y el disciplinamiento laboral. Las nuevas células tuvieron que asumir nuevas funciones productivas y también de control, mantenimiento y cuidado. Las células se organizaron con un líder, para coordinar y verificar los niveles de producción y las paradas imprevistas, registrar accidentes e incidentes durante su turno. El líder no tenía ninguna distinción del resto de los trabajadores de su célula, excepto cumplir con tareas de vigilancia y de sistematización de lo que ocurría durante el tiempo de trabajo, incluyendo “ideas”, a través de la propuesta de *mejoras*. Esto implicó la adición de tareas: ya no solo se trataba de realizar la tarea específica y puntual, sino de gestionar el proceso, los costos y los insumos, y participar del mantenimiento y de la seguridad.

Asimismo, la incorporación de sistematizaciones primero y luego de procesos informáticos, fueron claves para la eficacia de la nueva forma de organizar el trabajo y para su intensificación, a través de la sumatoria de tareas y del aumento de ritmos de producción dirigidos desde dispositivos de control celulares e informáticos.

Bajo la apariencia de la democratización del proceso de trabajo, la multitarea, la polivalencia funcional de los puestos de trabajo, el *just in time* y la mejora continua fortalecieron el poder empresarial, para definir la variación de la composición orgánica del capital, la segmentación (tercerización y subcontratación), la reorganización del trabajo y la apropiación del saber-hacer de forma más eficaz. A través de la organización celular (equipos, islas, etc.), las empresas no solo sostuvieron su capacidad de definir y corregir el desperdicio de la producción, sino también de incorporar contenidos ideológico-culturales neoliberales (Figari et al, 2017).

Asimismo, la inclusión de sistemas tecnológicos de vigilancia, de seguimiento y control del flujo global del proceso productivo se tornaron indispensables. Esto consistió en reforzar métodos informáticos de monitoreo del rendimiento de los medios de trabajo y de dosificación de los flujos de insumos, de trabajo humano y de *stock*, además de automatizar algunos procesos completos. Esto rediseñó los puestos de trabajo y puso en tensión los requerimientos socio-técnicos para cubrirlos. Esta modificación quedó oculta bajo la categoría de *competencias*, a través de las cuales los contenidos y saberes que movilizaban los y las trabajadores –y por las que antes estaban clasificados en sus puestos-, quedaron invisibilizados.

Esto, en el caso argentino, expresó dificultades y conflictos en la negociación colectiva: algunos sindicatos optaron por mantener los convenios colectivos de trabajo tal cual se definieron en la etapa anterior, con categorías atadas a la descripción de tareas, herramientas y maquinarias, como forma de resistir la flexibilización laboral. No obstante, en los hechos y a través de las modificaciones de la regulación general del trabajo, se fueron incorporando pautas flexibilizadoras.

Asimismo, otras estrategias sindicales incorporaron modificaciones en la negociación colectiva de los convenios colectivos de trabajo y actas acuerdo: competencias, plus salariales por objetivos, desempeño, productividad y presentismo; contratos por tiempo determinado, tercerizado o encubriendo la relación laboral; polivalencia laboral; desdibujamiento de la antigüedad como criterio de ascenso o movilidad; etc.

En términos generales, además, se invirtió la relación entre las negociaciones por rama de actividad y por empresa. Mientras que antes de 1975 la mayoría de las negociaciones eran centralizadas, desde el segundo lustro de la década de 1990 se amplifica la cantidad por empresa, profundizando la heterogeneidad de las condiciones de trabajo y salario (Marticorena, 2015).

Tercerización y externalización

Otro elemento central de la reorganización productiva del neoliberalismo fueron los procesos de tercerización y subcontratación, que comenzaron a convivir en el mismo espacio de trabajo. Sectores enteros del proceso productivo se externalizaron, y esas funciones y tareas quedaron en manos de empresas contratistas. Esto impactó no sólo a pequeñas y medianas contratistas, sino a grandes monopolios que muchas veces se convirtieron en empresas proveedoras o contratistas, inclusive a través de compañías con los mismos o similares capitales que la principal. Es decir, la fragmentación y deslocalización productiva no fue un asunto de pequeños. La decisión de determinadas empresas de sacarse de encima fracciones del proceso productivo se estableció como una modalidad de acumulación.

En algunos casos de tercerización de segmentos de la producción externalizados, los y las trabajadores incluso compartían el mismo espacio laboral que los contratados por la empresa madre. A veces incluso son áreas núcleo de la producción, pero que las grandes empresas indicaron como áreas periféricas. En estos casos, frecuente-

mente los y las trabajadores respondían a las mismas cadenas de mando. Sin embargo, las condiciones de trabajo eran distintas: salarios diferenciados e incluso a veces encuadramientos convencionales, con derechos distintos. En este marco, las empresas contratistas muchas veces se constituyeron como una expectativa de ingreso a la empresa principal o *madre*.

Asimismo, en los procesos de externalización se subcontrataron otras tareas periféricas o de sostén: transporte, limpieza, maestranza, vigilancia, así como obras, instalaciones, ingeniería de determinados procesos, etc. Los trabajadores de estos sectores quedaron usualmente en peores condiciones, padeciendo muchas veces que el colectivo de trabajadores contratado por la empresa principal no los considere compañeros. La invisibilización de la desigualdad es una política que las empresas sostienen y que se naturaliza en los colectivos laborales (Figari et al., 2023).

De todas formas, la historia de luchas de los trabajadores tercerizados tiene memorables páginas en las que se lograron incorporaciones masivas, derechos igualitarios y corresponsabilidades de la empresa matriz.

En el proceso de configuración del neoliberalismo con el mundo unipolar, se multiplicaron los mercados para la deslocalización productiva, para la tercerización y subcontratación. Por un lado, las localizaciones de los desarrollos productivos vieron una diseminación que desestructuró la división mundial del trabajo, tal como existía en el fordismo. Algunos países que antes eran meros proveedores de materias primas y cuya media salarial era baja, sufrieron la transformación de los mercados de trabajo con la incorporación de industrias de partes o segmentos productivos. Las maquilas, los barcos-factorías, los *call centers* descentralizados, etc., son todos ejemplos de cómo empresas multinacionales deslocalizaron su producción a sitios con mano de obra barata, donde empresas bajo las condiciones del país de emplazamiento desarrollaron determinadas partes del encadenamiento productivo global.

Las transformaciones económicas y socio-culturales de esos lugares de fijación de nuevas fábricas y empresas modificaron la vida de esos pueblos. En un hermoso trabajo, el pedagogo Michael Apple relaciona los procesos de proletarización, racialización y neocolonialismo, contando cómo la incorporación de plantaciones de papas para McDonald's en algún lugar de Asia modificó todo el entramado socio-productivo local, empobreció a grandes masas de población y privó de educación, salud y vida digna a sus habitantes (Apple, 1997).

Transformaciones en el agro

Este proceso de incorporación de enormes porciones de territorio y poblaciones enteras al mercado capitalista mundial bajo la hegemonía del imperialismo norteamericano, implicó la proletarización de enormes masas de trabajadores, en un movimiento contradictorio entre la homogenización de la proletarización creciente y la heterogenización de las condiciones de trabajo y salario (Cifarelli et al., 2002). Este proceso general de modificación de las condiciones y modelos de acumulación, incluye el nuevo régimen de producción agrícola. Como plantea Blanco (2022): “Se destaca una nueva división del trabajo entre países productores y países consumidores, una distribución de la tierra bajo las figuras de arrendamiento y concentración de la producción y una búsqueda acelerada de incrementos de productividad a partir de controles cada vez más precisos de los recursos de producción”.

La agroindustria o agronegocio consolida su hegemonía en la década de 1990. García & Rofman (2009) plantean que los tres pilares de la transformación son la biotecnología, los agroquímicos y la ingeniería genética. Esto lo despliegan formas empresariales de organización del capital denominados *pools* de siembra, con un fuerte rol del capital financiero y especulativo. Las técnicas de siembra directa, así como el arriendo de tierras por cosechas, se combinan

con el corrimiento de la frontera agrícola y el aumento significativo de la mecanización e informatización (Blanco, 2022). Así como para la industria, también se produce un proceso de tercerización a través de proveedores especializados.

La autora, además, propone tres “revoluciones verdes”, signadas por modificaciones e introducciones tecnológicas, que habilitaron el aumento significativo de la productividad agrícola. La primera, en las décadas de 1960-1970, remite a la incorporación de semillas híbridas y fertilizantes, herbicidas y pesticidas, que mejoren el rendimiento. La segunda es la modificación genética de semillas y la siembra directa. La tercera es la incorporación de tecnologías digitales al proceso, que se está atravesando en la actualidad.

En el caso argentino, en lo que respecta a los trabajadores rurales, entre 1970 y 2010 se pasa del 15 % al 9 % de población con residencia rural, es decir, el agro tiene un millón doscientas mil personas menos (Neiman et al., 2023). Por otro lado, siguiendo a los autores, las condiciones de trabajo se sostienen con escasa formalización, bajos salarios, inestabilidad laboral y alta rotación, flexibilidad, subcontratación, el pago a destajo y los elevados índices de accidentes de trabajo.

Estandarización y privatizaciones

Esta transformación de la organización del trabajo implicó un proceso de homogeneización mundial. Hubo distintas iniciativas para homogeneizar, pero una de ellas eran las normas ISO, particularmente la serie ISO 9000. La Organización Internacional de Normalización (ISO) se compone de organismos nacionales de normalización que establecen reglas orientadas a la “mejora de la calidad” y a la reducción de costos. En 1987 se crearon las normas ISO 9000 para estandarizar los sistemas de gestión de la calidad. Esto nada tiene que ver con la calidad de un producto. Se trata de procesos de

gestión y organización del trabajo, bajo dos premisas: la externalización y la flexibilidad laboral.

Este sistema de estandarización se tornó clave para el comercio y particularmente para la configuración de un sistema de subcontratación subordinado a las empresas madres, con destrucción de la competencia. Entre otras cuestiones, esto se debió a que la certificación de las normas ISO tiene alto costo: auditorías, consultorías y certificaciones, en las que intervienen empresas consultoras monopólicas. La posibilidad de certificar originalmente vino de la mano de las grandes empresas con mayores recursos para hacerlo, y luego eso derramó y configuró el conjunto del mercado.

Como plantea Álvarez Newman (2015), existió un complejo entramado vinculado a los sistemas de calidad total que implican a las empresas, a los organismos de normalización, certificación y acreditación, a las políticas públicas que incentivan la estandarización y certificación de la gestión de la calidad, y a ONG y fundaciones (e incluso sindicatos) que difunden la gestión de la calidad.

Por último, las modificaciones en la organización del trabajo a partir de la búsqueda de reducción de tiempos muertos, de la deslocalización y la externalización, fueron de la mano de la privatización de las empresas públicas. La inconmensurable transferencia de riqueza hacia el capital, tanto en los países occidentales, como con la caída del muro de Berlín, le dieron una enorme espalda económica-financiera al imperialismo para avanzar en un proceso de crecimiento expansionista. Esto produjo modificaciones no solo en los territorios “nuevos” para el capitalismo, sino también en el conjunto de los países. Contrariamente a lo que muchas veces se postula sobre el neoliberalismo, no se trató de un proceso de desindustrialización, sino de reorganización de la producción espacial y temporalmente en todo el mundo de forma integrada, con el propósito de aumentar la rentabilidad. De esta forma, 1.400 millones de trabajadores se incorporaron al mercado mundial, con condiciones de trabajo precarias, autoendeudamiento individual, sin acceso a los mínimos derechos básicos de buena alimentación, vivienda, salud y educación;

pero además, con un enorme flujo migratorio de trabajadores, en busca de un porvenir mejor y con el sufrimiento propio de la pobreza, la discriminación y las dificultades de organización obreras. Esto redujo el precio de un segmento enorme de la fuerza de trabajo, privatizó los derechos conquistados e individualizó el acceso a las necesidades básicas.

Financiarización

El otro elemento clave del modelo de acumulación neoliberal es la hipertrofia financiera. La salida de la crisis del petróleo de 1973 tuvo una serie de incentivos de inversión financiera. Se trataba de modificar el comportamiento del gran empresariado, cuyas inversiones eran en su mayoría productivas, aunque estaba habituado a compartir la propiedad con entidades bancarias. A mediados de la década de 1970 comienza a haber una serie de incentivos y coerciones que orientan la inversión del excedente hacia el mercado financiero.

En el caso de Estados Unidos, entre finales de los años 1960 y principios de los años 1980 hay una extendida inestabilidad económica que, como plantea Domínguez López (2016), alcanzó niveles estructurales. Según este autor, la crisis tiene tres vertientes: en primer lugar, la reconstrucción europea de posguerra con el Plan Marshall favoreció a EUA política y económicamente, pero hacia la década de 1970 Europa occidental, ya adentrada en la competencia, superaba la eficiencia de la industria estadounidense. En segundo lugar, con las guerras de Corea y Vietnam y la confrontación con la URSS, se incrementa el gasto militar. De forma contradictoria, el aumento del armamentismo permite crecer la economía, pero también implica un universo de gastos deficitarios. Por último, esta política fue un modelo de bienestar relativo para el pueblo estadounidense con ampliación de derechos y servicios públicos, que implicó el aumento de la presión fiscal a través de la demanda popular.

En este marco crítico, el presidente Richard Nixon define de forma unilateral suspender la convertibilidad del patrón oro y deja flotando al dólar en el mercado de divisas. Asimismo, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) resuelve aumentar el precio del petróleo como represalia por la guerra de Yom Kipur en 1973. Esto implicó el aumento del precio del crudo en un 2.246 % entre 1973 y 1980.

Este escenario modificó la estabilidad financiera de posguerra, el acceso a energía de bajo costo y ubicó los precios de los hidrocarburos y de la moneda en terreno especulativo. Esto último implicó un cambio en la relación de los países con EUA:

A partir de entonces, estos últimos no pudieron convertir sus dólares en valores físicos reales, salvo a través de la compra de oro en un mercado con precios que iniciaron una tendencia marcadamente alcista, o su inversión en otros activos (Domínguez López, 2016, p. 95).

El aumento del precio del petróleo, además, supuso para las clases dominantes la necesidad de buscar inversiones menos costosas, debido al incremento del precio de la energía. Esto condujo a que la inversión financiera implicara mayor margen de ganancia en menos tiempo.

Otro elemento que produce la hipertrofia financiera es la apertura de los mercados nacionales y la flexibilización de las regulaciones financieras. En el caso argentino, la dictadura cívico-militar produjo una serie de reformas legislativas en la normativa financiera a través de las leyes de Inversiones Extranjeras (1976), de Descentralización de los Depósitos (1977) y de Entidades Financieras (1977). Esta política de redireccionamiento hacia inversiones especulativas tuvo como consecuencia la concentración y privatización del sistema bancario. Asimismo, se destruyeron pequeñas y medianas empresas, o se reorientaron de forma subordinada con los grandes monopolios. Como plantean Bayer, Borón y Gambina (2011: 134),

Se corrobora, así, que compañías estatales, transnacionales no diver-

sificadas, pequeñas y medianas empresas y compañías de capitales nacionales independientes, descienden notoriamente su incidencia sobre el volumen total de la producción industrial. Es interesante destacar, también, que las pequeñas y medianas empresas se veían desfavorecidas en el acceso al crédito, dado que los grupos económicos y las empresas diversificadas y/o integradas obtenían recursos financieros en forma más fluida y con mejores condiciones, ya que las compañías prestadoras eran parte del mismo conglomerado empresarial.

En este mismo libro (2011: 135), se cita textualmente a quien fuera el ministro de economía de la dictadura en Argentina, José Alfredo Martínez de Hoz, quien escribió: “tras la reforma del sistema financiero, las tasas de interés del mercado tuvieron una fuerte elevación, produciendo la asfixia financiera de muchas empresas carentes de una adecuada estructura de capital”.

De este modo, como podemos ver, el redireccionamiento de la inversión hacia capitales especulativos se configuró no sólo a partir de la legislación antes mencionada, sino también de una propaganda enérgica acerca de lo obsoleto del aparato industrial, con una estética minimalista (“lo pequeño es hermoso” [Schumacher, 1973]), de apertura económica¹ y de desmantelamiento del llamado “intervencionismo estatal” sobre los mercados financieros; así como de la coacción sobre sectores económicos no disciplinados. Napoli et al. (2014) dan cuenta de esto último, particularmente con la investigación sobre la ejecución conjunta de las Fuerzas Armadas y funcionarios civiles de instituciones financieras de una red de secuestros a empresarios y financistas con el objetivo de apoderarse de sus empresas o ejecutar acciones financieras bajo tortura.

No obstante este proceso particular de redireccionamiento hacia el mercado financiero, la relación que América Latina y el Caribe tienen con el endeudamiento externo excede por mucho el momento

1 Aquí se puede ver una propaganda televisiva de la dictadura cívico-militar argentina, sobre la apertura de los mercados: <https://www.youtube.com/watch?v=h1f34nPBvR4>

histórico del neoliberalismo. Toussaint (2016) plantea que la deuda externa y el libre comercio constituyen la subordinación fundamental de América Latina desde el siglo XIX, provocada por banqueros británicos.

Ya hace casi dos siglos la concepción del desarrollo de los países latinoamericanos está ligada al endeudamiento externo, particularmente con Estados Unidos bajo la doctrina Monroe. Con excepciones heroicas (Paraguay en el siglo XIX; Cuba en el siglo XX; Venezuela, Nicaragua y Bolivia en el siglo XXI), la deuda externa es la soga al cuello que impide cualquier proceso de autodeterminación. La enorme facilidad con que los gobiernos latinoamericanos accedieron a la toma de deuda en la década de 1970, junto con la campaña de terror contra las restricciones de líneas de crédito y la subordinación de las burguesías latinoamericanas, hicieron que se produjera una crisis de deuda durante la década de 1980 que implicó extraordinaria salida de riquezas hacia acreedores privados. Según Toussaint (2003: 5), “entre 1982 y 2000, América Latina devolvió como servicio de la deuda 1.452.000 millones de dólares, es decir más de cuatro veces el stock total de su deuda, que se elevaba a 333.200 millones de dólares en 1982”. Los organismos internacionales -Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial, particularmente- y Estados Unidos exigieron el cumplimiento de los pagos, con el fin de evitar la renegociación o mora de las deudas. Como plantean Seoane & Ferolla, (2022),

el programa de ajuste del Fondo [FMI] persiguió tres objetivos: 1) garantizar el reembolso de la deuda contraída; 2) establecer reformas estructurales que tenían por fin liberalizar la economía, abrir a los mercados internacionales y reducir la presencia del Estado; y 3) permitir progresivamente a los países endeudados tener acceso a los préstamos privados por medio de los mercados financieros, aunque sin dejar de estar endeudados.

Esta política de endeudamiento externo tiene una modificación en la década de 1990 a través del Plan Brady que cambia los tipos de acreedores, pasando al anonimato y, como plantea Gambina (2003,

p. 2), “liberando a los bancos transnacionales acreedores del riesgo de una declaración de nulidad, no pago, o moratoria indefinida de la deuda”.

Según Cibils & Allami (2009: 6), las economías neoliberales tienen las siguientes características:

- política monetaria orientada casi exclusivamente a la estabilidad de precios,
- incremento significativo en el volumen de flujos financieros internacionales,
- expansión del crédito para consumo a los hogares,
- reorientación de los objetivos de las grandes corporaciones hacia los intereses de corto plazo de los accionistas, y
- mayor influencia en la economía global y nacional de instituciones financieras e inversores institucionales.

Se podría incluir también en esta lista la fuga de capitales (evasión impositiva y desfalcos) y el rol específico de los fondos buitres en la adquisición de títulos de deuda de Estados y empresas en mercados secundarios (es decir, que adquieren títulos tomados antes por otros inversores).

Alrededor de la financiarización de la economía se constituyeron una serie de incentivos internacionales para ordenar el sistema financiero, particularmente por parte de los organismos financieros internacionales, por ejemplo, el GAFI (Grupo de Acción Financiera Internacional, creado en 1989) y la transformación del GATT (Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio) en la Organización Mundial del Comercio (Del Popolo, 2022). Estos incentivos y recomendaciones no se plantearon como de cumplimiento obligatorio, aunque condicionaron el conjunto de la economía bajo dos aspectos: 1) por la necesidad del Estado de seguir endeudándose y de sostener el comercio exterior sin mayores dificultades; 2) por el peso de las sentencias judiciales. En el caso de la venta de bonos o títulos públi-

cos, se incluían *cláusulas de prórroga de jurisdicción*, es decir, que el Estado cedía la jurisdicción para que los juicios se resolvieran fuera del país. Esto implicaba que las controversias se llevaran adelante en el CIADI (Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones), en París, en Nueva York, o en alguna otra jurisdicción. El argumento con el cual se cedía la jurisdicción era “brindar garantías de imparcialidad” a la hora de resolver los fallos. A decir verdad, si no se ponían esas cláusulas los bonos eran de mayor riesgo y por lo tanto el precio disminuía. La “seguridad jurídica” se convirtió en un condicionante central del modelo de acumulación.

Estas características macroeconómicas produjeron distintas consecuencias en las economías de los países.² Sin embargo, no caben dudas de que la consecuencia general se organizó alrededor de la mayor concentración y centralización de la riqueza, junto con tendales de pobreza y deterioro de la calidad de vida y la consolidación del imperialismo estadounidense con un poderío nunca visto.

Democracia liberal, posmodernismo y pacto global

Como vimos hasta ahora, la recuperación de la iniciativa imperialista posterior a la crisis de principios de los años setenta implicó la transformación del modelo de acumulación de capital, a través de la modificación de la organización del trabajo a escala mundial, la reconversión productiva, la incorporación de nuevas tecnologías, y la financiarización de la economía. Esto tuvo su “acumulación originaria” en genocidios y guerras, que de todos modos no finalizaron siquiera en el momento de mayor esplendor de la hegemonía neoliberal, sino que se sostuvieron como modo de expansión y control comercial-territorial durante toda la década de 1990. Como plantea Del Popolo (2022), luego de la invasión a Irak en 1991 se sucedieron

² Para conocer más acerca de los debates de la economía crítica sobre las consecuencias de la financiarización, ver Skott & Ryoo, 2008.

muchas otras “intervenciones humanitarias”: Somalia, Yugoslavia, Libia, Haití, Liberia, Ruanda, Afganistán, Etiopía, Eritrea, Timor Oriental, entre otras. En todos los casos la “humanidad” implicaba acoger estos países en la órbita norteamericana e instaurar la *democracia* como único sistema político legítimo.

La democracia bajo la hegemonía neoliberal se restringe a la representatividad. El ideólogo de la Constitución de Pinochet, Jaime Guzmán, lo planteaba con total claridad:

La Constitución debe procurar que, si llegan a gobernar los adversarios, se vean constreñidos a seguir una acción no tan distinta a la que uno mismo anhelaría, porque –valga la metáfora– el margen de alternativas que la cancha imponga de hecho a quienes juegan en ella sea lo suficientemente reducido para ser extremadamente difícil lo contrario (de la Fuente, 2020).

Esta construcción de sentidos tiene en el individualismo su mayor aliado: el acceso a derechos se configura en acceso a privilegios. “Si querés salud y educación, tenés que pagar”. Todo entra en la lógica del intercambio individual, reforzando los sentidos de la meritocracia y el *sálvese quien pueda*.

Con la misma vocación ideológica, Fukuyama (1988) escribe su “célebre” ensayo sobre el fin de la historia, en el que plantea que con la derrota de la URSS y China se había llegado “[al] punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno humano”. El liberalismo y la democracia se entronizaban como el punto más alto de la humanidad, sin conflictos, sin contradicciones.

En esa misma dirección, Rifkin (1995) escribió un célebre libro sobre el fin del trabajo. Este ensayo, plagado de deseos y determinismos, establecía la muerte de la clase obrera. La “tercera revolución industrial”, en tanto automatización, establecía la eliminación de los trabajadores, el fin de “los humos industriales” y el paraíso de las computadoras. “Algo sabemos con certeza: entramos en un nuevo periodo de la historia en el que las máquinas sustituirán, de forma

cada vez más creciente, a los hombres en la producción de bienes y servicios.” (1995, p. 332). En este contexto, escribió loas para el denominado “tercer sector”: con enorme cinismo, propuso que aquellos liberados de la carga laboral podrían dedicar su tiempo al trabajo voluntario.

Ambos libros hoy han sido refutados precisamente por la historia. Sin embargo, ambos constituyeron una fuente inagotable de propaganda a favor del neoliberalismo, de la democracia liberal y del individualismo. Esta propaganda se entramó con una corriente intelectual posmoderna, aunque tal como plantea Keucheyan (2013) se da una sustitución de “intelectuales” por “expertos” que deben ceñirse a sus temas de competencia y renunciar a la política. El autor además plantea una serie de transformismos de intelectuales de izquierda, que, a partir de la derrota del Mayo francés, van orientando su producción hacia la derecha. Tal el caso de Lucio Colletti en Italia, que termina sumándose a las filas de Berlusconi. En Argentina, podemos reconocer a figuras como Juan Carlos Portantiero o Beatriz Sarlo, que posteriormente a la dictadura asumieron posiciones cada vez más cercanas al liberalismo y al endiosamiento de la democracia liberal.

En este sentido, Borón (2003) propone que el neoliberalismo lleva adelante la “*norteamericanización* de la política latinoamericana”, a través de campañas, *videopolítica* y discursos elaborados por publicitarios que desalientan la militancia política y llenan de contenido despectivo la esfera pública (corrupción, irresponsabilidad, falta de moral, etc.). La distancia entre la política y la sociedad, también se ve fracturada por el rol de los intelectuales (ya autodespojados de su rol político y pedagógico, en términos gramscianos). El posmodernismo fue parte de esta dificultad.

Como postula Meiksin Wood (2000), la fragmentación y el rechazo vigoroso a cualquier atisbo de totalidad organiza el pensamiento posmoderno. En términos teóricos, la ausencia de universales radicaliza la singularidad, la imposibilidad de aprehender la historia, el conocimiento como realidad externa común, en tanto todo es dis-

curso, escena, teatro. Esto en términos políticos trae como correlato la ausencia absoluta de identidades comunes. Lo que emerge entonces es una sucesión de luchas fragmentarias, que tienen una enorme dificultad para hacer inteligible su propia historicidad e incluso asumirse como “hacedores de historia”.

Como se planteó en trabajos anteriores (Giniger y Kempf, 2022), frente al hambre, la pobreza y el deterioro de la vida producidos por el neoliberalismo, emerge una *militancia temática* que reclama sobre problemáticas específicas, que no forman parte de un proyecto general, sino que se desenvuelven bajo el paradigma de la valoración de la diversidad. Esto configura *movimientos temáticos*, distantes de partidos políticos. La victoria relativa de la democracia liberal fue dejar el terreno de la disputa a “los políticos” y distanciar lo social-empobrecido, saqueado, despojado- de la posibilidad de un horizonte común de bienestar.

No obstante, se multiplican las luchas y, desde 1994, con el levantamiento zapatista, comienza a ponerse en crisis la idea del fin de la historia. Este levantamiento no sólo fue una respuesta y una reacción ante la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA) que subsumía a México en la plena subordinación al imperialismo estadounidense, sino que además fue un grito de lucha para todos los pueblos de América Latina y el mundo frente a las atrocidades neoliberales de despojo y saqueo. Con este ejemplo, las movilizaciones, puebladas, huelgas y foros populares se multiplicaron, atravesadas por una discusión acerca del poder. El famoso libro de Holloway (2002) puso por escrito un debate que había comenzado en 1994 acerca de cómo enfrentar al neoliberalismo y cómo modificar la historia. Esa discusión, bajo el influjo anti-marxista y posmoderno, proponía que no había que tomar el poder, pues *este no era una cosa*. En la tradición marxista, desde Marx y Engels, ni el poder, ni el Estado son *cosas*, sino relaciones sociales. No obstante, la crítica latente a la URSS, el autonomismo y la influencia foucaultiana propusieron un camino de transformación sin tocar el Estado. El Estado era fuente de todos los males y la tradición anarquista y particular-

mente, autonomista (pues también se impugnaban a los sindicatos), tuvo en el segundo lustro de la década de 1990 un enorme influjo sobre el movimiento popular latinoamericano.

No obstante, con Cuba a la vanguardia, la resistencia popular y los proyectos revolucionarios no se apagaron y por el contrario, dieron debate respecto a la necesidad del partido, de los sindicatos y de la lucha dialéctica por y contra el Estado.

Al menos hasta principios del nuevo siglo, estos debates atravesaron los análisis y teorizaciones de movimientos de lucha contra el neoliberalismo, que ponían en cuestión el acceso a derechos básicos (el agua, la luz, la educación, la salud), a partir de la identificación por ser indígena, por ser campesino, por ser usuario de los servicios públicos, por ser hija e hijo de desaparecidos. Esas otras “identidades” que emergieron con especial fuerza en los años 1990, en la mayoría de los casos veían a los sindicatos y a los sindicalistas como una burocracia inservible, plagada de entregadores, sin posibilidades de reconocerse como parte de la misma clase social, o al menos como de las mismas clases subalternas. La penetración del posmodernismo en los planteos del movimiento popular dificultaba identificar uno o algunos ejes de articulación común. Sin embargo, esto duró sólo un tiempo, pues el ataque neoliberal era de frente y para todos. Las consecuencias en la pauperización de la vida, del trabajo, del acceso a derechos básicos, a la tierra y a un futuro digno eran problemas de las grandes mayorías.

La historia de las luchas y de los debates de aquellos últimos cinco años del siglo XX en América Latina dejaron páginas tan memorables que parieron el ciclo de gobiernos progresistas y revolucionarios, que se abordará un poco más adelante. Pero sin lugar a dudas, frente a este proceso de acumulación de rebeldía y de fuerza popular, el imperialismo encontró modos de disputar el sentido común, la forma de ver el mundo, los límites de lo legítimo.

Los esfuerzos por pintarle un “rostro humano” al capitalismo neoliberal fueron múltiples. Como se ha trabajado anteriormente (Giniger, 2014), la Iglesia católica, comandada en ese tiempo por

Juan Pablo II, fue un actor central en el propósito de humanizar el capitalismo. Los conceptos de *bien común* y *Estado como obstáculo del desarrollo* son la base de la “responsabilidad social empresarial”. Junto con las teorías del *management* y la teoría del derrame, la doctrina social de la Iglesia en su versión neoliberal fue enérgica impulsora, al otorgarle una política específica a uno de los actores que pasó a ser el más importante: la empresa.

Precisamente el año del levantamiento zapatista, el Secretario General de Naciones Unidas sostenía “la empresa privada se considera cada vez más un factor positivo en la solución de los problemas que antes se suponían de la jurisdicción exclusiva de las autoridades públicas” (UN Secretary-General, 1994, p. 29). La idea de que, para resolver los problemas sociales, la empresa es la que tiene el rol predominante, es consistente con la propuesta de “Estado mínimo” que el neoliberalismo extendió. Sin embargo, el Estado neoliberal amplió sus capacidades represivas, su subordinación internacional y estableció regulaciones y normativas adecuadas para la reproducción ampliada del capital.

Abordar la cuestión social con la empresa tuvo dos andariveles: por un lado, la responsabilidad social empresarial, como política específica de las grandes corporaciones orientada a establecer un vínculo entre la empresa y las comunidades de emplazamiento y tendiente a privatizar lo público y específicamente lo social.³ Por otro lado, el rol de las ONG que, como vimos con Rifkin, se propusieron hacer crecer el *tercer sector* como modo de transitar las demandas sociales de forma mediada, reemplazar funciones estatales con su respectivo deterioro (por ejemplo, hogares infantiles o de ancianos) y organizar los reclamos por fuera de la disputa de poder estatal.

En este marco, en el año 1999 se funda en Naciones Unidas el pacto global. Como Kofi Annan planteó ese año en el Foro Mundial Económico, de Davos:

3 Un ejemplo claro de privatización educativa es la inversión en formación docente o en mejoramiento edilicio, que hacen las empresas (De Souza, 2022)

Este año, quiero desafiarlos a unírseme en llevar nuestra relación a un estadio superior. Les propongo que ustedes, los dirigentes empresariales reunidos en Davos, y nosotros, la Organización de Naciones Unidas, iniciemos un pacto global de valores y principios compartidos, que le otorguen un rostro humano al mercado mundial (Annan, 1999. Traducción propia).

El creciente descontento con las políticas neoliberales precisaba una respuesta contundente y allí fue el sistema internacional con esta propuesta, que aún perdura. Esta iniciativa tiene la cualidad de recuperar las demandas sociales y darles forma de “principios”, que establecen parámetros y delimitaciones morales y políticas. El trabajo es decente, el ambiente es sustentable, los derechos humanos son las normas jurídicas y la transparencia resuelve la corrupción.

Como se planteó hace unos años (Giniger, 2017), este pretendido nuevo *contrato social* supera los límites de la versión de Rousseau. Mientras que aquel dejaba de lado a negros, esclavos, indígenas y mujeres, este pacto global nos incluye a todos. *Todos somos stakeholders*. Es decir, todos somos ciudadanos corporativos: clientes, vendedores, accionistas, trabajadores, proveedores, comunidades y consumidores.

El pacto global, entonces, establece los límites de lo posible e intenta otorgar legitimidad al actor central del neoliberalismo: las empresas. Pero, además, consolida a la *sustentabilidad* como la idea que motoriza éticamente el porvenir de la humanidad. Posteriormente, el horizonte de sustentabilidad se organiza en términos internacionales con los objetivos de desarrollo sustentable (ODS) para Estados, empresas y organizaciones de la sociedad civil. Estos ODS, a diferencia de los principios del pacto global, ponen el acento mucho más en la cuestión ambiental y en el cambio climático.

Esta forma de disputa hegemónica, de hacer pasar los intereses particulares como intereses del conjunto a través de procesos de negociación, reconfiguración y coerción, tenía modos específicos de difusión. Uno de ellos fueron los *informes de sustentabilidad* que las em-

presas adheridas al pacto global debían presentar anualmente. Estos consistían materiales en los cuales las empresas medían y “rendían cuentas” de lo actuado en función de los parámetros de los ODS y de los principios del pacto global. Se trataba de propaganda que -como las normas ISO- estandarizó el discurso y la acción empresarial, e hizo rodar la industria de la consultoría.⁴

Gobiernos progresistas y revolucionarios

A poco de iniciar la carrera por la consolidación del imperialismo estadounidense como hegemon absoluto, el 1º de enero de 1994 se produce el levantamiento zapatista como un punto de inflexión que puso en tensión la inconmensurable batería ideológica-cultural del neoliberalismo y dio comienzo a un ciclo de luchas.

Las luchas antineoliberales y antiglobalización se multiplicaron hasta el fin de siglo, complicando la adhesión popular al imperialismo. La caída de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, en lugar de consolidar mayor compromiso con los Estados Unidos produce una ola de rechazos a la política guerrerista de George W. Bush.

A pesar de las enormes dificultades de articulación entre la lucha social y la disputa política, a fines del siglo comenzaron a ganarse elecciones que entrañaban programas populares. En 1999 asume Hugo Chávez la presidencia de Venezuela y su primera tarea fue modificar la constitución de ese país, estableciendo parámetros nuevos para dar respuesta a las luchas antineoliberales. En abril de 2002 un intento de golpe de Estado fue derrotado por el pueblo en la calle y dio inicio a la profundización de la Revolución bolivariana y a la creación del socialismo del siglo XXI. Esta victoria de la Revolución bolivariana le otorgó un nuevo impulso al proyecto de Patria Grande

4 Para ampliar la información sobre la industria de la consultoría ver Luci, 2012.

y de Revolución latinoamericana, que sumió en una nueva oleada de esperanza popular al conjunto del continente.

En el año 2005 iba a firmarse el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Sin embargo, ya para ese entonces, la relación de fuerzas en el continente era desventajosa para la soberbia estado-unidense. De esa forma, en un acto histórico, con una enorme movilización popular y el más importante sentimiento antimperialista en décadas, fracasó el acuerdo, que quedó expresado en la célebre frase de Chávez: ALCA, al carajo!

En 2003 fue victorioso Lula Da Silva en Brasil y en Argentina, en medio de la mayor crisis de su historia, Néstor Kirchner. En 2005 Evo Morales ganó las elecciones como el primer presidente indígena de Bolivia, y en Uruguay en 2005 triunfó el Frente Amplio. En 2006 Mel Zelaya ganó en Honduras; en 2007 Rafael Correa ganó en Ecuador y el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), con Daniel Ortega, recuperó el gobierno de Nicaragua. En el año 2008 Fernando Lugo resultó victorioso en Paraguay y en 2009 triunfa el Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), en El Salvador.

Incorporando a Cuba en esta lista, para el año del bicentenario de la Revolución de Mayo, en 2010, un tercio de los países de América Latina y el Caribe estaban gobernados por fuerzas revolucionarias o progresistas.

En 1990, en pleno proceso de caída del bloque socialista, cinco dirigentes comunistas latinoamericanos escribieron la *Carta abierta a las fuerzas revolucionarias y progresistas*. En ella se planteaba lo siguiente:

En este continente convulsionado deben cifrarse las nuevas esperanzas revolucionarias. En América Latina, los sujetos de la liberación y la transformación se integran por una inagotable pluralidad social, política, religiosa e ideológica que reúne a obreros, campesinos, semi-proletarios, marginales, empleados, maestros, estudiantes, intelectuales, cristianos empresarios, etc., bajo las banderas de los más amplios intereses nacionales, populares y democráticos (...) Clama-

mos por darle continuidad a los grandes ideales latinoamericanistas de Bolívar, Sucre, San Martín, Morelos, Santamaría, Morazán, Martí (Vargas Carbonell et al., 1990, p. 19).

Sólo quince años después de esta carta, esa inagotable pluralidad comenzó a hacerse carne en fuerzas políticas que fueron elegidas en elecciones de la democracia representativa y liberal. Esto que Jaime Guzmán, a principios de la década de 1980, consideraba el modo de dominación más eficaz, dos décadas después fue el arma por el cual las fuerzas populares accedieron al gobierno.

Así comenzó un proceso complejo e interesantísimo de construcción de Patria Grande, que implicó disputas de diversa índole y particularidades nacionales. Sólo por plantear un esquema muy general de los distintos enfoques que los gobiernos populares llevaron adelante, podemos decir que hubo dos grandes conjuntos de experiencias: 1) aquellas que fortalecieron el poder popular y una relación dialéctica entre masa y gobierno, que permitió avanzar de la democracia representativa liberal a una democracia participativa y con protagonismo popular; 2) aquellas que se focalizaron más en los cambios desde la gestión del Estado, haciendo hincapié en las políticas públicas como vehículo de transformación en el seno de la democracia representativa.

Posteriormente a la crisis 2008/2009, el imperialismo recuperó su iniciativa y su potencia guerrerista. Por un lado, para invadir Medio Oriente y echar por tierra cualquier atisbo de transformación popular con la *primavera árabe*. Por otro, en América Latina, el imperialismo recuperó su tradición golpista: la democracia representativa dejó de ser útil como modo de dominación, en tanto los gobiernos populares utilizaron sus herramientas en favor de la ampliación de derechos y la distribución de la riqueza, y Estados Unidos tuvo que ensayar nuevas formas de golpes de Estado. Si a Chávez le inocularon su enfermedad no se sabe, pero a partir de su muerte en 2013, se inauguró un proceso de contraofensivas: golpe *blando* destituyente en Paraguay, en Honduras y en Brasil; *lawfare* en Ecuador, en Argen-

tina y en Uruguay (y también en Brasil, con Lula). Y finalmente, un golpe de Estado “tradicional” en Bolivia, en 2019.

Las experiencias que están de pie son aquellas en las que la construcción del socialismo y del poder popular tuvo más profundidad y capacidad de confrontación: Cuba, Venezuela y Nicaragua. Frente a una adversidad y asedio pocas veces vistos en la historia de la humanidad, los procesos revolucionarios venezolano, nicaragüense y cubano lograron sobrevivir al contragolpe imperialista.

Esa llama encendida, sin embargo, permitió desplegar una nueva oleada de gobiernos progresistas, que enfrenta nuevos desafíos muy complejos. Las experiencias mexicana, peruana (a la que rápidamente le hicieron un golpe de Estado), chilena y colombiana, y las recuperaciones del gobierno en Bolivia, Brasil y temporariamente en Argentina (2019-2023), están desplegándose en el seno de la emergencia de una corriente de ultraderecha, con tintes fascistas, como profundización de la iniciativa imperialista ante su declive.

2 / Crisis de todos los órdenes: el imperialismo alarmado

El 15 de septiembre de 2008 el mundo amaneció con la noticia de que Lehman Brothers, el cuarto banco de inversión más grande del mundo, había quebrado. Así estalló una crisis de magnitudes similares a la gran depresión de 1929. El impacto en la economía transnacionalizada fue estruendoso.

La hipertrofia financiera implicó que se les prestara crédito a deudores incapaces de pagar, como por ejemplo, créditos hipotecarios a trabajadores con salarios bajos. Estos préstamos se convirtieron en operaciones de alto riesgo, debido a que se tornaron impagables, pero que además se combinaron con otros instrumentos financieros nuevos, que luego fueron asumidos por grandes bancos de inversiones. En esta *burbuja*, una vez que los pasivos superaron a los activos, los bancos quebraron.

Ante esta situación de bancarrota de gigantescas entidades financieras, el Estado norteamericano acudió al rescate. Esta intervención estatal rompió los consensos neoliberales del “Estado mínimo” en el propio corazón del imperio y modificó -por un corto plazo- los recetarios fiscales de la ortodoxia neoliberal. Los recursos públicos se transfirieron de a miles de millones para rescatar a los grandes bancos. Es decir que no sólo se desencadenó una crisis financiera, sino que comenzó un resquebrajamiento de una de las claves de la fraseología neoliberal acerca del rol del Estado. El rey libre comercio quedó al desnudo.

Este *crash* que impactó en todas las economías mundiales de algún modo, no significó ni por asomo la revisión del proceso de financiarización como modo de valorización exponencial del capital. Por el contrario, como plantea (Katz, 2010: 6), “ese auxilio ha resucitado un festival de especulación en las bolsas y en los mercados de títulos sofisticados. Mientras la recuperación de los depósitos es lenta y no regenera el crédito productivo, hay numerosas burbujas en gestación. No sólo comienzan a rebotar los precios de las materias primas y los bienes raíces. También las monedas y los títulos de las economías intermedias están en la mira de los grandes financistas. La deuda pública de varios países se ha convertido en una presa muy apetecida por los intermediarios financieros”.

Este rescate, por su parte, trajo un déficit fiscal enorme, particularmente en EEUU. La máxima neoliberal del *Estado mínimo* cuya premisa económica es la *austeridad* (Giniger & Sotiropoulou, 2019) incluye “finanzas públicas equilibradas, un déficit fiscal controlado o incluso equilibrio fiscal: déficit cero” (Delgado Selley, 2006). En la crisis de 2008-2009, sin embargo, como se puede ver en el gráfico 1, Estados Unidos rompió drásticamente la doctrina para aumentar el gasto público con modificaciones en la política fiscal y en la intervención estatal sobre la demanda como modo de recuperación, y particularmente, en el salvataje de los enormes monopolios.

Gráfico 1. Déficit fiscal de EEUU

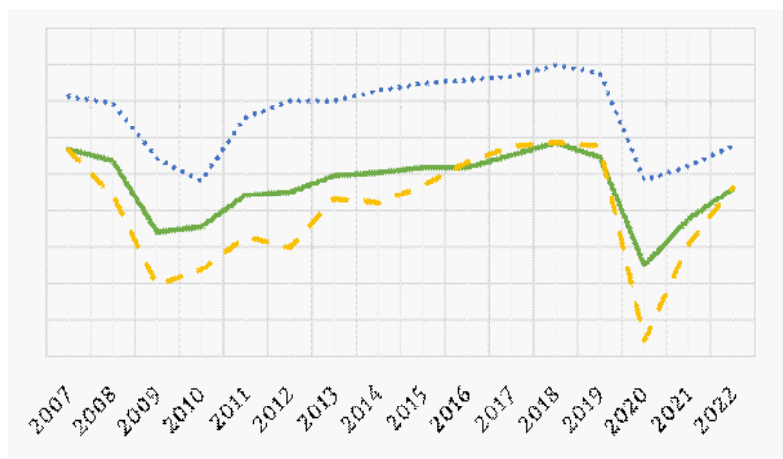


Fuente: Elaboración propia, en base a datos OCDE y Datamacro.com

Según López G. (2020), la crisis es “resultado de la reducción del consumo en términos reales, y especialmente de la caída en la inversión privada (...), la caída de la demanda privada [y] el declive de los impuestos sobre la renta corporativa y a las personas”. Con ello, la actitud gubernamental fue de drástico aumento del gasto público, que como se ve en el gráfico 1, permitió detener la crisis y avanzar en un camino de recuperación con desempleo, pero con consecuencias sistémicas.

En el gráfico 2 se ve que la respuesta a la crisis fue muy similar en Europa occidental, con una evolución del déficit fiscal similar a la norteamericana, aunque con menor intensidad en Alemania. Esto se debe a que durante todo el período neoliberal, el país germano sostuvo su industrialización y concentró su producción en bienes de alta tecnología y en energía barata, que le permitieron atemperar la crisis de 2008-2009.

Gráfico 2. Evolución comparativa del déficit fiscal (Francia, Alemania y Reino Unido)



Fuente: Elaboración propia, en base a datos OCDE.

No obstante, las consecuencias europeas (y mundiales) de la bancarrota bancaria estadounidense pusieron a la *globalización* en terreno pantanoso. La unidad y homogeneidad político-económicas también entraron en crisis y las respuestas se multiplicaron.

El deterioro de las condiciones de vida, el desempleo, la ejecución de deudas hipotecarias en detrimento de la vivienda de los trabajadores y el salvataje como brutal transferencia de fondos públicos al sector privado tuvieron consecuencias significativas en la protesta social. Es decir que los consensos con la *austeridad* neoliberal no se rompieron por el hecho estricto del intervencionismo estatal drástico, sino fundamentalmente por el cuestionamiento a las implicancias de las políticas que condujeron a la población a situaciones desesperantes. Esto desencadenó una serie de protestas y revueltas sociales que repercutieron significativamente en la subjetividad popular, *indignada* de que sus condiciones de vida fueran la variable de ajuste.

Los movimientos que emergieron en esos primeros años de crisis son múltiples y variados, desde el Movimiento Verde Iraní, la Primavera Árabe, las protestas en Islandia, Occupy Wall Street en Estados Unidos, los Indignados en España y otros países de Europa, hasta la campaña “*Put the People First*”. Desde 2009, el mundo se pobló de revueltas y cuestionamientos a una crisis que evidentemente se resolvía a favor del capital. Aquel proceso que, a principios de siglo, había estallado en América latina y producido una ruptura con el neoliberalismo, en un camino de búsquedas de igualdad y justicia social, empezaba a tener en otros continentes sus expresiones.

Estos movimientos de protesta tuvieron características similares: la crítica a los planes de austeridad neoliberales como salida a la crisis; una forma de organización con liderazgos colectivos y democracia participativa, incluyendo el cuestionamiento a la democracia realmente existente; con epicentro en las ciudades, mayoritariamente protagonizada por jóvenes e intelectuales; y con las redes sociales como modo iniciático de difusión y comunicación alternativa. Respecto de esto último, según plantean Bennett y Segerberg (2012), hay un ascenso de la acción digital de redes, particularmente en Facebook, Twitter y YouTube, y siguiendo a Earl & Kimport (2011), los movimientos dispusieron de un nuevo “repertorio digital de acción” que les permitió reducir costos y acciones que requirieran presencia física. Los autores afirman que esta capacidad de emprender acciones colectivas en ausencia ofrecía ventajas para la organización y la participación en estos movimientos sociales. Esta tendencia se revierte cuando las redes sociales comienzan a ser un protagonista del avance del fascismo del siglo XXI.

Tal como Gerbaudo (2023) propone, estos movimientos tuvieron la expectativa de constituirse en *mayoría*, no en sentido estrictamente electoral, sino en términos político-culturales, articulados con la reivindicación de lo *nacional*. La consigna “somos el 99 %”, junto a la bandera norteamericana, lo expresa con claridad. Según el autor, en estos movimientos aparecieron al menos tres cuestiones conflictivas: (1) la tendencia a la homogenización y la expulsión de lo distin-

to, (2) la amenaza de las derivas nacionalistas, y (3) las identidades populares difusas. Bajo las premisas de Antonio Gramsci (1931), podemos decir que en todo movimiento espontáneo hay dirección, es decir, coexisten distintos enfoques políticos que disputan entre sí, incluyendo lo que él denomina “dirección consciente” (comunista, en términos gramscianos). Estas características propias de los movimientos sociales amorfos y con capas no *inventariadas* históricamente producen la potencialidad de dirección o de orientación política en diversos sentidos. Las derivas de los movimientos de protesta en términos políticos son múltiples. De hecho, Gramsci reflexiona acerca de ello en la cárcel: cómo los movimientos de lucha contra la carestía de la vida luego de la primera guerra mundial fueron dirigidos por el fascismo, una vez derrotada la revolución en Italia. En este sentido, es posible sostener que desde 2008 se atraviesa una disputa por la dirección de la sociedad, que tuvo un capítulo significativo en el derrotero tanto de las experiencias latinoamericanas como de los movimientos sociales en Europa, Estados Unidos y el mundo árabe. Como plantea Seman (2011), en Estados Unidos la contracara de *Occupy Wall Street* fue el *Tea Party*.

Entre 2010 y 2013, aquellas plazas (Puerta del Sol en Madrid, Syntagma en Atenas y Zuccotti Park en New York) repletas de sentidos ya no exclusivamente parciales o sectoriales sino de mayorías, salieron a la búsqueda de canalizar políticamente -ahora sí en términos electorales- la enorme movilización popular contraria al neoliberalismo: Syriza, Podemos y Bernie Sanders (dentro del Partido Demócrata).

El caso de Syriza fue particularmente significativo y permite comprender -en parte- la situación en la que estamos actualmente. Karyotis & Rüdig (2018) proponen que existieron *tres olas* que constituyeron la victoria del partido de izquierda en 2015 en Grecia. La primera ola es la protesta masiva contra la austeridad, en 2010. La segunda ola, en 2011, fue aún más grande numéricamente y replicó la toma de plazas céntricas, igual que los Indignados españoles. La tercera ola se inicia a mediados de 2012 y tiene un pasaje de las ca-

lles a las elecciones, a través de la Coalición de la Izquierda Radical (Syriza), bajo el denominado programa de Salónica. Este constaba de cuatro pilares: enfrentar la crisis humanitaria, relanzar la economía y promover la justicia fiscal, recuperar el empleo, y transformar el sistema político para profundizar la democracia.

Sin embargo, se puede decir que hubo una *cuarta ola*, pero regresiva: sólo seis meses después, el gobierno griego aplicó el paquete de ajuste más duro jamás hecho. Las negociaciones con la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional (*la troika*), es decir, con los principales acreedores, fracasaron totalmente, y contrariamente al programa de Salónica y al resultado del referéndum de 2015, el gobierno de Tsipras reconoció la totalidad de la deuda y privatizó bienes públicos, aumentó los impuestos indirectos, bajó las jubilaciones, suprimió convenios colectivos de trabajo, autorizó despidos masivos, aranceló el sistema de salud pública, recapitalizó bancos privados, etc.

Aunque claramente no es la única causa, dentro de la izquierda y la centro izquierda europea, los debates no saldados respecto a si salir o no de la eurozona, o cómo salir en caso de hacerlo, produjeron una inconsistencia notoria en la ejecución del programa de gobierno. Esto trajo mayores dolores al pueblo griego y un notable escepticismo respecto de las posibilidades transformadoras abiertas con las protestas de 2010.

La crisis puso la salida de la zona Euro como una posibilidad, aunque sin un rumbo claro. Pero mientras la crisis griega atravesaba este giro trágico, en el Reino Unido se votaba la salida de la Unión Europea (UE) y se concretaba el Brexit.

Con el Brexit,¹ el Reino Unido sale de la Unión Europea y se sume en políticas gubernamentales de austeridad, de reducción de salarios, beneficios sociales, presupuesto para políticas de seguridad social, etc. En este sentido, Dhingra & Sampson (2022) sugieren que, tomando en consideración una diferencia de sólo 3,9 puntos, el sentido

1 *Br: Britain, exit: salida.*

del voto en el referéndum para salir de la UE implicaba salir también de las políticas de austeridad. Asimismo, los autores sostienen que la campaña del Brexit reforzó las diferencias sociales y culturales entre quienes se querían quedar en la UE, más cosmopolitas y jóvenes instruidos, y quienes se querían ir, más viejos, con perspectivas más autoritarias y nacionalistas.

El proceso de ejecución del Brexit, además, trajo acarreada una serie de conflictos políticos entre el *hard* Brexit y el *soft* Brexit, en los que se discutía el modo de salida de la UE (Hall & Wójcik, 2021). Las consecuencias económicas para Gran Bretaña fueron la caída del comercio y una evolución del PBI levemente menor respecto del G7. No obstante, a pesar de que la BBC insiste en los *drámaticos* efectos económicos del Brexit, no está claro si este proceso evidencia los límites de la relación Gran Bretaña-Unión Europea o sólo forma parte directamente de las consecuencias de la crisis de la pandemia y del crecimiento posterior, ahora que se toman los datos de Gran Bretaña de forma separada y no dentro de la UE. En todo caso, se verá con el tiempo.

Por su parte, el ocaso de la Primavera Árabe fue también catastrófico: la masacre de las protestas de Rabaa Al Adawiyya y la plaza de Ennahda, en Egipto; el asesinato de Muamar el Gadafi, en Libia y la guerra en Siria, echaron por tierra el lema de las protestas: *aish, hurriyah, 'adalahijtima'iyah* (pan, libertad y justicia social) para destrozarse una región, con más de medio millón de muertos y millones de expulsados que no encuentran refugio digno en ningún rincón de la tierra.

Tanto la experiencia griega como el Brexit y la derrota de la Primavera Árabe ponen sobre la mesa mundial el debate entre globalización y nacionalismo en el seno de expectativas populares incumplidas. Esto trajo consecuencias específicas (Kundnani, 2024) que complejizan las perspectivas de salida de la crisis, el avance de la ultraderecha y la edificación de un nuevo mundo.

BRICS y China

El proceso de recuperación económica de los años posteriores dejó al descubierto, a su vez, que la crisis de 2008 no solamente es una crisis financiera, sino de carácter sistémico. No sólo emergieron dificultades económicas muy serias, sino que además la crisis tiene un carácter ambiental, social y, como se fue viendo en el transcurso de estos 15 años, político y del imperialismo estadounidense.

En concordancia histórica con la consolidación del proceso anti-neoliberal latinoamericano² emergen los BRICS. Este grupo de países (Brasil, Rusia, India, China y luego Sudáfrica) hizo una cumbre en 2009 y fundó un nuevo conglomerado de intercambio internacional, cristalizando el crecimiento de sus economías y la determinación de buscar formas de oponerse al camino de subordinación trazado por el imperialismo estadounidense, condensado en las instituciones de Bretton Woods (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, etc.).

El BRICS constituye, de esta forma, un concierto de países³ que avanza hacia una perspectiva multipolar del mundo, con algunos conceptos que marcan diferencias con las instituciones de hegemonía estadounidense: los países miembros no rompen sus acuerdos con otras instituciones y asociaciones regionales, y a pesar de la re-

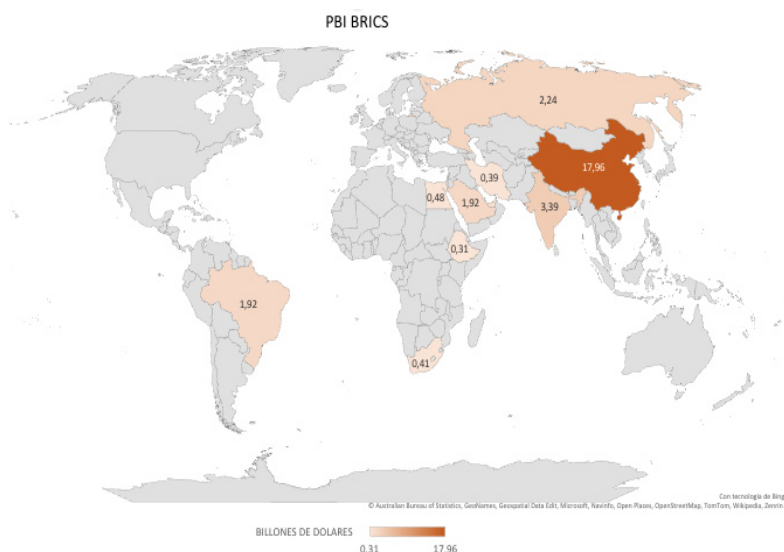
2 Este elemento es significativo, porque la constitución de los BRICS se da en un momento particular de la relación de fuerzas mundial, no sólo por la crisis que estalla en EEUU, sino porque su “patio trasero” le representaba un desafío político. Las miradas que externalizan el proceso progresista y revolucionario latinoamericano como parte de la comprensión de la crisis tienden a separar economía de política, y asumir a América Latina y el Caribe solo como una región económicamente débil (aunque Brasil quede fuera) y por lo tanto, desanclada del proceso capitalista mundial. Además, vale traer a consideración que determinadas condiciones de robustez política (y por tal, económica) permitieron atenuar el shock de la crisis en Argentina, tal como coinciden Féliz (2010) y Torul (2011).

3 Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica, Egipto, Irán, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita y Etiopía integran los BRICS. Pero además, en la cumbre de Kazan en 2024 se sumaron como países asociados a los BRICS: Argelia, Bielorrusia, Bolivia, Cuba, Indonesia, Kazajistán, Malasia, Nigeria, Tailandia, Turquía, Uganda, Uzbekistán y Vietnam.

levancia económica de China, no se observa un hegemonismo que se traduzca en un ordenamiento institucional o político automáticamente subordinado.

Este bloque, que emerge y se consolida con la crisis de 2008, hoy constituye más del 30 % de la producción mundial, el 28 de la economía mundial y el 44 del petróleo crudo del mundo.

Mapa 1.



Fuente: Elaboración propia en base a datos OCDE

Asimismo, con el desarrollo de los BRICS la crisis comienza a evidenciar una salida relativa del dólar como única moneda internacional de intercambio. El banco de los BRICS, dirigido hoy por Dilma Rousseff -quien fuera presidenta de Brasil expulsada tras un *golpe blando*-, lleva adelante proyectos de inversión en los países miembros y supone un colchón financiero ante turbulencias. El devenir del banco y de demás iniciativas comerciales no expresa un anta-

gonismo en el modo de establecer las relaciones comerciales con primacía del valor de cambio, pero sí un ejercicio alternativo al hegemonismo estadounidense.

No obstante, entre 2009 y la actualidad, los países fundadores de los BRICS han atravesado múltiples conflictos. Con excepción de China, el crecimiento no ha sido exponencial o exactamente como se esperaba, y las crisis políticas (desestabilizaciones y guerra) forman parte de su desenvolvimiento.

El crecimiento de China y su sostenida exposición a través de inversiones y vinculaciones globales de todo tipo, echa nuevamente por tierra las palabras de Fukuyama (1992: 20):

La cuestión central es el hecho que la República Popular China ya no puede servir de faro de las diversas fuerzas antiliberales del mundo, ya se trate de guerrilleros en alguna selva asiática o de estudiantes de clase media en París. El maoísmo, más que constituir el modelo para la futura Asia, se ha convertido en un anacronismo, y, en efecto, fueron los chinos continentales quienes se vieron afectados de manera decisiva por la influencia de la prosperidad y dinamismo de sus hermanos de raza de ultramar: la irónica victoria final de Taiwán.

La ironía de la historia es que, a pesar de Fukuyama, China vive un presente esplendoroso, conducida bajo la dirección del Partido Comunista. El desarrollo de las fuerzas productivas en ese país, a través de una planificación sostenida en inversión estratégica pública y privada, ha permitido sacar de la pobreza a 800 millones de personas; alcanzar la educación obligatoria durante nueve años para todos; construir 1,1 millones de km de rutas y 35.000 km de nuevos ferrocarriles, etc.

El proceso de industrialización e innovación de China ha producido una significativa modernización en un país que hace 40 años tenía la mayor parte de su población (el 70 %) en el sector agrario. Lo más significativo es que la modernización no se produce bajo los parámetros y la retórica del neoliberalismo sin más, sino bajo lo que se pretende construir como *socialismo con características chinas*. Aun

cuando dentro de la izquierda mundial aparecen dudas y múltiples debates sobre el socialismo chino, a los fines concretos, China llega a la tercera década del siglo XXI con mejores estándares de vida de su población y con una política internacional radicalmente diferente a la que nos acostumbró Estados Unidos.⁴

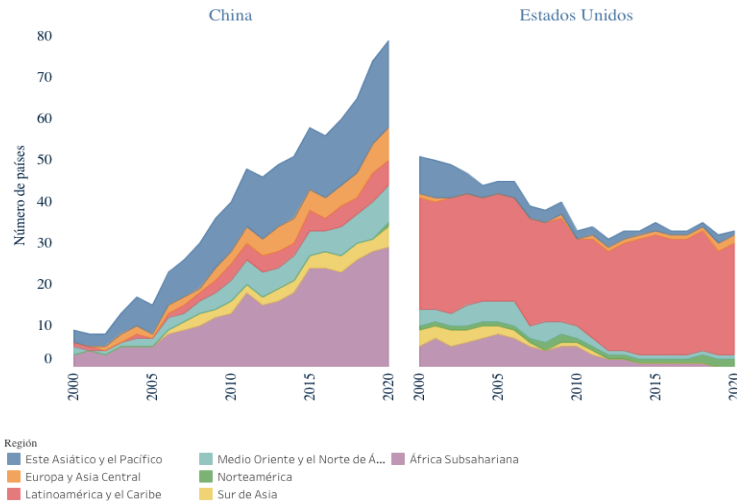
Es imprescindible recordar que el desarrollo de China como potencia económica, cultural y tecnológica es posible porque en 1949 el pueblo chino resolvió emanciparse del yugo imperialista que lo sojuzgaba para ser un país pobre, subdesarrollado y subordinado a los intereses del imperialismo. La ruptura con el orden burgués es lo que le otorgó capacidad de decisión y de planificación respecto del futuro de su patria, incluso de las búsquedas y vaivenes en términos de definiciones acerca del alcance del socialismo chino. No hay “milagro chino”, hay esfuerzo, lucha, disciplina y decisión política emancipatoria del pueblo y del Partido Comunista de China.

Como se ve en el gráfico 3, China ha logrado a lo largo de los últimos 20 años establecer relaciones comerciales con más de 80 países con diversificación continental, mientras que Estados Unidos mantiene su preeminencia en Latinoamérica y el Caribe, e incluso la tendencia de su comercio internacional es descendente.

Respecto de América Latina, las inversiones chinas directas son mayoritariamente destinadas a infraestructura, a través de licitaciones y designaciones directas e inversiones en los sectores agrícolas, de energía, transporte, etc. (CEPAL, 2021). Esto permite inferir que, a pesar de la gran inversión que se está desarrollando, no hay mayores transformaciones en el rol que América Latina y el Caribe cumplen en la división internacional del trabajo, al menos respecto de China.

⁴ Por ejemplo, la eliminación de aranceles de importación desde países africanos o reunir a catorce fuerzas palestinas en China para definir estrategias conjuntas contra el genocidio israelí en curso.

Gráfico 3.



Fuente: blog del Banco Mundial: <https://blogs.worldbank.org/es/opendata/grafico-sobre-comercio-y-desarrollo-el-ascenso-de-china>

Por otra parte, los estándares de calidad de vida básicos de la RPCh ascendieron hasta competir con los parámetros de Estados Unidos, e incluso los mejoraron en algunos aspectos. Entre 2000 y 2023, según datos del Banco Mundial, el porcentaje de crecimiento del producto bruto interno chino fue de 287,58 %, mientras que el de Estados Unidos fue de 85,24 %.

En este marco, tomando la crisis de 2008-2009 y la pandemia, la oscilación del desempleo fue notoriamente más impactante en Estados Unidos, lo cual se incorpora como parámetro de deterioro de las condiciones de trabajo. Asimismo, esta inestabilidad laboral permite establecer la hipótesis del recrudescimiento de formas de explotación. Es decir, es uno de los vectores sobre los cuales se rediseñan los modelos de organización del trabajo y de acumulación de capital.

Tabla 1. Desempleo (porcentaje PEA)

	China	EEUU
2010	4,5	9,6
2019	4,6	3,7
2020	5	8,1
2021	4,5	5,3
2022	5	3,6
2023	4,7	3,6

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Banco Mundial

De la misma forma, la inflación es un indicador múltiple: por un lado, permite derivar las condiciones de vida a través del poder adquisitivo del salario; por otro lado, es un parámetro de estabilidad / inestabilidad económico. En este sentido, Estados Unidos respecto de China también demuestra una inestabilidad que redunde en el empobrecimiento de la clase trabajadora, con algunos signos de mejoría pospandemia.

Tabla 2. Inflación (en %)

	China	Estados Unidos
2020	2,4	1,2
2021	1,0	4,7
2022	2,0	8,0
2023	0,2	4,1

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Banco Mundial

Finalmente, un dato central en términos de calidad de vida y de organización social son los homicidios. En este sentido, la tasa estado-

unídense es altísima y aún más en relación con China. Pero además está en ascenso, lo cual permite inferir nuevamente el deterioro de las condiciones de vida.

Tabla 3. Homicidios cada cien mil habitantes

	China	Estados Unidos
2019	1	5
2020	1	6
2021	1	7

Fuente: Elaboración propia en base a datos del Banco Mundial

La tasa de homicidios de Estados Unidos es muy elevada, fundamentalmente porque está muy lejos de las de otros países ricos como el Reino Unido, Alemania o Francia, que oscilan entre 0,8 y 1,2.

Por otra parte, China desplegó la iniciativa “la franja y la ruta” (BRI por sus siglas en inglés), con la que se propone construir un nuevo paradigma de cooperación internacional, además de los BRICS. A la BRI ya se incorporaron 150 países y, según el discurso de Xi Jinping en la apertura del 3º Foro de la Franja y la Ruta para la Cooperación Internacional (Xi, 2023), este paradigma se basa en *una cooperación abierta, verde y limpia, centrada en el pueblo y sostenible*. En este Foro, Xi Jinping estableció ocho metas, de las que resaltamos cuatro: la inversión en infraestructura; la economía mundial abierta y el comercio electrónico; el desarrollo *verde* y de tecnologías limpias; y la innovación científico-tecnológica, particularmente inteligencia artificial. Se subrayan estos elementos porque forman parte de los desafíos y características innovadoras en materia tecnológica que están siendo tensionados por las formas de organizar el trabajo y la división internacional del mismo. Un ejemplo resonante de ello fue la presentación de DeepSeek,⁵ a través de la cual la RPCh demostró una capacidad enorme de producción, aún con menos recursos

5 <https://www.bbc.com/news/articles/c5yv5976z9po>

y tecnología, y sobre todo, gran picardía para el comercio internacional.

A grandes rasgos, China establece relaciones internacionales, comerciales e institucionales con base en el intercambio comercial/financiero, la infraestructura y el desarrollo digital. En relación a esto último, el 34,8 % del PIB chino está constituido por las gigantes empresas tecnológicas, que desarrollan la denominada *economía digital* (Fabelo & González Sáez, 2022).

Pandemia y guerra

Doce años después de la bancarrota de Lehman Brothers, una pandemia azotó a la humanidad. El COVID-19 comenzó en China y hubo “un aumento de patrones más antiguos de racismo antichino y sentimientos antichinos” (Chan & Montt Strabucchi, 2021), junto con un discurso anti-estatal, conspiracionista y anticomunista (Méndez, 2021).

Asimismo, la pandemia no sólo dejó un tendal de muertos, sino que puso negro sobre blanco las escalofriantes diferencias de clase, de género, étnicas y de color en el acceso a los sistemas de salud, al menos en Occidente.

Pero además, expresó el límite del modo descentralizado y deslocalizado de organizar la producción a escala global. El aislamiento social como respuesta al virus significó detener, ralentizar y restringir total o momentáneamente la circulación de mercancías,⁶ incluyendo la fuerza de trabajo. El aislamiento implicó que entre marzo y abril de 2020, el 90 % de la población mundial estuvo sometida a cierres parciales o completos de fronteras, y a restricciones para viajar (Herrero & Belardo, 2020). Esto demostró ser la forma más eficaz de enfrentar al virus, y sobre todo de intentar mejorar y poner a punto

⁶ Las mercancías digitales no sufrieron la misma ralentización: se adaptaron de forma más veloz a la pandemia, aunque en aquellos territorios en los cuales la infraestructura permitía garantizar su circulación.

los sistemas sanitarios. No obstante, también se puso en evidencia la incapacidad del capitalismo de resolver la crisis sanitaria, que entre 2020 y 2021 se llevó 15 millones de vidas, según la OMS.⁷

Hacia fines de marzo de 2020, Trump confrontaba con los gobernadores por la escasez de respiradores. El stock no alcanzaba a abastecer el mercado interno norteamericano, que -para ese entonces- contabilizaba mil muertos diarios. En un twit del 27 de marzo Donald Trump ([@realDonaldTrump], 2020) escribió: “General Motors MUST immediately open their stupidly abandoned Lordstown plant in Ohio, or some other plant, and START MAKING VENTILATORS, NOW!!!!!! FORD, GET GOING ON VENTILATORS, FAST!!!!!!”,⁸ y arroba a General Motors y a Ford. Las dificultades de acceso a los insumos básicos de respuesta a la crisis del COVID-19 afectaron no sólo a los países subdesarrollados, sino también a Estados Unidos.

Las medidas de aislamiento dispuestas por los estados como respuesta sanitaria implicaron una tensión con el modelo hegemónico empresarial que se describió en el capítulo anterior, basado en la deslocalización productiva, la flexibilización laboral y el *just in time*, consolidado desde la década de 1970. La globalización neoliberal basada en la libre disponibilidad de la circulación de mercancías y la financiarización de la economía, con centro en el consumo segmentado (por estratos sociales), profundizó notoriamente sus contradicciones cuando la restricción del comercio internacional fue producida por causas no económicas sino sanitarias.

La falta de producción de respiradores y barbijos en los países centrales se convirtió en un problema muy serio, pues no sólo no producían o no tenían stock, sino que disputaban entre sí los productos chinos que llegaban con demora. Asimismo, la primera vacuna contra el COVID-19 fue la Sputnik-V, producida por Gamelaya, un centro

7 <https://www.un.org/es/desa/las-muertes-por-covid-19-sumar%C3%ADan-15-millones-entre-2020-y-2021>

8 “General Motors abra inmediatamente su planta de Lordstown en Ohio, estúpidamente abandonada, o alguna otra planta, y EMPIECE A FABRICAR RESPIRADORES, YA!! FORD, APUREN LOS RESPIRADORES, RÁPIDO!!!!!!” (mayúscula en el original. Traducción propia).

público de investigaciones ruso, poniendo técnica y subjetivamente en cuestión la primacía occidental y exacerbando la rusofobia.

Los límites que la privatización neoliberal y la deslocalización productiva impusieron en pandemia fueron tajantes. Los debates sobre la propiedad de las patentes farmacéuticas y sobre el futuro de la humanidad poscrisis sanitaria se multiplicaron. Los filósofos más reconocidos de Europa y Estados Unidos debatieron acerca de si esto era el fin del capitalismo, si era una estrategia de dominación, si era una oportunidad para enfoques más igualitarios o si era una catástrofe destructora de la humanidad. Sin embargo, la situación empeoraba en términos sanitarios y profundizaba la desigualdad.

En la tercera edición del informe “El COVID-19 y el mundo del trabajo” del año 2020, realizado por la OIT, se planteaba una disminución de horas laborales para el segundo trimestre de ese año, que implicaba la destrucción de 305 millones de empleos. Las condiciones de vida para las y los trabajadores empeoraban día a día.

Sin embargo, la situación antes de la pandemia ya era calamitosa. Según datos de OIT de 2018,⁹ existían 2.000 millones de trabajadores con empleos informales; más de 190 millones de personas desempleadas; el consumo *per capita* de más de 300 millones de hogares era de menos de dos dólares diarios. Asimismo, 820 millones de personas pasaban hambre, 2.200 millones no tenían agua potable, 4.200 millones carecían de servicios de saneamiento gestionados de forma segura y 3.000 millones no contaban con instalaciones básicas para el lavado de las manos (Cubadebate, 2020).¹⁰

En un trabajo de los economistas del Banco Mundial Lakner & Milanovic (2015) se ponen en evidencia las consecuencias en la desigualdad que produjo la globalización y que perjudicó también a las clases trabajadoras de Europa y Estados Unidos.

9 <https://www.ilo.org/es/resource/news/la-econom%C3%ADa-informal-emplea-más-de-60-por-ciento-de-la-población-activa-en>

10 <http://www.cubadebate.cu/noticias/2020/04/16/minrex-la-pandemia-demuestra-la-necesidad-de-cooperacion-pese-a-las-diferencias-politicas/>

Según el Banco Mundial, la caída del PBI mundial fue de un poco más de 4 %.¹¹ De hecho, a partir de la pandemia, todos los indicadores de la economía global producidos por el FMI, el Banco Mundial y otros organismos o agencias financieras plantean la caída sostenida del producto bruto y del comercio internacional. Asimismo, los economistas marxistas ratificaron la tendencia a la caída de la tasa de ganancia (Maito, 2013; Roberts, 2022).

En pandemia, además, un puñado de empresarios se enriqueció como nunca jamás lo hubiera siquiera imaginado, fundamentalmente, en los sectores sanitarios, farmacéuticos, alimentación, telecomunicaciones digitales, comercio *on line* y *delivery*, y finanzas. La presión inflacionaria creció, según el Banco Mundial, alrededor de 8 puntos entre 2020 y 2022.¹²

El día 26 de junio de 2023 aparece un artículo en el blog del FMI¹³ en el que se postula que el crecimiento de la inflación es producto del aumento de las ganancias y del crecimiento de los costos de importación. También plantea la disminución de los costos laborales y concluye que los trabajadores perdieron más que las empresas europeas, en base a un importante deterioro salarial. Con la expectativa de cumplir la meta del 2 % anual de inflación que propuso el Banco Central Europeo, este *paper* del FMI plantea que la opción para la recuperación del poder adquisitivo de los trabajadores es que las empresas acoten sus ganancias y no exageren con el traslado de costos a inflación. No es extraño que los organismos imperialistas traten de evitar que la confrontación de clases escale en términos de puja distributiva. El contexto en el que se dio la nota es clave: en 2023, los trabajadores franceses dieron una muestra de combatividad, con huelgas y movilizaciones extraordinarias ante la reforma jubilatoria

11 <https://datos.bancomundial.org/indicador/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?end=2023&start=2015&view=chart>

12 <https://datos.bancomundial.org/indicador/FPCPI.TOTL.ZG?locations=XC-US>

13 <https://www.imf.org/es/Blogs/Articles/2023/06/26/europes-inflation-outlook-depends-on-how-corporate-profits-absorb-wage-gains>

impulsada por Macron, que dejó en evidencia la crisis económica y política.

Esta significativa recomendación del FMI demuestra la intensidad y complejidad de las búsquedas en las que están inmersos las agencias y los organismos internacionales. Los debates respecto del carácter y profundidad de la crisis están a la orden del día entre los economistas del *establishment*:

Dentro de los glosarios de las empresas transnacionales y de los organismos internacionales se puso de moda la categoría *resiliencia* como forma de definir un panorama sombrío pero no en términos absolutos, *del que se puede aprender para salir adelante*. Así es que los indicadores de reactivación lenta son medidos como un éxito de capacidad de adaptación a la crisis. Sin embargo, la coincidencia es que el crecimiento se ha ralentizado.

A pesar de la novedosa sugerencia del FMI en 2023, este organismo estipuló un crecimiento del 3,2 % y una mediana de la inflación de 2,8 % para 2024,¹⁴ como parte de la “resiliencia del crecimiento”, recuperando su tradicional recetario neoliberal de austeridad: ajuste fiscal, mejorar el “capital humano”, aumentar la productividad y mejorar los marcos monetarios y fiscales (seguridad jurídica y estabilidad monetaria).

Por su parte, el Banco Mundial explicó que el crecimiento es mucho más bajo que en el período 2010-2019, pero que se mantendría estable a pesar del recrudecimiento de las tensiones geopolíticas y los elevados tipos de interés.¹⁵ El Banco Mundial fijó la inflación en un 3,5 %, para 2024, aunque advirtió que los conflictos podrían volatilizar el precio de las materias primas. Las recomendaciones, entonces, incluían salvaguardar el comercio, apoyar las transiciones ecológica y digital, aliviar la deuda, mejorar la seguridad alimenta-

14 <https://www.imf.org/es/Blogs/Articles/2024/04/16/global-economy-remains-resilient-despite-uneven-growth-challenges-ahead>

15 <https://www.bancomundial.org/es/news/press-release/2024/06/11/global-economic-prospects-june-2024-press-release>

ria, y establecer una política monetaria que fije precios y busque inversiones, a pesar de las presiones de la deuda externa.

Por su parte, el premio Nobel de economía Paul Krugman (2024) coincidió con Jan Hatzius (2024) de Goldman Sacks en que la recesión se alejaba del escenario estadounidense, ya que se logró bajar la inflación. Esto se demostró en la baja de las tasas de interés decidida por la Reserva Federal, en septiembre de 2024. La preocupación principal entonces se ubicaba en las dificultades expansivas y en el *enfriamiento* del mercado laboral estadounidense.¹⁶ Con el crecimiento de China en el mercado mundial y la cooperación en el marco de los BRICS, la expansión -característica imprescindible e inalienable para el imperialismo- se transforma en una dificultad manifiesta.

Asimismo, un conjunto importante de intelectuales muy laureados (*bestsellers* y premios Nobel), cuyo objeto de estudio es la desigualdad, deliberan acerca de las distintas alternativas para salir de la crisis y crecer (o progresar) con menor desigualdad. Antes de 2008 esto era casi impensable: en el paraíso de la Escuela de Chicago, Milton Friedman (premio Nobel de economía, 1976), entendía al mercado como el sujeto central de la sociedad y al Estado como el garante del libre mercado y del derecho de propiedad.¹⁷

El premio Nobel de economía de 2023, Deaton,¹⁸ por ejemplo, planteaba que:

Con las políticas adecuadas, existe la posibilidad de que la democra-

16 Ver tabla 1.

17 "Un gobierno que mantenga la ley y el orden, defina los derechos de propiedad, sirva como un medio para modificar los derechos de propiedad, resuelva sobre las controversias relativas a la aplicación de las leyes, asegure los contratos, promueva la competencia, suministre un marco monetario, se dedique a contrarrestar a los monopolios técnicos y a superar los efectos "de vecindad" considerados generalizadamente como suficientemente importantes para justificar la intervención gubernamental, y que complemente la caridad privada y la familia en la protección de los irresponsables –sean estos locos o niños–, tal gobierno claramente tendría importantes funciones que cumplir. El liberal consistente no es un anarquista" Friedman (1962), como se citó en Borón, 2003.

18 <https://conversacionsobrehistoria.info/2023/11/08/angus-deaton-sobre-la-desigualdad-la-guerra-contra-la-pobreza-se-ha-convertido-en-una-guerra-contra-los-pobres/>

cia capitalista funcione mejor para todos, no sólo para los ricos. No necesitamos abolir el capitalismo ni nacionalizar selectivamente los medios de producción. Pero sí necesitamos volver a poner el poder de la competencia al servicio de las clases medias y trabajadoras. Si seguimos con una economía organizada para que una minoría se aproveche de la mayoría, corremos riesgos terribles.

En esta misma dirección se orienta el premio Nobel de economía de 2024, Acemoglu, con un análisis respecto al impacto de la tecnología en la desigualdad -que analizaremos más adelante- y la necesidad de intervención del Estado y de fortalecer la sociedad civil.

Por su parte, Streeck (2021) plantea regresar al Estado-nación como respuesta a la crisis de la globalización, mientras que Mazzucato (2024) propone que ese regreso al Estado-nación sea innovador en sentido productivo y con capacidad de creación de nuevos mercados, entendiendo la especulación financiera como desperdicio. Estas variantes del keynesianismo productivista se encuentran también en Picketty (2013), quien ve en el rol de los impuestos, tanto a la riqueza como a la herencia, una vía para corregir la desigualdad.

Aquella herida globalista que se pone de tan de manifiesto con el Brexit, encuentra actualmente a los intelectuales *mainstream* intentando producir ideas y sentidos respecto a cómo debe reorganizarse la globalización para reducir las desigualdades. Frente al reacomodamiento significativo de los mercados y de los bloques de países luego de la pandemia, las incertidumbres, la pregunta de hacia dónde vamos, emerge entre quienes venían acostumbrados a comprender el mundo anglo o euro céntricamente.

Hay un reacomodamiento global general, que tiene a China y a los BRICS como protagonistas, pero que también implica una reorganización general del comercio internacional y de las cadenas de suministro. Una de las principales empresas financieras del mundo, Morgan Stanley,¹⁹ plantea que estamos ante una *slowbalization* y que

19 “Slowbalization: Rethinking Global Supply Chain | Morgan Stanley”. Accedido 30 de septiembre de 2024. <https://www.morganstanley.com/ideas/slowbalization-global->

se trata de reorganizar la globalización en “otras opciones geográficas”. Para ello, sugiere la inversión *on-shoring*, *near-shoring*, and *friend-shoring*, es decir, regresar la producción al país de origen, a un país la década de 1990 ya es un hecho, incluso para los intelectuales del imperialismo, los llamados *think tanks*. Esto no significa que no exista la necesidad y la posibilidad de consolidar nuevos bloques de países bajo la órbita estadounidense. Al contrario, las iniciativas guerreristas van en esa dirección.

A comienzos de 2022, todavía con el COVID-19 haciendo estragos en el mundo, se desencadena la guerra entre Rusia y la OTAN en territorio ucraniano, y a partir de allí la escalada guerrerista en el mundo es escalofriante.

Como plantean los especialistas en geopolítica, Estados Unidos es consciente de aquella máxima de Mackinder que afirma que quien domina Eurasia domina el mundo. En este sentido, Ucrania

suscita la convergencia de intereses entre diversos actores debido a su posición geoestratégica, además de sus considerables reservas de petróleo, gas natural y una amplia variedad de recursos naturales y minerales, lo que la establece como un actor significativo en el ámbito de recursos minerales y materias primas en Eurasia (Barrera & Oropeza, 2023, p. 127).

En sintonía con lo que venimos planteando, Merino (2022) afirma que la crisis de la hegemonía estadounidense se acelera con el COVID-19 y que el conflicto en Ucrania es un emergente del agotamiento del patrón de acumulación neoliberal y de la incapacidad de Estados Unidos para subordinar a las potencias emergentes (Rusia y China, particularmente).

La guerra en Ucrania tiene por objeto integrar a ese país al intento de reconquista imperialista estadounidense. Para llevarla adelante, se intensifica en ese país la rusofobia como modo de justificación de la violencia. Esto incluye la ilegalización del idioma ruso, la

prohibición del cine y las series rusas, y la política de persecución a los rusófonos, a través de grupos de ultraderecha filo nazis (Merino, 2022). Esto es significativo, porque pospandemia se multiplicaron los procesos de crecimiento de distintas versiones fascistas y fueron avanzando y ocupando posiciones, como se verá en el próximo capítulo.

Por su parte, Rusia propone que Ucrania quede fuera de la OTAN y desmilitarizada (especialmente en términos nucleares), *desnazificarla*, consolidar la soberanía rusa en Crimea y garantizar la independencia de Donetsk y Lugansk como repúblicas asociadas a la Federación de Rusia (Merino, 2022). No obstante, con el ascenso de Trump a la Casa Blanca, el conflicto abierto entre Rusia y la OTAN comenzó a cerrarse en una difícil negociación por Medio Oriente (Merino, 2025); de todos modos se verá cómo se reorganiza la región con la paz.

Esta escalada belicista se desplegó bajo los parámetros de la denominada “guerra híbrida”. Según Merino, Bilmes y Barrenengoa (2022) se trata de una guerra que involucra una multiplicidad de tácticas: las convencionales bélicas; económicas, financieras y comerciales; tecnológicas y cibernéticas; informativas, cognitivas y psicológicas y judiciales (*lawfare*). Esto implica una difusión de sus límites, ya que no se sabe cuándo comienzan y cuándo finalizan, pero además, se entrelazan y enmarañan lo militar y lo civil, y lo público y lo privado.

La guerra híbrida tiene una multiplicidad de focos en la actualidad, que van desde Venezuela, Cuba y Nicaragua (aunque toda América Latina está acechada, sobre todo a través del *lawfare*) pasando por Irán y Medio Oriente hasta y China y Rusia.

En Medio Oriente, la guerra híbrida asumió su aspecto más cruel y deshumanizante: desde el 7 de octubre de 2023, el Estado de Israel inició un genocidio contra los palestinos, que significó más de 56 mil muertos, mayoritariamente niños y mujeres. A pesar de las importantes protestas a lo largo y ancho del mundo, de las declaraciones de la ONU exigiendo que Israel pusiera fin a la ocupación, de

que la Corte Internacional de Justicia dictaminara que la presencia de Israel en los territorios ocupados es ilegal, el régimen sionista de Netanyahu no sólo sostiene y ejecuta el exterminio del pueblo palestino, sino que además despliega ataques sobre el Líbano e Irán. Israel cumple a rajatabla la tarea de dominio, al costo que sea, de Medio Oriente para los intereses imperialistas estadounidenses.

Los impactos de la guerra no son sólo para los protagonistas. Alemania, que como se ve en el gráfico 2, había logrado morigerar los impactos de la crisis de 2008 y de la pandemia gracias a su industrialización y a su orientación de desarrollo tecnológico, se encuentra con una consecuencia extremadamente compleja en términos energéticos. La guerra Rusia-OTAN tuvo un episodio en la explosión²⁰ de los gasoductos Nord Stream I y II, que podían transportar más de 100 bcm (miles de millones de metros cúbicos/año), y que implicaron la caída del producto bruto interno. A partir de esto, Alemania se vio privada de hidrocarburos rusos a bajo precio y con suministro seguro, por lo cual está sufriendo un encarecimiento de la energía, que la obliga a una búsqueda de nuevos proveedores de gas (Estados Unidos y Qatar), la instalación y construcción acelerada de plantas regasificadoras de GNL (gas natural licuado), la reapertura de minas de carbón (a contrapelo de los *negocios verdes*), y el desarrollo de energías renovables.

Como dice el dicho, se sabe cómo empiezan las guerras, pero no cómo terminan. La experiencia histórica indica, además, que la difusión de sentidos y valores guerreristas, segregacionistas y fascistas convive con la solidaridad y la fraternidad entre los pueblos.

20 Según Estados Unidos, la voladura fue realizada por Ucrania; según Rusia, por Estados Unidos.

3 / El fascismo del siglo XXI

Una de las características más sobresalientes de este proceso de crisis múltiple es la emergencia y expansión de fuerzas de ultraderecha, fascistas y neofascistas, que triunfan por la vía electoral de la democracia representativa. Desde Trump y Meloni en Occidente, pasando por Modi en la India y Milei y Bolsonaro en América del Sur, esta corriente variopinta trae a la escena mundial una agenda renovada (vieja y nueva al mismo tiempo), profundamente clasista, racista y machista, que incide fuertemente en la derechización de los debates sobre la salida de la crisis.

Los parámetros socio-culturales neoliberales con los que el mundo era interpretado en forma hegemónica están en pleno movimiento tectónico, y en ese proceso reaparecen ideas y sentidos que creíamos muy acotados a un pequeño sector de reaccionarios.

Las preguntas sobre este fascismo del siglo XXI, cómo y por qué reaparecen estos elementos con tanta potencia y no aquellos vinculados a la revolución y al socialismo, forman parte de los interrogantes que están en danza.

No se trata sin dudas de una propuesta de cambio del modo de producción: el valor sigue siendo creado por el trabajo y el capital se lo apropia. Tampoco se trata de una discusión tecnológica, ni de modificaciones determinadas por el desarrollo de tecnologías digitales. Se trata de poder y dominio. Se trata de darle curso político a un momento en que el capital precisa a toda costa engordar la productividad del trabajo y acrecentar sus ganancias. Para ello tiene que limitar al máximo la expectativa de bienestar de las clases subalternas y consolidar una distopía de acostumbramiento al mal vivir que le permita acumular todo lo posible y resolver sus problemas.

Hace un siglo, la primera guerra mundial sumió a las clases subalternas en un proceso de pauperización, expuestas además a la muerte masiva de soldados y civiles, y a la destrucción de pueblos. Esta hecatombe, que se llevó consigo más de 15 millones de personas, finalizó con la Revolución rusa, que se convirtió en la esperanza de trabajadores, soldados y campesinas y campesinos del mundo por librarse del yugo del capitalismo explotador y expoliador. La revolución desató las fuerzas de la emancipación en un proceso mundial que condicionó la historia de la humanidad para siempre, aun cuando en aquella segunda década del siglo sólo terminó triunfante la experiencia soviética. La reacción y la defensa de las fuerzas del capitalismo enfrentaron de múltiples maneras el avance de la izquierda revolucionaria, que crecía y se convertía en una opción legítima de la clase trabajadora para salir de la crisis. Esos años de entreguerras dejaron a la historia una versión profundamente solidaria y humanista de clase, pero también la capacidad genocida, destructiva y desenfrenada de la que son capaces las clases dominantes con tal de sostener su poder.

En la actualidad, al menos desde 2008, se atraviesa una profunda crisis sistémica, que deja en claro las dificultades de las clases domi-

nantes para dar respuesta al deterioro general de las condiciones de vida de los pueblos del mundo -particularmente de Occidente-, y el retraso de las ideas socialistas y comunistas para proponer un mundo nuevo. Esto ahondó la frustración y la incertidumbre de grandes masas de la población, que atraviesan cotidianamente las penurias de un mundo cada vez más desigual, con genocidio, guerras y múltiples formas de exclusión y discriminación.

Ni las experiencias de profundización y ratificación del neoliberalismo globalizado; ni los procesos políticos pudieron establecer hasta ahora un horizonte de largo plazo, que efectivamente recomponga la hegemonía de algún sector de forma estable.

Al decir de Lenin (1998) la revolución es posible cuando “los ‘de abajo’ no quieren y los ‘de arriba’ no pueden seguir viviendo a la antigua”. Es difícil precisar bajo esos parámetros la situación actual. Lo que está claro es que “los de arriba” tampoco pueden y están a contrarreloj buscando opciones. Ahora bien, cuáles son las expectativas de las clases subalternas es mucho más difuso. No aparece con claridad un proyecto de sociedad anticapitalista y las opciones reformistas que se llevaron adelante en lo que va del siglo terminaron siendo derrotadas o fracasaron.

En ese marco, se recupera aquella famosísima frase de Gramsci, quien atravesó la crisis hace un siglo sufriendo las consecuencias de la represión y sin poder consolidar una salida revolucionaria para Italia: “en estos claroscuros, surgen los monstruos”.

En el seno de las búsquedas que los sectores dominantes están llevando adelante, los *fascistas del siglo XXI* crecen y se desarrollan como propuesta para, al mismo tiempo, acotar el tiempo de inestabilidad, derrotar las versiones neoliberales que insisten en repetir las mismas prácticas hasta ahora fracasadas y anular la posibilidad de que las clases subalternas hallen un modo propio y autónomo de resolver esta situación histórica dramática.

La reconfiguración de las clases dominantes está en su apogeo y distintos sectores luchan por sobrevivir y consolidarse como hegemónicos. No está claro que hoy, en el seno de la crisis, haya una co-

relación lineal entre determinados sectores productivos y financieros con determinadas corrientes políticas. Esto está en movimiento y se van acomodando a medida que se desarrolla el fenómeno.

Así también ocurrió en la experiencia fascista del siglo XX: el fascismo italiano representó primero a la pequeña burguesía urbana y rural y fue cobrando fuerza hasta organizar y ordenar a la gran burguesía:

Hoy la necesidad de arrancar el pan de la boca de los trabajadores industriales y agrícolas se ha vuelto urgente para el capitalismo. Hay que recurrir a las grandes soluciones: el Estado burgués debe hacerse cada vez más reaccionario, debe intervenir cada vez más directa y violentamente en la lucha de clases, para reprimir los intentos que realiza el proletariado en la vía de su emancipación. Esta “reacción” no es sólo italiana: es un fenómeno internacional, porque el capitalismo no sólo en Italia, sino en todo el mundo, se ha vuelto incapaz de dominar las fuerzas productivas (Gramsci, 1979, p. 67).¹

Parece una frase escrita hoy, pero es de 1920. Porque en ambos casos de lo que se trata es de producir un disciplinamiento general de las clases populares que permita a los sectores dominantes reorganizarse y consolidar un horizonte de futuro para proponerle al conjunto de la sociedad. Para ello, en principio no pueden seguir perdiendo.

Como hace cien años, además, el hegemon imperialista (en aquel momento, Inglaterra) está atravesando un tembladeral. Estados Unidos tiene la dificultad no sólo de garantizar un periodo de crecimiento sostenido y una tasa de ganancia adecuada a las expectativas burguesas (Roberts, 2022; Zachariah, 2009)2009, sino que no puede resolver su expansión. La *mercantilización de todo* como proyecto societal neoliberal se topó con los reclamos y protestas derivados de la desigualdad, que entre otras cuestiones dio como resultado la emergencia de la multipolaridad y la dificultad de disciplinar a determinados pueblos y países.

1 Este texto es originalmente del 2 de enero de 1921.

El fascismo viene entonces con toda su reacción, su represión y su violencia a disciplinar a la sociedad, a las clases subalternas y a los sectores burgueses y pequeño burgueses sin rumbo o con rumbos disímiles, con el propósito de empobrecer a las masas, expulsar a trabajadores calificados, encarecer la vida, deteriorar las condiciones de trabajo, extender la jornada laboral, aumentar los ritmos de trabajo, disminuir el poder adquisitivo del salario, acotar al mínimo de la reproducción los porcentajes de distribución de la riqueza y salario indirecto (derechos conquistados). El fascismo tiene como propósito la supervivencia de un sistema decadente, incapaz de proporcionar una vida digna para las mayorías.

Para todo esto, aquella corriente de odiadores, elitistas y genocidas seriales, que parecía finalmente dormida, se despertó y puso en marcha la circulación de los sentidos más rancios en pos de recrear un modo de dominio que le permita volver a estabilizar un ciclo de bonanza capitalista.

Los límites de la democracia representativa

En el capítulo 1 se plantea cómo el neoliberalismo tiene en la democracia representativa un modo extremadamente eficaz de organizar temporal y espacialmente las disputas políticas: las ordena cada cierta cantidad de tiempo, les otorga un formato y va expulsando a cualquier partido que no tenga suficientes recursos, a fuerza de campañas publicitarias. La democracia se convirtió en competencia y bajo esa premisa se organiza una de las formas de dominación más efectivas, pues participan todos los adultos de la sociedad en la libre elección de los representantes del gobierno.

El voto universal se consolidó durante el neoliberalismo, superadas las restricciones de clase, género y raciales. Todos pueden votar y la delegación a través de representantes se fortalece en el momento de esa participación. Pero ese “todos” es la suma de las individualida-

des. La eficacia de la democracia representativa reside en que individualiza a las personas, cada persona vale un voto.

Sin embargo, como plantea García Linera (2024), existen tres obstáculos a la democracia liberal: 1) el epistemológico, que indica que detrás del individuo hay un pueblo que se mueve de formas, tiempos y espacios distintos a los planteados por los términos de democracia liberal; 2) la falacia de la igualdad, para la cual a pesar de haber eliminado las restricciones y de haber creado la posibilidad para todos de votar y de ser elegidos, se trata de una oportunidad abstracta que se concretiza en términos materiales a favor de quienes más tienen, quienes pueden hacer la mejor campaña, comprar más voluntades, etc.; y 3) la tendencia creciente a la oligarquización del poder, que concentra cada vez más decisiones en pocas manos.

Por estos límites es que Borón (2006) plantea:

una expresión como “capitalismo democrático” recupera, con mayor fidelidad que la frase “democracia burguesa” el verdadero significado de la democracia, al subrayar que algunos de sus aspectos estructurales y características definitorias –elecciones periódicas y “libres”, derechos y libertades individuales etc.– son, no obstante su importancia, formas políticas cuyo funcionamiento y eficacia no pueden neutralizar, ni mucho menos disolver, la estructura intrínseca e irremediablemente antidemocrática de la sociedad capitalista.

La verdadera democracia y el capitalismo no van de la mano, pues no hay forma de despojar a este modo de producción de la desigualdad y de la explotación.

En todo caso, la hegemonía neoliberal de las décadas de 1980 y 1990 planteó la democracia liberal representativa como el mejor modo de tramitar los conflictos políticos: si no te gusta, a los dos o tres años podés votar en contra. Para América latina, ya no hacía falta ir de golpe en golpe de Estado, sino que la democracia liberal fue el modo de salida al terrorismo de Estado, la forma de recuperar la gobernabilidad y aplicar -en una sociedad disciplinada a base de miles de detenciones, desapariciones, encarcelamientos y exilios-

un programa económico de ajuste y achicamiento de todos los derechos. De paso, hacer pasar por consenso (nada mejor que los votos para decir: están de acuerdo) la coerción propia de las políticas de hambre y desocupación.

El primer presidente de la democracia en Argentina, Raúl Alfonsín, fue un gran elaborador de teoría respecto de la democracia representativa. Estableció líneas de consolidación de la hegemonía post dictadura, basado en la antinomia “autoritarismo o democracia”. Este *pivot* permitía discutir al mismo tiempo contra la dictadura genocida y contra el comunismo (partido único, sin elecciones), definidos ambos como violentos. La estrategia fue sostener que, frente a *los dos demonios* (“golpismo” y “guerrillerismo”, como los denominó en su discurso de asunción), la democracia representativa y liberal era la mejor y más profunda forma de organizar la sociedad. En este sentido, la consigna de Alfonsín era “con la democracia no sólo se vota, sino que también se come, se educa y se cura”.² Es decir, se planteó un horizonte de futuro próspero en el cual la democracia traía la solución a las exigencias y demandas del pueblo post genocidio. La tríada republicana estaba constituida por *libertad, justicia social y democracia representativa*, y era capaz de resolver los conflictos de forma no violenta y a través del voto.

De esta forma, la democracia en el neoliberalismo condensó una serie de expectativas y promesas, que serían largamente incumplidas. O sintéticamente, con la democracia liberal se come, se educa y se cura quien tiene dinero para hacerlo.

Como se expresa también en el capítulo 1, desde mediados de la década de 1990 América Latina y el Caribe se convirtieron en territorio de rebelión frente a las consecuencias devastadoras del neoliberalismo. La lucha puso en cuestión las privatizaciones, la deuda externa, las políticas de empobrecimiento, la desocupación, la mercantilización de la salud y la educación y la corrupción. Sin embargo, a pesar de las múltiples formas de lucha desplegadas, incluyendo

2 Televisión Pública, 2009.

procesos de participación popular sofisticados (propiedad cooperativa, gobiernos indígenas comunales, asambleas, etc.), no se puso en cuestión la democracia representativa como modo de resolver políticamente el cambio de rumbo.

Las experiencias populares y revolucionarias de principios de este siglo fueron todas producto de contiendas electorales. Desde aquella victoria de Chávez en 1998, Lula y Dilma, Tabaré Vázquez y Mujica, Néstor y Cristina Kirchner, Evo, Lugo, Correa, Ortega, e incluso luego Maduro, AMLO y Sheinbaum, Petro, Lula y Castillo, todos ganaron y asumieron el gobierno a través de las elecciones, tal como determina la democracia liberal.

Aquel cerco que había implantado el neoliberalismo como modo de condicionar políticamente, fue reapropiado por fuerzas populares, bajo esas mismas reglas, ante la puesta en jaque de los consensos neoliberales. Esa reapropiación popular del principal instrumento de dominación neoliberal habilitó un proceso de transformación de las condiciones de vida populares. Pero también se convirtió en su verdugo.

Con limitadas excepciones, los programas políticos que sostuvieron a los gobiernos de la *ola progresista* se ejecutaron poniendo por delante al Estado como el sujeto protagonista. La participación y la lucha popular desde mediados de los años noventa, llevada adelante a través de múltiples organizaciones e instituciones viejas y nuevas, fue dejando paso a un funcionariado o una militancia estatalista, que las reemplazó e impuso un sentido común en el cual el Estado y las políticas públicas eran capaces por sí solas de resolver conflictos históricos de distribución de riqueza social, de bienestar y justicia. Este funcionariado se consolidaba a través de las elecciones, y el protagonismo de las masas era poner su voto para la continuidad. Esta transferencia de expresiones de poder y participación popular al Estado tuvo, en un plazo no muy largo, un vaciamiento de los resortes que permitían fortalecer un rumbo verdaderamente igualitario, justo y democrático.

Venezuela es un contraejemplo. Ante la agresión sistemática y virulenta del imperialismo, la estrategia bolivariana consistió en otorgar mayor protagonismo popular (a través de movilizaciones y de las comunas). La combinación de elecciones democráticas representativas, un gobierno centralizado y la participación de las masas organizadas sostuvieron el proceso vigoroso, aún hoy.

Pero para la mayoría de los procesos políticos del continente, la democracia representativa fue atacada con el *lawfare*, acompañado incluso de movilizaciones callejeras de sectores derechistas. El protagonismo popular, que había conquistado gobiernos populares, había mermado y no llegó a recomponerse para defender las conquistas. Asimismo, comenzó a producirse un hartazgo ante la incapacidad de solución de problemas socio-económicos, algunos incluso muy básicos, como cloacas, agua potable y electricidad. La disputa por la distribución de la riqueza social encontró el límite rápido de una burguesía subordinada al capital monopólico, colonialista y cruel: los sectores empresariales pusieron en juego un rol protagónico de los medios de comunicación concentrados para impugnar a los gobiernos y las políticas redistributivas; ante la ausencia de movilización popular sistemática y sostenida, los gobiernos comenzaron a ceder. Esto se tradujo en el incumplimiento de las expectativas populares y en un ralentamiento notorio del mejoramiento de la vida y el trabajo. La falta de compromiso y participación popular de masas en el proceso de cambio hicieron lugar al desánimo y a la frustración, pero sobre todo a evitar la responsabilidad de la política que los pueblos de Latinoamérica habían recuperado a fines de siglo XX y principios del XXI.

La democracia representativa, en la que habían sido delegadas las transformaciones del conjunto del pueblo, volvió a convertirse en instrumento eficaz para la victoria de opciones electorales derechistas e incluso ultraderechistas. Se adicionaron otras herramientas a disposición del poder, propias de la guerra híbrida, y los votos comenzaron a inclinarse hacia la derecha.

En el mundo, Trump, Modi, Bolsonaro, Meloni, Orban y Milei han llegado al gobierno por la vía electoral y se acogen a las reglas de la democracia representativa y liberal, con toda la flexibilidad que existe (y más). Asimismo, son múltiples los partidos filo fascistas que compiten en las elecciones del mundo y que sacan excelentes resultados.³ Los discursos de odio y las propuestas de destrucción de algún colectivo humano como forma de solución de la crisis (migrantes, mujeres, “casta”, latinos, árabes, negros, etc.), evidentemente tienen en el electorado un eco que hace años hubiera sido impensable.

Cómo es el fascismo en este siglo

En un trabajo anterior (Wanschelbaum & Giniger, 2023), se abordaba el interrogante acerca de si era pertinente usar la categoría de fascismo para referirse a este momento histórico tan peculiar, en que las derechas, sus prácticas y sus discursos ascienden sistemáticamente. Un trabajo de agrupamiento de cómo la conceptualizan distintos intelectuales resultó del siguiente modo: fascismo (Butler, 2024), fascismos democráticos (Badiou, 2022), posfascismo (Traverso, 2022), extrema derecha (Forti, 2024), ultraderecha (Mudde, 2023), populismo de derecha (Mouffe, 2022) y fascismo en latencia, a merced de las necesidades de la reproducción del capitalismo (Boron, 2021; Feierstein, 2020; Harvey, 2023). El punto de referencia de todos los autores es el *fascismo del siglo XX*, y a partir de allí realizan un análisis contrastante y comparativo.

Los procesos fascistas del siglo XXI tienen diferencias con los regímenes de Mussolini, Hitler y Franco, pero fundamentalmente el fenómeno está en pleno desarrollo y se expresa de manera desigual en los distintos países. No hay un único modo expresivo y equivalen-

³ Un caso emblemático son las elecciones alemanas de 2025, donde el partido neonazi sacó un 20,8 % de los votos, mientras que el que más votos obtuvo fue el partido demócrata cristiano -conservador en el gobierno-, un 28,6 %. La izquierda alemana sólo conquistó un 8,8 % de los sufragios.

te de fascismo del siglo XXI, aunque sin lugar a dudas, como plantea Campione (2023), “no se entiende a la ultraderecha si no se repara lo suficiente en que entre sus patrocinadores se hallan sectores del gran capital, los principales medios de comunicación y otros componentes del núcleo de las clases dominantes”. Es decir, no son todos iguales, pero todos son la búsqueda de dominio por parte de los mismos sectores de las clases dominantes. De esta forma, *fascismo* es una categoría política que tiene utilidad en la medida en que agrupa una cantidad de sentidos y permite establecer las estrategias para derrotarlo.

Canary (2024) propone que, por primera vez, el fascismo está dentro de la clase trabajadora y que eso se explica por la crisis subjetiva del proletariado, que no se recuperó aún de la derrota de la URSS. El autor plantea que en la década de 1930 ser obrero era ser antifascista. Para él, el cuestionamiento que está presente en la clase obrera de hoy no sólo impugna al socialismo, sino también a la ilustración.

Este endiosamiento de la clase trabajadora “de antes” es muy usual. Dentro del habitual reflejo ante la impotencia del presente, *todo tiempo pasado fue mejor*. Se idealiza una clase obrera mejor y más revolucionaria. Esa supuesta “clase de antes” es la que tenía una ética socialista y una estética clara que lo identificaba: varón, blanco, de mameluco, engrasado. El *ethos* de la clase obrera es Charlot de *Tiempos modernos*.

Como se ha planteado en otra oportunidad (Giniger, 2017), el estereotipo europeizante con el cual las clases dominantes trataron de configurar a la clase trabajadora nunca tuvo plena existencia. Ni el propio Charlot tiene esos valores que se le endilgan, pues comete más torpezas que otra cosa y queda al frente de la manifestación enarbolando la bandera roja gracias a una serie de eventos desafortunados. La clase trabajadora -de géneros, colores, religiones, vestidos, naciones y etnias diversas- tiene un sentido que va más allá de las clasificaciones y realidades históricas de cada región del mundo: el de la portación de la capacidad de hacer nacer una nueva sociedad.

La meritocracia y el elitismo, el racismo, la blanquitud y el chauvinismo, la misoginia y el machismo son elementos de disputa centrales en el proceso de configuración de la clase obrera. La *limpieza étnica* también. Comprender por qué hay un sector de la clase obrera que se aviene a ideas y sentimientos propios del fascismo forma parte no ya de una especificidad de este tiempo, sino del problema de la hegemonía en sí mismo. ¿Por qué los y las trabajadoras del mundo siguen vendiendo su fuerza de trabajo diariamente, a pesar de las penurias que eso conlleva? ¿Por qué aceptan o se adhieren a movimientos que son contrarios a su emancipación? ¿Por qué consienten que se asesine a sus hermanos de clase?

La Unión Soviética no fue derrotada *a pesar* de que los trabajadores eran comunistas y antifascistas. Lo fue porque ya no lo eran mayoritariamente. Otro tanto cabe para los obreros italianos de las décadas de 1920 y 1930. El propio Gramsci, en 1924, describe en un artículo llamado “El fracaso del sindicalismo fascista”, cómo una porción de obreros se vuelcan a sus filas: “los fascistas tienen aún, ciertamente, la satisfacción de ver a miles de obreros asistir a sus reuniones” (Gramsci, 1979). Y a medida que los años iban pasando, incluso la adhesión de los obreros fue mayor, al punto que al secretario general del Partido Comunista de Italia (el propio Antonio Gramsci) no pudieron liberarlo de prisión.

El combate por el sentido común es uno de los elementos más complejos de las relaciones sociales. Gramsci se dedicó a reflexionar acerca de ello y, como dirigente comunista, se proponía un plan que no dejaba intersticio de disputa ideológica sin dar: organización, distribución y lectura del periódico y otros materiales, contribuciones voluntarias, planificación, etc. Sin embargo, ante la ausencia de plan, se desplegaron las condiciones de posibilidad de la emergencia del fascismo, con la imposibilidad de resolución de la crisis por parte de la izquierda moderada y la pandemia como escenario de fragmentación social extremo.

En este sentido, el caso argentino es muy interesante. A tres meses de su asunción, el presidente publicó un texto en X (Javier Milei [@JMilei], 2024), en el cual planteaba:

lo más maravilloso de la batalla cultural llevada a la política versada sobre el principio de revelación es que cuando uno señala las vacas sagradas del edificio de Gramsci, automáticamente genera una línea de separación entre los que viven de los privilegios del Estado y las personas de bien.

El fascismo del siglo XXI leyó a Gramsci, conoce mejor que muchos que la batalla cultural y la batalla política son dos aspectos de la misma contienda, y que para triunfar hay que ganar la cabeza, el cuerpo y “el corazón” de las personas. Para eso, el aparato estatal con toda su capacidad de organización y difusión ideológica, ayuda muchísimo, además de los medios de comunicación y las redes sociales.

Como se puede ver en el mensaje de Milei, un rasgo característico del fascismo del siglo XXI es el apelativo a la fe, a la *revelación*. Eso es clave, porque lo que hay para prometer terrenalmente es bastante poco. Los fascistas de este siglo no prometen el cielo, pero sí sostienen perspectivas de felicidad futura en un cúmulo de falacias y mentiras, muchas de ellas propias de la tradición anti-científica.

Giménez Béliveau (2021) plantea que desde la década de 1980 la religión se hace presente en el espacio público generando interés y presencia en medios de comunicación:

las iglesias y grupos religiosos también hicieron circular discursos y sentidos en la pandemia, escena que por otro lado se prestó para intervenciones espirituales: junto con la enfermedad y la muerte, la epidemia trajo miedos, incertidumbres, aislamiento, soledad. La religión tiene experiencia en ofrecer respuestas en estos escenarios (2021, p. 6).

Como propone la autora, las teorías conspirativas toman de las religiones los apocalipsis y las profecías, pero se trata de discursos descentralizados, es decir, no organizados por alguna iglesia. En el

marco del aislamiento pandémico, estos discursos se multiplicaron para darle forma a un conjunto de antagonistas: oscuras potencias; tecnologías de creación de armas biológicas; gobiernos corruptos que restringen libertades, etc.

El fascismo del siglo XXI se enriquece con los discursos apocalípticos, y aquellas variantes ultraderechistas ya existentes comienzan a articular un sentido *terraplanista*, que los unifica y los amplifica. Esto les permite confrontar con los gobiernos de otros tintes políticos, sin discutir el fondo sino un conjunto de superficialidades, pero con un énfasis religioso. En este sentido, no es menor que los dirigentes del fascismo actual sean líderes carismáticos (incluso con dotes actorales o mucha experiencia frente a cámaras).

En este marco, el fascismo del siglo XXI viene a reponer lo que nos fue quitado: orden y claridad. *Las cosas como son*, dicen. Aquellos elementos que desordenan la vida tal como la conocíamos -la inflación, las perspectivas de género, el cambio de la matriz energética, el crecimiento de China, etc.- deben ser puestos nuevamente *en su lugar*. En 20 años, el Big Mac aumentó en Estados Unidos un 70 %. La promesa de una vida de consumo fracasó y el fascismo viene a ordenarlo.

Este desorden requiere un reordenamiento generalizado. La incertidumbre de la vida desordenada es la que el fascismo del siglo XXI promete resolver.

Batalla cultural

En 1982, Alain de Benoist, uno de los intelectuales ultraderechistas que inspira a los *fascistas* actualmente, se indignaba porque las ideas, la intelectualidad y los intelectuales habían quedado del lado de la izquierda. Luego de las derrotas de Argelia y Vietnam, él planteaba que la derecha había perdido terreno en términos ideológicos, había sido vencida la legitimidad cultural respecto de sus valores (colonialistas, conservadores, machistas, racistas), y la conclusión era que

no hay acción sin teoría. “No se puede tener un Lenin antes de haber tenido un Marx” (1982: 49). Con escalofriante verdad, de Benoist postulaba que la teoría permite la lucha en el largo plazo y no es posible la larga duración de un proyecto político sin el sustento del *poder cultural*, es decir, que el “discurso político suene verdadero”. En sentido gramsciano, recupera el rol de la dirección político-cultural como arma imprescindible de la transformación, e incluso insta a sus correligionarios a leer a Lenin, Marx y Gramsci.

Asimismo, de Benoist propone que hay una estética de la izquierda y una de la derecha, a la hora de sostener las ideas. Este elemento es crucial respecto de la visión del mundo con la cual se identifican las personas, que implica una forma de ser y de estar en el mundo. Esto, según el autor, era profundamente comprendido por la izquierda, que incorporaba arte, literatura, música, etc.; pero no por la derecha, que “no quiere *ver* para no tener que *hacer*” (1982: 53). En este sentido, la estética *border* de Milei y Trump, cuyos cabellos resaltan, insultan y gritan, recoge la premisa de coherentizar la estética con su proyecto ético-político.

Otro de los elementos que de Benoist reclamaba era la necesidad de que la derecha asumiera una concepción del Estado distinta a la tecnocracia y de carácter político; que no uniformizara sino que mantuviera la *diferencia*, pero no en un sentido clásico reaccionario (el eterno retorno), sino de *regeneración*.

De Benoist discute no sólo con la izquierda revolucionaria, sino con lo que luego se constituye como el pensamiento neoliberal posmoderno y “progre”, que el fascismo actual denomina despectivamente *woke*.⁴ De forma explícita, identificaba el cambio de época que se estaba produciendo desde fines de los años setenta, que cerraba un ciclo iniciado en 1945. El autor identificaba sutilmente lo que hoy conocemos de forma clara: el neoliberalismo fue capaz de recuperar ideas originariamente de izquierda (mayor libertad y autonomía, por

⁴ *Woke* (despierto) es una palabra que se utiliza para englobar aquellas políticas y sentidos que sostienen el reconocimiento de la diversidad sexual, de género, étnica/ de color de piel, y la justicia ambiental.

ejemplo), y sistematizarlas dentro del pensamiento único. Hoy estas ideas tienen una relevancia significativa como aporte teórico para el fascismo del siglo XXI que da batalla contra la izquierda revolucionaria (Cuba, Venezuela) y también contra la ONU y los paradigmas neoliberales denominados *globalistas*. En el caso argentino, Milei es claro cuando proclama a sus antagonistas como “comunistas” o “marxistas culturales”. Esta nominación abarca desde los verdaderos comunistas, los kirchneristas, los progresistas, hasta los sectores de la derecha neoliberal “clásica”.

Pero además, a la idea de *regeneración* de Benoist le otorga un nuevo sentido y una nueva tarea para la derecha: recuperar lo viejo en términos conservadores, pero resituarlo para construir un futuro. Esto también es clave, porque el fascismo del siglo XXI se propone construir otro horizonte, otra sociedad y otro Estado. En este sentido, los denominados *globalistas* o *woke* no están proponiendo nada nuevo, sino que intentan darle vigor a lo ya conocido: la teoría del derrame, las virtudes de la globalización, el *pink washing* y una enorme ingeniería ideológica propositiva en Naciones Unidas, que luego no se condice con la vida de la mayoría de las personas migrantes, negras, mujeres, trabajadores, etc.

Además de de Benoist, hay muchos otros intelectuales del fascismo del siglo XXI: Miklos Lukacs, un anticomunista rabioso y mediático; Michel Houellebecq, acérrimo defensor del genocidio en Palestina por parte del Estado de Israel; Olavo de Carvalho, terraplanista, anticientífico y conspirativo, admirado por Bolsonaro; Steve Bannon, ex funcionario de Trump, que se autodenomina populista-nacionalista y ostenta ser un nazi brabucón y violento, y muchos otros. En Argentina, uno de los personajes que toma el guante de las enseñanzas que dejó de Benoist es Agustín Laje, un *fascista del siglo XXI*, de 35 años, que hace de difusor y publicista de estas ideas, pero las resitúa en el plano de la batalla actual, tal como se llama su libro (Laje, 2022).

Laje propone que esta batalla se da en la televisión:

“Salió en la televisión” es una forma de afirmar una “verdad” que se supone evidente en sí misma, irrefutable: ello es así porque el medio televisivo vuelve autoevidente aquello que mediatiza, pues brinda una realidad que parece no estar mediada” (Laje, 2022, p. 427).

A partir de esta definición, Laje desarrolla el modo en el cual la política se televisa y se condensa en la pantalla. En ese sentido, propone que las tecnologías mediáticas construyen un *mundo cultural* y que por lo tanto, es en ese terreno en el que la batalla cultural se vuelve central, inevitable, omnipresente, pues el poder político se somete a las reglas del funcionamiento tecnomediático. De este modo, se adentra en el universo de la imagen y las redes sociales para ubicar allí el campo de batalla.

Pero fundamentalmente, para Laje la batalla se trata de otorgar nuevos sentidos a significantes en disputa como liberalismo y nacionalismo, reappropriándose de la teoría laclausiana. En este sentido, hay un distanciamiento epocal significativo respecto de cómo se concibe la política y el poder: mientras de Benoist reversiona a Lenin y a Gramsci, Laje echa mano a Laclau y el posmarxismo.

Laje también entronca su propuesta con la teoría conspirativa. Por ejemplo, la asociación entre liberalismo e igualdad de género es producto de la inversión de fundaciones y empresas, comandadas por Soros y otros magnates globalistas, que oscuramente compran gobiernos para sostener su poder.

Al igual que de Benoist, Laje parte de la idea de que la derecha se quedó sin herramientas de disputa para dar la batalla cultural, pues se circunscribió a la economía. En términos prácticos, el autor plantea la radicalización de los contenidos de derecha, que hoy se oponen a “a la voluntad de armonizar las relaciones entre clases, sexos, razas, etcétera, (...) al constructivismo no solo estatal, sino también globalista...” (Idem, 2022: 739).

La batalla cultural debe ser el centro de la disputa, y *derecha* es el significante vacío que debe llenarse, bajo la licencia de recategorizarlo como “nueva derecha”. Según Laje, esta se compone de

libertarios no progresistas, conservadores no inmovilistas, patriotas no estatistas y tradicionalistas no integristas. El resultado sería una fuerza resuelta en la incorrección política que podría traducirse como una oposición radical a la casta política nacional e internacional, al estatismo y al globalismo, al establishment multimediático y la hegemonía progresista que domina la academia, a los ingenieros sociales y culturales de las BigTech y del poder financiero global inclinados sin disimulo alguno hacia la izquierda cultural” (Laje, 2022, p. 752).

Toda esta maraña de categorías y definiciones están presentes en el discurso de Milei, Trump, Meloni, Zemmour, Bolsonaro, Abascal y tantos otros, en sus intervenciones en las redes sociales y en cada una de sus acciones.

Clark (2024) historiza el modo en el cual la basura conspirativa, paranoica y profundamente reaccionaria va a multiplicarse y diseminarse por Internet, hasta llegar a las redes sociales y particularmente a X, en donde Elon Musk orienta notoriamente hacia la derecha su “libertad de expresión”.

Hasta ahora, el momento más alto de la batalla cultural que libró el fascismo en las redes fue durante la elección presidencial venezolana de 2024. La ofensiva inédita en redes sociales contra el chavismo tuvo su correlato en focos de desmanes, destrozos y saqueos, que dejaron 27 muertos, todos ellos y ellas chavistas. La guerra psicológica y cognitiva llevada adelante implicó una inversión desde Estados Unidos, junto con la dirigente fascista María Corina Machado, de más de mil millones de dólares. El propósito era azuzar el odio, el rencor y la violencia a través de mensajes en redes sociales, para producir un caos que permitiera un golpe de estado o una invasión a Venezuela. Durante esas jornadas desestabilizadoras, fueron hackeadas y ciberatacadas más de cien instituciones bolivarianas. Pero, además, el objetivo fue consolidar un sentido anti-Maduro y anti-Revolución bolivariana en el mundo entero y construir un cerco informativo, que impidiera distinguir qué ocurrió verdaderamente y

quiénes son los muertos. El propósito es evitar a toda costa un marco de solidaridad y hermandad con ese pueblo.

La batalla cultural consiste en establecer un “espiral de silencio” (Noelle-Neuman, 1995), para silenciar las voces disidentes y otorgar tal legitimidad casi absoluta, que cualquier disonancia está mal vista, o produce dudas, o resulta conspirativa o ridícula. Cuestionar las verdades de las redes sociales, incluso desde argumentos científicos, implica la impugnación hostil y violenta, a través del “trolleo” y “doxéo”.⁵

La batalla cultural no es inmaterial, es profundamente material: la producción de odio y violencia tiene su correlato en muertos, heridos, destrucción de bienes públicos, etc. En el caso venezolano, se trató de 27 asesinados por fuerzas de odio, azuzadas desde las redes sociales.

Todas las expresiones *fascistas* vigentes se recuestan sobre *la salvación de un país destruido*, aunque las respuestas tienen matices. Estados Unidos y Argentina son muestras de ello.

Trump, reelecto en las elecciones, se sigue presentando a sí mismo como un “outsider atacado por las elites ilustradas” (Morgenfeld, 2024), antiestatalista y antiprogresista. Les endilga a las mujeres “emancipadas” y a los migrantes la responsabilidad de todos los males, niega el cambio climático y se aferra con toda su arrogancia a sus opiniones. Trump sostiene su consigna “*Make America Great Again*” con acceso a criptomonedas, despidos, descenso de los impuestos para los más ricos, medidas de proteccionismo arancelario (particularmente con productos chinos) y bravuconadas colonialistas (pretender cambiarle el nombre al Golfo de México),⁶ Asimismo,

5 En redes sociales, *trolleo* es una palabra que se utiliza para referir a la acción de los *trolls*, es decir, agresiones sistemáticas de cuentas fantasma -bots o humanos-. *Doxeo* o *doxxing* es también un modo de agresión, pero que incluye la exposición de información personal del agredido.

6 La respuesta de la presidenta de México, Claudia Scheinbaum, fue contundente respecto de la ofensiva estadounidense en este tema como en otros tales como la migración, las fronteras y la venta de estupefacientes. Una de las respuestas se puede ver en el siguiente fragmento de una conferencia de prensa que dictó la presidenta: <https://youtu.be/4viwtqzci0g?si=ca1uZ9wJSEhUZEQv>

refuerza la doctrina Monroe como paradigma imperialista, para el cual el *patio trasero* vuelve a cumplir un *destino manifesto*, en sintonía con su desprecio por la ONU y por los organismos multilaterales (Morgenfeld, 2024). Este enfoque tiene sustento ideológico en la doctrina de Steve Bannon: defender el libre mercado y hacer la “guerra económica” con China, con una retórica anticomunista, populista-nacionalista, en contra de las *elites globalistas*, la inmigración latina y musulmana, las políticas de género, el aborto y el movimiento LGBTQ+.

En términos laborales, Trump se propone desregular la normativa del trabajo:

despedir a los cargos que nombró Biden para la Junta Nacional de Relaciones Laborales (...); modificar las normas federales sobre las horas extra para que cada vez menos trabajadores tengan derecho a cobrarlas; limitar el acceso a derechos y prestaciones de los trabajadores con salarios bajos (...) y reducir las protecciones de salud y seguridad en el lugar de trabajo, entre otras medidas. También parece que están planeando eliminar los impuestos federales que se imponen a las propinas y las horas extra” (Equal Times, 2024) sino que también triunfó por un margen aún mayor que la primera vez, ahora la gente que se preocupa por el futuro de la clase trabajadora estadounidense empieza a prepararse para lo que la victoria de Trump podría significar para los sindicatos y los trabajadores.

Como se señaló anteriormente, el fascismo de este siglo representa a los sectores del gran capital que también expresan la vocación de destruir o restringir al máximo el poder de los sindicatos y de trabajadores, en favor de una mayor desregulación laboral.

Por su parte, al sur del continente, Milei se autodefine como un liberal libertario, cuyo principal enemigo es “la casta”. Se propone destruir el Estado y desde que asumió está llevando adelante un plan de desmantelamiento de todos los organismos estatales nacionales, exceptuando los represivos, que conducen a una verdadera balcanización del Estado nacional y a una pérdida de sus capacidades

productivas y distributivas. En este sentido, su posición es contra el Estado de derecho, pues considera que cualquier demanda debe ser garantizada por el mercado.

En términos ideológicos, Milei remitea la misma retórica que Trump: anti comunista, anti globalista, anti políticas de género.⁷ Sin embargo, la condición de país subdesarrollado y periférico implica que su grandeza se basa en ser *colonia del poderoso*. En este sentido, es el compañero perfecto de la doctrina Monroe: pretende dismantelar cualquier atisbo de soberanía nacional, tanto territorial como económica, política o cultural, en pos de ubicarse como punta de lanza de la recuperación del *patio trasero*.⁸

La liberalización de la economía a ultranza es la que le permite, precisamente, ser el complemento del *destino manifesto*, pues Argentina se convertirá –de estabilizarse la propuesta *fascista*– en un país neocolonial, sin industria, sin autoabastecimiento, con aún más millones de pobres. “La casta” está representada precisamente por aquellos sujetos de derecho que, con la eliminación de las políticas que garantizaban conquistas históricas, está siendo atacada de frente, tal como Milei anticipó.

Además, Milei tiene delirios de grandeza, con los cuales pretende servir de ejemplo a otras partes del mundo. Una suerte de Pinochet con el neoliberalismo. Para bien o para mal, Milei se esfuerza en salir en los grandes medios internacionales. Esto ocurrió con la estafa de la criptomoneda \$LIBRA: el presidente argentino salió en su cuenta de X a promocionar esta moneda, que luego resultó una estafa para cientos de compradores. Milei se constituye en el ejemplo de un presidente con profundo desprecio de su investidura, de la ley y del Estado de derecho.

En términos laborales, Milei está absolutamente en sintonía con el fascismo del siglo XXI y con Trump. Se trata de llevar adelante una reforma laboral lo más profunda posible, que desregule el mercado

7 <https://www.youtube.com/watch?v=WyGMorQrHew> (Hobsbawm, 1998)

8 De hecho, Milei apela a la generación del '80 (1880), como la única capaz de hacer grande al país, bajo un proyecto neocolonial y agro-exportador.

y para ello, los sindicatos son un obstáculo aún mayor que en Estados Unidos, por su densidad y poder en Argentina. La denominada ley Bases,⁹ que se sancionó en 2024, tiene incorporada una reforma laboral que implica entre otras las siguientes cuestiones: despidos con causa, por persecución, por bloqueos, tomas de establecimiento o medidas de fuerza que afecten el trabajo; despidos por discriminación con doble indemnización, que evitan la reinstalación en el puesto; fondo de cese laboral, en lugar de indemnizaciones a cargo del empleador; ampliación del período de prueba a 6 meses sin derecho a indemnización; mayor flexibilización contractual (hasta tres trabajadores pueden trabajar en una mini empresa y ser considerados “colaboradores”, sin relación de dependencia); tercerización laboral: contratos a través de empresas de servicios temporarios o agencias de colocación en el caso del trabajo agrario; beneficios patronales: eliminación de las infracciones, multas y sanciones a los empresarios que no hayan registrado a sus empleados, se les perdonará la deuda por capitales e intereses cuando se originen en la falta de aportes al sistema de seguridad social y se bajará el Registro de Empleadores con Sanciones Laborales (REPSAL) siempre y cuando, al momento de aprobarse la ley, se regularice a los empleados; y finalmente, la exclusión de los sindicatos como denunciantes del trabajo no registrado.

El fascismo del siglo XXI tiene un proyecto que favorece la concentración económica, la dominación política y combate las ideas colectivistas y comunitarias de cualquier orden. Esto implica un proyecto concreto de revitalización del imperialismo estadounidense y de reordenamiento de los países subordinados. En el corazón del proyecto fascista actual está el trabajo, su reorganización y desarme de los derechos conquistados.

9 <https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/310189/20240708>

Contradicciones aún no resueltas

El fascismo del siglo XXI tiene por delante una serie de inconvenientes por resolver. La vocación que está desplegando para recuperar la hegemonía del imperialismo estadounidense tiene obstáculos reales y concretos que no sólo se sustentan en las dificultades que trae a las clases populares (que tampoco están congeladas ni muertas), sino también a otros sectores burgueses, que también pretenden salir favorecidos y más enriquecidos con la crisis.

La emergencia de China como potencia económica y la consolidación de los BRICS traen una serie de dificultades al dogmatismo fascista. Sin dogmatismo, la propuesta enérgica y briosa pierde potencia. Pero el dogmatismo se da de bruces con la economía y con el comercio internacional. Asumir una posición anticomunista y hacer negocios con China produce contradicciones en el plano ideológico y subjetivo. Sin embargo, no hacer esos negocios produce contradicciones que desfavorecen a sectores exportadores, o a los que precisan beneficiarse con el desarrollo de la tecnología del 5G y 6G, por ejemplo.

Otro tanto ocurre con el libre mercado, tan bien ponderado por los *fascistas del siglo XXI*. Frente a la liberalización, Elon Musk le exigió al Estado norteamericano el establecimiento de aranceles para restringir la competencia entre sus automóviles eléctricos y los chinos. De esta forma, Trump se jacta de asumir proteccionismo arancelario con una retórica populista de ultraderecha. Por su parte, para las periferias *fascistas*, difícilmente sean una buena noticia las medidas proteccionistas de Trump, en medio de la caída del precio de los *commodities*. De nuevo el caso de Milei es explicativo: la caída de los precios de la soja y del litio pone en tensión a los sectores dominantes vernáculos que especulan en ese terreno. Si no pueden colocar la producción en Estados Unidos por cuestiones proteccionistas y no lo pueden hacer en China por cuestiones ideológicas, tienen un problema serio en su objetivo de estabilizar la economía (la inflación y el

precio del dólar). El proteccionismo de los Estados Unidos de Trump no solo golpea ideológicamente el liberalismo a ultranza de Milei, sino que augura contradicciones entre los sectores dominantes de su *patio trasero*.

Otra contradicción reside en los paradigmas de *transición energética*, consensuada por la ONU, las grandes empresas y las potencias como iniciativa de resolución del cambio climático. Trump y los *fascistas* niegan el cambio climático y desprecian las perspectivas ecologistas, poniendo todo su énfasis en el petróleo y el gas, pero no obstante protegen los autos eléctricos de Musk y fomentan la extracción de litio en la periferia.

Asimismo, el proyecto de “eliminación” del Estado encuentra contradicciones con fracciones del poder: al *establishment* y a las grandes empresas, el Estado les garantiza sus negocios, les proporciona los consensos y les otorga la tranquilidad de reproducirse, pero además hay un segmento particular que “vive” del Estado. En Estados Unidos, todo el complejo industrial-militar y en Argentina, la llamada “patria contratista”. Las contrataciones de obras de infraestructura, la concesión de empresas de servicios públicos, los subsidios del transporte de carga y pasajeros, etc., son el modo de garantizar un excedente adecuado para los sectores dominantes. Esto además se asocia a la especulación financiera apalancada con la exportación de materias primas, ligada al gran capital extranjero (con la propiedad de los puertos y las empresas que controlan el comercio exterior). Un claro ejemplo de esto es la producción de acero. Para la producción siderúrgica argentina, llevada adelante por Techint y ArcelorMittal-Acindar,¹⁰ la apertura de importaciones es un problema.

10 Techint y Acindar se quedan con el monopolio de acero luego de una estrategia de desmantelamiento de la industria pública, llevada adelante por la dictadura genocida. En Argentina, la siderurgia se desarrolló a partir del Plan Siderúrgico Argentino (1947), a través del cual el Estado tenía el monopolio de la producción de acero y los privados podían desarrollar los derivados (chapas, tubos, etc.). El primer ministro de economía de la dictadura, Martínez de Hoz, era el presidente de Acindar. Dejó su cargo allí, para asumir el control de la política económica nacional, con el propósito, por un lado, de sacarse de encima la oposición sindical (que terminó presa o desaparecida), y por otro, de destruir el Plan Siderúrgico, habilitar la integración productiva de la empresa

Paolo Rocca, dueño de Techint, ya le ha manifestado reiteradas veces al gobierno que es imposible competir contra el acero chino.¹¹ El volumen de producción que abastece el mercado interno argentino es absolutamente inferior al chino y al brasilero también. La posibilidad de que la producción argentina se venda depende básicamente de restricciones a la importación, pero también de la existencia de mercado interno. La destrucción de la obra pública y la interrupción de la construcción dificultan la colocación de la producción de acero y terminados. También es cierto que los condicionamientos de la competencia internacional habilitan la extorsión hacia los sindicatos y trabajadores, con el fin de modificar sus condiciones laborales, aumentando las jornadas de trabajo y los ritmos de producción. Esto no es nuevo, el crecimiento del denominado ejército de reserva implica la amenaza de la pérdida de empleos, y tiene como consecuencia la disminución salarial y de deterioro en las condiciones de trabajo.

Asimismo, existe una contradicción por demás interesante respecto a los preceptos de la batalla cultural y el Estado. Milei enuncia y vocifera que el liberalismo es el paradigma de su proyecto y hace esfuerzos resonantes por difundirlo en sus términos: lo único que importa es la “economía”, como fuente de progreso, y el Estado es un obstáculo, al que hay que hacer desaparecer. Pero este obstáculo se transforma en necesidad a la hora de organizar y amplificar la perspectiva liberal libertaria mileísta. No hay batalla cultural sin el Estado. La obsesión de Milei con que la izquierda se sostiene sistemáticamente dando pelea en el terreno de la superestructura produce una contradicción entre la necesidad *fascista* de dar esa lucha cultural en contra del Estado y la lucha política estricta por el gobierno. En la teoría fascista del siglo XXI, el Estado no tiene reemplazo (como sí lo

y la de Techint, y avanzar en la privatización de la empresa de aceros nacional (SOMISA). Esta última, luego de la privatización, termina quedándose la Techint y así fue consolidando un conglomerado gigantesco (Giniger, 2021).

11 <https://www.infobae.com/economia/2024/11/07/paolo-rocca-ajusta-a-una-de-sus-empresas-y-ordeno-una-fuerte-baja-de-costos/>

tiene en la teoría marxista) y la vocación destructora del mismo sólo trae como consecuencia otro modelo de Estado, no su desaparición.

En este sentido, otra contradicción es entre el rol del Estado en la batalla cultural y la privatización del sistema educativo nacional. Desde comienzos del Estado-nación, el sistema educativo estableció los marcos de formación de la sociedad, tanto de las clases dominantes como de las clases subalternas. El neoliberalismo hizo un denodado esfuerzo de segmentación y mercantilización educativa, con la consecuencia de la multiplicación de escuelas, colegios y universidades privadas que constituyen circuitos diferenciados según estratos sociales. El sistema educativo se convirtió entonces no sólo en un *aparato ideológico del Estado*, al decir de Althusser, sino también en un negocio extremadamente redituable. La privatización educativa encontró un modo de eludir la venta de escuelas y estableció un mercado donde colocar una multiplicidad de productos educativos. Wanschelbaum (2022) la denomina *privatización encubierta*, a través de fundaciones y empresas, que se incorporan en la definición de los contenidos, de las evaluaciones y de las condiciones pedagógicas. Las grandes empresas comprendieron -tal como lo hicieron los sectores dominantes del pasado- que la escuela pública es un lugar privilegiado de construcción de consensos, legitimación de las bases fundamentales del capitalismo y diseminación de valores, incluso cuando todo esto esté en disputa por los sujetos pedagógicos. La escuela es un lugar privilegiado en el cual se pueden hacer negocios suculentos (introducir las plataformas Google, por ejemplo) y al mismo tiempo, configurar subjetividades. La destrucción del sistema educativo público choca, entonces, con intereses concretos de grandes empresas (las mismas que sostienen al fascismo del siglo XXI, incluso).

Otro tanto ocurre con las universidades y con la producción científico-tecnológica. Tanto Trump como Milei tienen la política de recortar los fondos públicos para desarrollo científico. Esto trae protestas, pero además hay sectores del poder que también expresan su

desacuerdo, por los vínculos y negocios con las universidades y por criterios elitistas.¹²

En este marco de múltiples contradicciones, la propuesta del fascismo del siglo XXI es consolidarse como la vanguardia extremista del capitalismo en crisis. Este fascismo va dando pasos certeros en organizarse, solidificar sus fuentes ideológicas y diseminar sus ideas, en ganar posiciones. El escándalo y los modos violentos y bravucones de llamar la atención internacional forman parte del método de escalada.

El fascismo del siglo XXI, junto con su objetivo de enriquecimiento voraz de un sector de las clases dominantes, con su vocación de dominio absoluto y con la exclusión y ataque a las diferencias y disidencias, va conformando una estética propia. La conjunción de una ética y una estética propias le dan carnadura a un proyecto que no tiene nada que prometer a los sectores populares en términos de mejoramiento de sus vidas. No obstante, hay una promesa, y poco a poco -aunque aún no se vislumbra de forma clara la emergencia de *camisas negras del siglo XXI*- va apareciendo un lugar de pertenencia para mayorías. Ese territorio hoy es digital, es el encuentro de odiadores seriales en un mundo de cobardía y anonimato. Por ahora alcanza, pero dependerá de la capacidad de confrontación a la que se vea sometido el fascismo.

Esta vocación totalitaria del capitalismo está en su núcleo, forma parte de su vocación, aunque la lucha de clases lo somete a negociar, a consensuar, a distribuir. Hoy, que el imperialismo está cansado y no sabe jugar el juego de la multipolaridad, aparece en escena un monstruo de varias cabezas que intenta revivir un proyecto de dominio totalizante.

Sin embargo, la contradicción central con la que se encuentra el fascismo del siglo XXI es que no viene a dar respuesta a las expec-

12 <https://www.lanacion.com.ar/cultura/filosofos-e-intelectuales-explican-que-quiere-decir-el-presidente-con-desarmar-el-gramsci-kultural-nid16022024/>

tativas y necesidades de las clases subalternas. Por más cantos de sirenas odiosas que se escuchen, la propuesta que hoy presentan sólo trae más hambre, más desocupación y más angustias a los pueblos. Y eso dura un tiempo sin que la rebelión se organice.

La clase trabajadora no es peor hoy porque el fascismo la convoca, sino que atraviesa la dificultad de no encontrarse con otro horizonte de futuro. Estuvo convocada a esperar sentada a que otros resuelvan por ella y no resolvieron. Salió de la pandemia del COVID-19 sin capacidad de duelar a sus muertos, en el seno de una economía cotidiana que no daba tregua y que la resituó en el terreno de las necesidades más básicas. Hoy está siendo seducida por nuevos representantes más enérgicos y gritones, con más entusiasmo, que auguran un futuro mejor.

3 ½ / Apuntes sobre tecnología

En estos tiempos convulsos, las transformaciones e innovaciones tecnológicas propician interpretaciones oscilantes entre el catastrofismo y la maravilla. La masificación y extensión de Internet, la potencia de la conectividad humana en nanosegundos, el desarrollo de procesos de aprendizaje automatizados, la emergencia de nuevas fuentes y almacenamiento de energía, todo ello (y más) constituyen cambios a los que se les adjudica la modificación de las vidas humanas, e incluso las causas de la crisis civilizatoria. La virtud de la mercancía de invisibilizar las relaciones sociales de producción tiene en “la tecnología” la cúspide del fetichismo.

El sentido común está repleto de fragmentos superpuestos y desarticulados respecto de la tecnología y su relación con lo humano, configurados a lo largo de la historia, en la que los desarrollos tecnológicos acompañaron a la humanidad, a la lucha de clases y a sus conflictos. En la sociedad actual, tanto el fetichismo de la mercancía como el determinismo tecnológico van estructurando los fragmen-

tos en pos de concebir y aprehender los cambios que se producen en este campo.

Existe la idea de que la tecnología tiene un alma propia, que se desarrolla en un andarivel autónomo de las relaciones sociales. Esta autonomía le otorga neutralidad. La tecnología está por fuera de la capacidad humana de control y desarrollo, pues una serie de eventos afortunados o fortuitos son los que producen su existencia.

Con el nacimiento de la gran industria, el desarrollo de la maquinaria también va configurando sentidos respecto de la tecnología. Como plantea Marx el capítulo XIII del *Capital*, “En sus *Principios de Economía política* dice John Stuart Mill: ‘Es cuestionable que todos los inventos mecánicos hechos hasta el momento hayan aliviado la faena cotidiana de algún ser humano’” (Marx, 1990, p. 343). Esta crítica de Stuart Mill -quien no puede creer que algo tan útil sea tan inútil- a la maquinaria forma parte de las ideas y nociones que se van elaborando socialmente respecto de la maquinaria y la tecnología.

Incluso la historia de las luchas obreras puso muchas veces a la incorporación tecnológica como fuente de sus ataques, aunque solamente se recuerde el movimiento ludita, que a fines de siglo XVIII y principios del XIX rompía telares como modo de protesta contra la modificación de sus condiciones de vida y trabajo.

Este odio a la incorporación maquínica tuvo su contraparte algunas décadas después con la idea de progreso, que intelectuales difundieron y conceptualizaron. Durante fines del siglo XIX y principios del XX, el paradigma dominante manifestaba que en la tecnología estaba “la evolución”, que las sociedades eran avanzadas o atrasadas según los parámetros de la tecnología socialmente disponible. El racismo y el colonialismo se basaban -entre otras cosas- en la relación con la tecnología: pueblos atrasados vs sociedades adelantadas; civilización o barbarie, y demás concepciones evolucionistas antropológicas, que se sostenían mayoritariamente en prescripciones tecnológicas.

Tanto las posiciones a favor como aquellas contrarias al desarrollo tecnológico, todas forman parte de los debates de nuestro tiempo.

Existen posiciones anti-tecnológicas y perspectivas paranoicas respecto del control y la manipulación social que se articulan en la idea de que “los aparatos nos someten”. El discurso supuestamente crítico respecto de la juventud actual y su falta de perspectivas, está mayormente basado en el uso de teléfonos celulares, aplicaciones y juegos en línea. La respuesta de la corriente neoliberal socialdemócrata es un paquete de medidas hipócritas, prohibitivas o restrictivas, que invisibilizan las relaciones sociales de producción y fuerzas productivas. Para el fascismo, por el contrario, los jóvenes en pantalla son materia prima. Pero la izquierda revolucionaria no tiene una propuesta de salida; por tanto, el enfoque hegemónico para pensar y abordar estas cuestiones no tiene que ver con transformar las relaciones sociales.

Otro tanto ocurre con el cambio climático. Frente al uso extensivo de determinadas tecnologías contaminantes se postulan respuestas de cambio tecnológico: la transición energética. De este modo, no se comprende como un problema social, sino tecnológico, de medición, de emisión y de difusión.

El determinismo tecnológico se encuentra en todos los matices e intersticios de nuestra sociedad, desde posiciones acríicas, utópicas o distópicas, celebratorias o apocalípticas. Lo que tracciona la historia es la tecnología, según un materialismo vulgar que interpreta la invención de la rueda, la escritura, la pólvora, la máquina de vapor, Internet, la inteligencia artificial como hitos que producen cambios por sí mismos.

Sin embargo, vale la pena dejar asentada acá la contundente posición de Marx al respecto:

La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ferrocarriles, telégrafos eléctricos, hiladoras automáticas, etc. Son éstos productos de la industria humana: material natural, transformado en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza o de su actuación en la naturaleza. Son órganos del cerebro humano creados por la mano humana; fuerza objetivada del conocimiento. El desarrollo del capi-

tal fijo revela hasta qué punto el conocimiento o knowledge social general se ha convertido en fuerza productiva inmediata, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del general intellect [intelecto general] y remodeladas conforme al mismo (Marx, 1972, p. 229).

En este paradigma, el propósito de este capítulo intermedio es establecer algunos elementos acerca de la relación entre tecnología y acumulación capitalista. Es un capítulo intermedio que permite poner en común algunos elementos de la tecnología y de los desarrollos tecnológicos, que luego se observarán en los procesos de reorganización del trabajo.

Los avances tecnológicos no son neutrales

La tecnología desarrollada y adoptada en el seno de la gran industria está condicionada por la lucha de clases. Esto implica una enorme multiplicidad de fenómenos a lo largo de la historia, de distinto orden, pero todos ellos producto de las relaciones de fuerzas, las contradicciones y la conflictividad. Vale la pena detenerse en tres, favorables a los pueblos, a modo de ejemplo:

Por un lado, se llevaron adelante desarrollos específicos de determinadas tecnologías por históricas demandas de salud y seguridad laboral. Por ejemplo, la lucha por el uso de los elementos de protección personal (EPP) implicó la incorporación de tecnologías a la industria textil y del calzado (punta de acero en zapatos, mejoras de materiales en cascos, tecnologías ignífugas, etc.).

Por otro lado, se elaboraron y desplegaron tecnologías producto de las demandas y necesidades de epidemias, pandemias y guerras. La penicilina suele ser mencionada como desarrollo clave en la segunda guerra mundial, así como la última pandemia nos dejó múltiples enseñanzas como nuevas vacunas y sus técnicas de desarrollo,

elaboración de kits de detección rápidos, barbijos con filtro antiviral y antibacterial, etc.

Finalmente, la reivindicación de algunos derechos también hace emerger desarrollos tecnológicos o introducir mejoras. En el caso argentino, un ejemplo reciente es la creación de una cuna de armado simple para bebés de sectores populares,¹ como parte del derecho a la salud y seguridad de la madre y del bebé. Pero también lo fue en la Viena Roja, la República de Weimar y en la URSS el diseño de cocinas domésticas que redujeran el tiempo de trabajo de las mujeres.²

Asimismo, la incorporación de tecnologías está condicionada por la competencia capitalista y la potencial ventaja de mercado. Esto implica que los capitalistas identifiquen que la incorporación de determinada tecnología nueva acarrea una disminución de los costos, particularmente con el reemplazo de la fuerza de trabajo. No todos los sectores productivos tienen desarrollos tecnológicos o innovaciones por igual. Esto refiere al análisis salarial, es decir, cuál es la masa salarial y, por tanto, el plusvalor, que habilita sostener mano de obra intensiva y baja productividad relativa:

Al igual que todo otro desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, debe abaratar las mercancías y reducir parte de la jornada laboral que el obrero emplea para sí mismo, a fin de alargar la otra parte de su jornada que entrega gratis al capitalista. Es un medio para la producción de plusvalor (Marx, 1990, p. 343).

En el capitalismo monopolista además, la competencia se ve restringida por la posición dominante del imperialismo, que condiciona también los desarrollos tecnológicos, ya no sólo respecto del margen

1 Esta cuna se entregaba a las parturientas de sectores populares bajo el denominado plan Qunita, que incluía una cuna de armado simple y una serie de objetos de necesidad básica para la madre y el/la bebé (Televisión Pública, 2015).

2 En 1927, la arquitecta Margarete Schütte-Lihotzky, que trabajaba en la secretaría de vivienda de la Viena Roja, fue convocada a Frankfurt al proyecto de viviendas populares. Allí diseñó una cocina bajo la premisa de reducir el tiempo que las mujeres pasaban allí desarrollando trabajo doméstico no pago (Red ARQA, 2021).

de ganancia empresarial, sino del dominio. La ganancia extraordinaria que implica la posición monopólica –por encima de la ganancia media- permite apropiarse de una mayor parte de la plusvalía social. En este sentido, el desarrollo y la incorporación de tecnología se ajustan a las necesidades monopólicas de sostener la durabilidad de la posición dominante en una o varias ramas productivas. Esto significa no sólo introducir determinado cambio tecnológico en una rama particular que garantice el aumento de la plusvalía relativa, sino además el celo por mantener por fuera a potenciales competidores, bajo el dominio imperialista, para garantizar la ganancia extraordinaria.

En este sentido, incorporar cambios tecnológicos puede constituir monopolios y habilitar su sostenimiento. Un ejemplo de ello es el sistema de patentes. Como explica Belardo, (2021), las patentes son títulos que otorgan el monopolio temporal de explotación de determinado invento. En el caso de la industria farmacéutica, “hacen una trampa que ya es bien conocida, al renovar esa patente por otros 20 años presentando un producto supuestamente nuevo u original, pero, en realidad, la fórmula de ese producto es casi idéntico a su antecesor” (2021: 20). En 1995, en pleno auge del mundo unipolar, los países miembros firman el acuerdo de la OMC sobre Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC), lo cual suma un condicionamiento aún mayor al proceso de monopolización y otorga más derechos a las grandes empresas.

Asimismo, en la fase imperialista del capitalismo, los avances tecnológicos están distribuidos de forma desigual, tanto en términos de producción industrial como en beneficio de determinadas tecnologías para el bienestar humano. La división internacional del trabajo con criterios imperialistas implicó, desde la derrota de la Comuna de París, la consolidación de un proceso de acumulación y desarrollo de Occidente (Europa occidental, Estados Unidos y Japón), sostenido en el dominio colonial y subordinado del resto del mundo. Tal como plantea Hobsbawm (1998), el período entre la Comuna y la Revolución Rusa (1875 y 1914) es de reparto del mundo en colonias forma-

les, incluyendo Estados Unidos con la guerra con España. Hasta ese momento, la política imperialista estadounidense no tenía colonias anexionadas, aunque bajo la doctrina Monroe todo el continente americano era de su dominio.³

En 1917, Lenin explicaba cómo las principales potencias se distribuían el mundo de la mano de la exportación de capital:

De esos cuatro, dos (Gran Bretaña y Francia) son los países capitalistas más viejos y, como veremos, los que más colonias poseen; los otros dos (Estados Unidos y Alemania) son los países capitalistas que van a la cabeza del desarrollo y de la penetración de los monopolios capitalistas en la producción. Juntos, los cuatro poseen 479.000 millones de francos, o sea, casi el 80 % del capital financiero mundial. De una u otra manera, casi todo el resto del mundo es deudor y tributario de esos países banqueros internacionales, de esos cuatro “pilares” del capital financiero mundial (...) Los países exportadores de capital se han repartido el mundo entre ellos en sentido figurado. Pero el capital financiero ha llevado a cabo el reparto real del mundo (Lenin, 1917:, pp. 35-41).

El rol “deudor” y “tributario” de la mayoría de los países del mundo es un elemento constitutivo del imperialismo, que los deja subordinados sin mayores posibilidades de desarrollo autónomo. En términos tecnológicos, lo que se incorpora es mayoritariamente importado (desde los trenes británicos del siglo XIX hasta los *smartphones* del siglo XXI). Las pocas inversiones del capital excedente que se llevan adelante se subordinan a las estrategias de los monopolios y del dominio imperialista. De hecho, como plantea Aguilar Monteverde (1967: 449), lo que ocurre es

que no son los países inversionistas los que transfieren realmente una parte de su excedente a las naciones pobres, sino más bien estas las que, paradójicamente, envían año por año un tributo financiero a aquellas (...) debido a que las salidas de fondos por dividendos

3 De todas formas, las Islas Malvinas, desde 1833 son un enclave colonial británico.

y regalías exceden apreciablemente a las entradas de capital. Y el impacto perjudicial de la inversión extranjera no se limita al efecto negativo que ejercen sobre la balanza de pagos y a la succión del excedente que provocan; tiene un alcance mucho más vasto: estimula el monopolio, detiene y desvía el proceso de diversificación, agudiza la dependencia económica y por ende política, afecta el reparto del ingreso y condiciona en buena medida la formación de capital, no sólo por lo que hace al monto de la inversión, sino a las direcciones en que ésta se proyecta, a las técnicas productivas en que se expresa, y al grado en que se utiliza la capacidad productiva existente.

Y aunque efectivamente en el comienzo de la fase imperialista que describe Hobsbawm se desarrollaron nuevas tecnologías (turbinas y motores de combustión interna, el teléfono, el gramófono y la bombilla eléctrica incandescente, el automóvil, la cinematografía, la aeronáutica y la radiotelegrafía), llama especialmente la atención el “optimismo tecnológico” como elemento ideológico de aquel tiempo, pues no sería hasta la primera guerra mundial que esas invenciones modificarían sustantivamente la sociedad de consumo, e incluso mucho más tarde se difundirían masivamente en los países subordinados.

De esta forma, el desarrollo y cambio tecnológico está condicionado por el imperialismo y por la subordinación de pueblos y países. Como decía el Che,

para poner el arma de la técnica al servicio de la sociedad, hay que tener la sociedad en la mano. Y para tener la sociedad en la mano hay que destruir los factores de opresión, hay que cambiar las condiciones sociales vigentes en algunos países y entregar a los técnicos de todo tipo, al pueblo, el arma de la técnica y esa función es de todos los que creemos en las necesidades de cambios en algunas regiones de la tierra (Guevara, 1963).

Innovaciones para *emprendedores*

En otro orden político-epistemológico diametralmente opuesto, también la tecnología tiene un lugar, pero en este caso un sitio de privilegio. Los neoschumpeterianos ponen especial atención en lo que denominan innovación y cambios tecnológicos como llave del crecimiento económico.

Con la meta del beneficio en mente, los emprendedores y gerentes convierten constantemente invenciones en innovaciones, es decir, posibilidades técnicas y descubrimientos, en realidades económicas. Por otra parte, mediante inversiones y decisiones de financiamiento también pueden dirigir los esfuerzos de investigación en direcciones particulares (Pérez, 2010).

Este paradigma está tan masivamente difundido que resuelta interesante prestarle atención a cuán impregnada está la idea de la revolución tecnológica y cómo moviliza la historia. Esto refuerza, como se verá, la noción de que la tecnología está en el centro de la resolución o creación de problemas de orden social. El determinismo tecnológico encuentra en la teoría neoschumpeteriana un modo de expansión.

Según Carlota Pérez, la innovación se da en la convergencia entre tecnología, economía y contexto socio institucional, en el marco de un paradigma tecnológico que orienta la dirección y el ritmo del cambio. Luego de una *innovación radical*⁴ se despliegan una serie de *innovaciones incrementales*, que son las “mejoras” que habilitan el aumento de la productividad. Son generalmente mejoras en procesos que se llevan adelante en un *sistema nacional de innovación*, que incluye investigadores, ingenieros, proveedores, productores, usuarios e instituciones.

4 Pérez indica que determinadas innovaciones muy radicales dan origen a nuevas ramas productivas.

De esta forma, las *revoluciones tecnológicas* son una serie de saltos tecnológicos radicales que conforman una gran constelación de tecnologías interdependientes. Según Pérez, hubo cinco revoluciones tecnológicas desde 1770 a los 2000: 1) la revolución industrial (hilandería de algodón, 1771); 2) la era del vapor y los ferrocarriles (motor a vapor, 1829); 3) la era del acero, la electricidad y la ingeniería pesada (1875); 4) la era del petróleo, el automóvil y la producción en masa (1908); y 5) la era de la informática y las telecomunicaciones (1971). Estas revoluciones implican para Pérez, *una gran oleada de desarrollo*,⁵ provocada por la “difusión de cada revolución tecnológica y sus efectos transformadores en todos los aspectos de la economía y la sociedad, incluyendo entre ellos su impacto sobre los ritmos de crecimiento económico” (2010, p. 141).

Desde este punto de vista, el motor de la historia es la innovación, y particularmente la revolución tecnológica. Los ciclos históricos se configuran a partir de ella. En el planteo de Pérez, el ciclo tiene una fase de gestación, otra de configuración del paradigma tecno-económico, otra de uso expansivo, otra de agotamiento de su potencial y finalmente, el nacimiento de una nueva revolución. En la fase de declive y agotamiento de un paradigma se produce un proceso de destrucción creadora. Para las neoschumpeterianas Pérez y Mazzucato, en ese momento la intervención estatal no es significativa, pero sí lo es al comienzo de la fase expansiva, donde las regulaciones y marcos institucionales deben ponerse a tono con las necesidades de crecimiento. Esto es así pues para ellas el desarrollo de un paradigma

5 Una forma de explicación de la historia que hacen los economistas es a través de las ondas de distinta duración. A mediados de la década de 1920, Kondratiev propuso largos ciclos económicos, tomando en consideración distintas variables como precios, tipos de interés, salarios, producción y consumo en varios países, etc., con fases ascendentes (expansivas) y descendentes (recesivas). Esta noción de ciclos largos fue recuperada por Schumpeter como “ondas K” (por Kondratiev) para explicar que la innovación impulsaba el crecimiento.

está asociado a la capacidad social y gubernamental de darse cuenta del potencial de crecimiento, de demanda, de nuevas innovaciones e inversiones, que pasen de nichos de mercado al aumento notorio de demanda y rentabilidad.

A modo muy sintético, el planteo de los paradigmas tecno-económicos sitúa como sujetos centrales a los empresarios (emprendedores) y a los gobiernos. En términos de sostenibilidad del capitalismo, se torna crucial identificar la emergencia de innovaciones que se supone desatará un ciclo nuevo de crecimiento y aumento de rentabilidad. Según las neoschumpeterianas, la intervención estatal en esos nichos de negocios nuevos, producto de *innovaciones radicales*, habilita un determinado rumbo de la revolución tecnológica. En este punto, ellas intervienen de forma explícita en el debate que los y las intelectuales del *establishment* están dando acerca de cómo salir de la crisis, poniendo el acento tanto en los negocios verdes como en la industria 4.0 (inteligencia artificial, plataformas, etc.). El *desarrollo sustentable* como horizonte encuentra en este enfoque un marco teórico-práctico, que disputa el resurgir de un ciclo próspero capitalista a partir de innovaciones tecnológicas.

La difusión masiva de este enfoque hace que permee no sólo entre los sectores dirigentes, sino también en nichos progresistas keynesianos, de izquierda e incluso de ultraderecha. La idea de que la tecnología resuelve problemas sociales forma parte del sentido común y esta perspectiva se “ordena” en términos políticos. Hace cien años, Antonio Gramsci insistía con identificar a los intelectuales (dirigentes, orientadores, pedagogos) como aquellos que le daban una direccionalidad al sentido común y permitían configurar un horizonte hegemónico determinado. La identificación de estas ideas con el sentido común dominante impide muchas veces pensar respuestas políticas y sociales en las que la tecnología acompañe la voluntad y las necesidades populares.

Tecno-fascismo

Así como a fines del siglo XIX y principios del XX la expansión imperialista estaba imbuida de un “optimismo tecnológico” (y científico), el fascismo dsSiglo XXI va configurando un proyecto societal que tiene a la tecnología como fuente primaria de identificación. Las restricciones económicas y sociales que conlleva la crisis hacen que esa imaginaria tecnológica asuma hoy un tinte mucho más acorde con la ciencia ficción que con hacer realidad la mejora de las vidas de los habitantes del planeta tierra. Porque además, la *ciencia ficción capitalista*, como la denomina Michel Nieva (2024), es de unos pocos supermillonarios para ellos mismos.

En la asunción de Trump del 20 de enero de 2025 estaban presentes todos los magnates de Silicon Valley, los representantes de las grandes corporaciones de electrónica, softwares y servicios informáticos: Elon Musk (SpaceX/Tesla), Jeff Bezos (Amazon), Mark Zuckerberg (Meta), Sundar Pichai (Google), Tim Cook (Apple), Shou Chew (TikTok), Sam Altman (OpenAI), Larry Ellison (Oracle), entre otros. Estas personas hoy se encuentran entre las 10 más ricas del mundo, con lo cual sus ansias por encontrarle una salida duradera y rentable a la crisis son muy significativas.

Este conglomerado industrial desarrolla su producción a partir de un componente básico que son los chips semiconductores. Se trata de miles de millones de circuitos en placas de silicio (*silicon*), un material semiconductor. Estos circuitos que se llaman transistores transmiten información, es decir, señales de datos. Los chips fueron achicándose con el tiempo y a medida que se hacían más pequeños, menor se volvía la distancia entre transistores, mayor es la potencia de cálculo que tiene el chip. Hoy se producen chips de 3 nanómetros, que son utilizados por los *smartphones* de última generación.

En Silicon Valley, en la década de 1950 comenzaron a producirse los semiconductores, financiados por el complejo industrial-militar estadounidense, que se vendían al Pentágono y a la NASA. El desa-

rollo del modelo de acumulación flexible expuesto en el capítulo 1 destinó la producción de los semiconductores afuera de los Estados Unidos, bajo monopolio de sus empresas (Intel, AMD, Broadcom, Qualcomm y NVIDIA, por ejemplo). La externalización de su producción hizo que Asia, particularmente China, Taiwán y Corea del Sur fueran los principales productores de chips del mundo. Son obreros que habitan en estos países quienes producen este componente tan importante y codiciado.

Desde la década de 1980 en la ciudad de Silicon Valley, en Estados Unidos, se fueron ubicando empresas de computación cuyos proveedores de componentes e incluso ensambladores estaban en el exterior, pero que dejaron allí una máquina de patentamientos que fue haciéndose gigante, con una red de recursos financieros de riesgo y una fuerza de trabajo calificada en computación, diseño y negocios. Delgado Wise (2020) plantea que se configuró un sistema de innovación imperial en Silicon Valley, sustentado en la internacionalización de las actividades de investigación y desarrollo, la creación de *ciudades científicas*, el control y apropiación de nuevas patentes por parte de monopolios, el reclutamiento de fuerza de trabajo especializada en países periféricos y un marco institucional favorable a la apropiación monopólica.

Todo esto ha conducido a la apropiación sin precedentes del conocimiento como bien común intangible, dando lugar a una significativa expansión, concentración y apropiación privada de los productos del general intellect, que, lejos de promover una ruta progresista del desarrollo de las fuerzas productivas, inaugura una fase regresiva en el avance y aplicación del conocimiento. Además, en ocasiones, las patentes son adquiridas por el capital monopolista para prevenir o posponer su aplicación con el propósito de controlar y regular los mercados... (Delgado Wise, 2020: 78).

Por su parte, la República Popular China, hace décadas, definió una estrategia planificada en la cual pasó de proveedora de semiconductores a usuaria soberana de esa producción. Y aunque aún no puede

autoabastecerse con la producción de semiconductores, viene desarrollando nuevos productos y tecnologías de punta con ese componente base, por ejemplo, DeepSeek.

El dato geopolítico significativo es que en Taiwán se produce el 56 % de los semiconductores del mundo (Instituto Tricontinental de Investigación Social, 2023). Taiwán es la isla a la que Chiang Kai-shek y los nacionalistas del Kuomintang huyeron luego de la Revolución China, en 1949. Desde entonces se convirtió en un enclave protegido por Estados Unidos, que hasta el día de hoy es una amenaza militar permanente al pueblo chino.

De este modo, la preocupación tanto de los magnates informáticos como del Estado imperialista norteamericano es que este “sistema de innovación imperial en Silicon Valley” crezca y se reproduzca, en pos de aumentar su riqueza, sus ganancias y su dominio. Más aún en un momento de crisis. Así es que la alianza del conglomerado informático de Silicon Valley con Trump otorga ribetes *tecno* a la estrategia ultraderechista del fascismo del siglo XXI. Para esto, echan mano a mitos anteriores: el “*self-made man*”⁶ y el “emprendedor de garage”. Ambos mitos, largamente movilizados en favor de la imagen entusiasta y progresista de Estados Unidos, sostienen el anti-estatalismo libertario acérrimo de esta vanguardia extremista capitalista. Silicon Valley es un escenario fabuloso para montar este argumento, con un imaginario sobre la absoluta relación entre individuos nerds con onda, libres y dotados de una inteligencia suprema, cuya piedra fundamental es literalmente un *garage*. Hasta hace un tiempo, la expectativa multiétnica de Silicon Valley era una virtud, cuando el *woke* y lo “políticamente correcto” eran dominantes. Con la ofensiva fascista, los valores históricos racistas, clasistas, machistas han desplazado al multiculturalismo *siliconvalista*.

Siguiendo a Nieva (2024), los magnates informáticos toman la ciencia ficción como impulso creador de su proyecto político-social, al que el autor denomina *ciencia ficción capitalista*. Bajo este pa-

6 Hombre que se hace a sí mismo.

raguas, a pesar de los innumerables subsidios estatales y créditos a tasa cero que recibieron estas empresas, odian al Estado y sobre todo, odian pagar impuestos. La tecnología puede resolver todos los problemas, no requiere del Estado ni de ninguna agencia ni organismo internacional.

La tecnología es el futuro: turismo espacial para millonarios, hacer de Marte un planeta habitable para cuando la Tierra colapse, ingeniería para evitar envejecer, manipulación genética de plantas que permitan reemplazar hierro y plástico, bases militares lunares, exominería, tecnologías limpias, y una larga lista de etcéteras. Los límites de la especulación financiera con negocios de ciencia ficción son los límites de lo imaginable en nuestro tiempo, los límites del capitalismo en crisis y los límites que los pueblos pongamos a la destrucción y devastación capitalista.

El optimismo tecnológico construye un futuro y en este caso, es particularmente futurista. Nieva da cuenta de ejemplos notorios acerca de cómo se inspiran los megamillonarios en la literatura de ciencia ficción para proyectar sus negocios, conseguir financiamientos, vender acciones caras, hacerse más millonarios. La fantasía de vivir en un tiempo futurista tiene en los ejemplos de la ciencia ficción mucho más de distópico que de utópico: en general hubo una guerra mundial nuclear, un colapso ambiental general, un cataclismo que exige a los protagonistas tecnologías de supervivencia.

Este fascismo del siglo XXI recupera el optimismo tecnológico tan caro al imperialismo, pero con la impronta de aquel a quien la humanidad no le interesa: niega la sociedad, niega -por supuesto- la ley del valor trabajo y niega el bienestar de la humanidad.

De esta forma, la tecnología se ha convertido en sinónimo de informática, computacional, digital, electrónica, en el intento desmesurado por proponer un futuro con el cual volver a recuperar la iniciativa, el control y el dominio del mundo. El sujeto de este proyecto político-societal es el individuo tecnológico, a quien nadie (ni el Estado ni la sociedad) molesta en su quehacer productivo y recreativo digital. Y los magnates: dios.

Apuntes, nomás

A dos días de asumir, Trump anunció una inversión de US\$ 500.000 millones en infraestructura de inteligencia artificial en EE.UU. Aquellos que desprecian el Estado de derecho apelan al gobierno de Trump para mejorar sus condiciones de competencia a través de regulaciones e inversiones estatales. Otro tanto hizo Milei, prometiendo la estepa patagónica y energía nuclear (que en Argentina es estatal), para que los magnates trajeran sus centros de datos de inteligencia artificial.

La tecnología forma parte ineludible de los debates sobre el capitalismo y el futuro según las clases dominantes, pero también para los pueblos que pretenden un acceso igualitario a la tecnología que producen los trabajadores.

En este capítulo intermedio se expusieron tres miradas sobre la tecnología -la marxista, la neoschumpeteriana y la tecnofascista-, que forman hoy parte de los debates respecto de la salida de la crisis. La gravedad de la situación mundial es tal que la preocupación por la conquista de la subjetividad de las masas es central. La tecnología, el fetichismo y determinismo tecnológicos están a disposición para ello.

En los capítulos subsiguientes se desarrollarán las transformaciones en la organización del trabajo que vienen -algunas más rápido y algunas más lentamente- desplegándose de la mano de algunas incorporaciones tecnológicas. Pero los cambios no son tecnológicos, son sociales. Partir de la base de que la tecnología no es ni neutral, ni exterior a las relaciones sociales capitalistas, es el puntapié para comprender la relación entre la tecnología, el fascismo del siglo XXI y los cambios en el modelo de acumulación, especialmente en la organización del trabajo.

4 / Cambios verdes en la organización del trabajo

Como se viene sosteniendo, la crisis no tiene todavía un acuerdo claro, unívoco, ni organizado del rumbo de salida por parte de las clases dominantes. Hay un deterioro sistemático en las condiciones de acumulación y dominación que no encuentra resolución desde la crisis de 2008. Los debates se intensifican y las iniciativas del sector fascista ya están siendo probadas y van teniendo algunos éxitos electorales.

La copa neoliberal nunca derramó, sino que se profundizó la brecha entre quienes tienen más y quienes tienen menos. La concentración económica en manos de empresas supermillonarias sobrepasa en mucho cualquier PBI de un país mediano e incluso de la sumatoria de varios. Las expectativas liberales que prometían libertad, igualdad y fraternidad no se han cumplido, sino que se han mercantilizado. Esta mercantilización alcanzó a todos los aspectos de la vida social y natural. Se puede comprar y vender incluso agua, aire y sol.

Como se mencionó antes, durante los años noventa proliferaron “movimientos populares temáticos” (Giniger & Kempf, 2022): una diversidad de luchas que reclamaban distintos aspectos de mejora o disputa de sentidos, pero sin terminar de articularse en un proyecto político integral o civilizatorio. Un ejemplo de ello son los movimientos ambientalistas, que pusieron en discusión el cambio climático y la contaminación centrándose en los métodos productivos, las sustancias y las tecnologías. Esta crítica estableció sentidos novedosos alrededor del impacto de la producción industrial que derivaron en una diversidad de enfoques y mayoritariamente le dieron la espalda a los proyectos socialistas¹ y emancipatorios.

En el mismo libro recién mencionado, se identifican una serie de enfoques que atraviesan los debates ambientalistas: el *ecocapitalismo*, la *ecología política* (con corrientes desarrollistas y antiextractivistas) y el *decrecentismo* (en sus variantes neomalthusianas, ecofeministas, postcoloniales y antiextractivistas).

Desde la Cumbre de Río en 1992, estos debates se consolidaron, se institucionalizaron y se amplificaron. Esta cumbre creó la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC),² actualmente ratificada por 198 países, que dio inicio a las cumbres ambientales de Naciones Unidas (COPs).

En 1997 se desarrolla el Protocolo de Kyoto, que se propone reducir las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) con metas específicas. Este protocolo, no obstante, entra en vigencia recién en 2005, y uno de sus rasgos más significativos es la mercantilización de las emisiones de GEI entre países con baja emisión y aquellos que están excedidos.

A esto se le suma el Acuerdo de París de 2015, que declara en emergencia el cambio climático y establece mecanismos de finan-

1 Por supuesto, planteamos esto como forma predominante. No obstante, durante las décadas de 1990 y de 2000, muchos y muy variados fueron los aportes al ecosocialismo por parte de intelectuales marxistas (Löwy, Bellamy Foster y otros).

2 Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático. <https://unfccc.int/resource/docs/convkp/convsp.pdf>

ciarización, con el propósito de reducir las emisiones de GEI y limitar el aumento de la temperatura global a 1,5°C.

Finalmente, el sistema internacional estableció los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) como Agenda 2030. Uno de los ODS plantea la transición hacia un sistema energético “asequible, seguro y sostenible”.³

De este modo, quedó establecido un consenso internacional acerca de que la crisis climática se modifica invirtiendo en *tecnologías limpias*, para lo cual es necesario consolidar un andamiaje financiero que apunte especialmente a la *transición energética*. Estos consensos dan lugar a los denominados *negocios verdes*, sustentados sobre el desarrollo de nuevas *tecnologías limpias*. Esta respuesta sostiene los criterios del determinismo tecnológico: invisibiliza las relaciones sociales y simplifica la modificación destructiva del ambiente a un conjunto de tecnologías.

La teorización al respecto más resonante es la del premio Nobel Paul Crutzen (Crutzen & Stoermer, 2000), que plantea que estamos viviendo en la era del antropoceno, en la cual la humanidad contamina y destruye todo a su paso. La conclusión de ello es que la humanidad, como responsable, tiene que apelar a elementos morales y tecnológicos: buenas prácticas, tecnologías limpias y reciclaje.

No obstante, esta concepción determinista fue morigerándose en función de los movimientos por la justicia ambiental, con el criterio “el que contamina paga”. Este enfoque hoy se complejiza en los parámetros que impulsa el gobierno de Petro: “Colombia ha propuesto la reestructuración del sistema financiero mundial, el cambio de deuda pública por emisión de derechos especiales de giro que financien los planes de mitigación y adaptación a la crisis climática”. (Petro [@petrogustavo], 2023). Las distintas campañas en curso intentan visibilizar que los países más contaminantes son los países ricos y se promueven iniciativas para que descarbonicen y/o financien la descarbonización.

3 <https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/energy/>

Por su parte, en respuesta a la lucha contra el cambio climático las grandes empresas han desarrollado un arsenal de propaganda inmenso, como parte de las políticas de responsabilidad social empresarial (RSE). Como se explicaba en el capítulo 1, la RSE se consolidó como una eficaz política de “lavado de cara” de las empresas y como una eficiente forma de divulgar y difundir la ideología empresarial, tendiente a construir una imagen de empresas vinculadas con su entorno, socialmente comprometidas y dispuestas a prevenir y reparar daños. En este marco, la noción de *sustentabilidad* se lleva toda la atención y comienza a ser el eje alrededor del cual giran las políticas, estatales y empresariales, y también de gran parte del movimiento popular.

De esta forma emergen los *negocios verdes*, legitimados por la *sustentabilidad*, en pos del *bien común*. La industria de las consultorías y certificaciones, de la que se hizo mención en el capítulo 1, establece cuáles son las “inversiones sustentables”. En 2011, la Organización Mundial del Comercio (OMC) estableció una serie de parámetros, bajo los estándares del desarrollo sustentable y la “economía verde”,⁴ y en el mismo momento se creó en Naciones Unidas la Iniciativa de Bolsas de Valores Sostenibles (SSE, por su nombre en inglés) para “promover mercados de capital sostenibles”, es decir, bonos verdes, fondos de sostenibilidad, fondos de inversión en energía, etc.

Asimismo, ante los desastres ambientales y frente a la multiplicación de movimientos de protesta por los impactos ecológicos de proyectos productivos, el Banco Mundial propuso la “licencia social para operar”, como modo de recobrar la reputación de empresas. Bajo el paradigma de la responsabilidad social empresarial, estas establecen negociaciones con sus *stakeholders* y organizaciones de la sociedad civil en las localidades de emplazamiento productivo, de forma tal de negociar parámetros de mediciones ambientales, a la vez que se definen modos de “devolución” y/o “retribución” frente a los emprendimientos. La licencia social produce una apariencia

⁴ https://www.wto.org/spanish/res_s/publications_s/brochure_rio_20_s.pdf

de igualdad entre la empresa y la comunidad, cuando se trata de corporaciones que concentran riquezas mayores a las de los propios países de emplazamiento. Asimismo, este proceso de negociaciones establece la idea de que la empresa privada tiene derecho y legitimidad por sobre el Estado: se firman acuerdos sin la participación de organismos estatales, bajo la única *ley* de la negociación entre *sujetos libres*.

Con los *negocios verdes* se han puesto en marcha dispositivos verdes como la licencia, los recursos humanos y otros, que confluyen con los enfoques de Estado mínimo que el fascismo del siglo XXI promueve, sobre todo en los países periféricos donde se asientan productivamente estas empresas. La paradoja consiste en que aunque el fascismo reniega del cambio climático, los negocios son redituables.

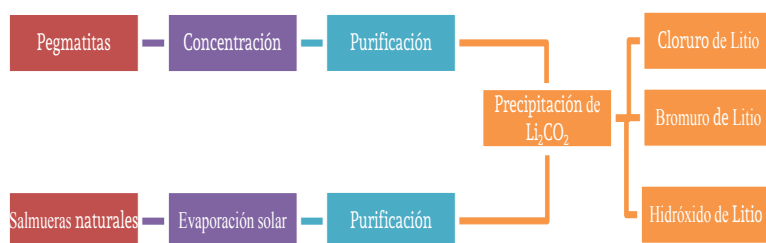
Transición energética

De las nuevas industrias verdes, el litio es la vedette, a pesar de que se trata de un elemento central para almacenar energía, no para producirla.⁵ Lo llaman el “oro blanco” porque la industria de las tecnologías digitales lo requiere de forma -hasta ahora- imprescindible. Cerca de Silicon Valley, en Silver Peak, está el único yacimiento operativo en Estados Unidos y esa expansión en la búsqueda del preciado material fue dando la vuelta al mundo. A 350 kilómetros de Silver Peak, propiedad de la empresa Albermale, se encuentra la fábrica de Tesla, quien todavía es el principal consumidor de baterías de litio del mundo. Pero este yacimiento definitivamente no alcanza.

El litio es un material que se encuentra en la corteza terrestre, aunque no de forma homogénea. En forma industrial, se extrae de estos dos modos (gráfico 4).

5 Las fuentes energéticas son térmicas (hidrocarburos: gas, petróleo, carbón), hidroeléctricas, solares, eólicas, geotérmica, mareomotriz y nuclear.

Gráfico 4.



Fuente: elaboración propia en base a “Perfil del Mercado de Litio”, Secretaría de Economía, México. https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/624816/15Perfil_Litio_2020__T_.pdf

El litio que se extrae de pegmatitas proviene mayoritariamente de Australia pero se encuentra en muchos otros lugares del mundo, mientras que en los salares de la Puna se encuentra la mayor cantidad en salmueras naturales. La extracción de roca cuesta 9 mil dólares por tonelada, mientras que en las salmueras, 3,5 mil (Calvo, 2022). Esta última, de todos modos, implica enormes cantidades de agua y residuos sólidos y efluentes líquidos. Frente a esto, se están desarrollando nuevos métodos de extracción directa (Calvo, 2022). Sin embargo, al día de hoy, la extracción en los salares puneños es notoriamente más redituable para las empresas contaminantes.

Toda la industria modifica el ambiente: implica movimientos y asentamientos de trabajadores, transformaciones en el suelo, objetos que antes no existían, competencia por el espacio con otras especies preexistentes en el lugar (incluyendo humanos, por supuesto), nuevos sonidos y vibraciones que antes no estaban, etc. Estas modificaciones pueden ser nocivas y, por tanto, contaminar el ambiente. Pero como todo en la lucha de clases, los parámetros de qué es nocivo y qué no para la humanidad y el ambiente son relativos a las disputas y los criterios que se configuran a través de la historia. No

interpretamos lo mismo del petróleo ahora que hace cien años, por ejemplo.

La *transición energética* es un consenso mundial de pasaje de las fuentes energéticas hidrocarburíferas a otras *limpias*. Pero el origen de esta transición es anterior, y se trata de la modificación de las relaciones de fuerzas mucho más que de la tecnología en juego.

Es largamente conocido el plan Thatcher de cierre de las minas de carbón y, sobre todo, largamente conocida la huelga histórica de 1984. Películas, canciones, obras de teatro y demás expresiones artísticas se ocuparon de retratar la lucha y el sufrimiento de obreros y sus familias con el cierre de las minas de carbón.

En 1946/1947, Gran Bretaña había nacionalizado el carbón como parte del plan de reconstrucción de posguerra. Durante la segunda guerra, el petróleo que Gran Bretaña obtenía de sus colonias de Medio Oriente estaba bloqueado por los nazis, y entonces lo importaban desde Estados Unidos. Luego de la guerra, la avanzada descolonialista de los pueblos de Asia y África, pone al Reino Unido frente la exigencia de resolver sus fuentes energéticas disponibles sin el sometimiento colonial, y en otras condiciones de comercio internacional. La nacionalización del carbón y el desarrollo de energía nuclear⁶ fueron los planes de autoabastecimiento en el proceso de reconstrucción, además de participar activamente de los condicionamientos imperialistas a los países productores de petróleo como parte de la OTAN.

No fue hasta 1971 que se conectó el primer reactor nuclear a la red eléctrica británica, de forma tal que, hasta ese momento, la generación eléctrica mayoritaria (80 %) era a través de centrales térmicas de carbón, producida por alrededor de 200 mil mineros. Su fuerza crecía y en 1972 y 1974, el sindicato National Union of Mineworkers (NUM) que los nucleaba llevó adelante dos huelgas nacionales victoriosas, que movilizaron la solidaridad del pueblo, a pesar de los

6 Hoy Gran Bretaña tiene once centrales nucleares, que proveen el 14,5 % de la generación eléctrica.

múltiples intentos por estigmatizarlos. Tal es así, que además de un incremento salarial notorio, la huelga de 1974 adelantó las elecciones e implicó la derrota del Partido Conservador.

Sin embargo, en 1979 asumió Margaret Thatcher con un plan de ajuste y austeridad que sistematizó lo que luego fue mundialmente conocido como neoliberalismo. El consumo total de carbón había pasado de 197,5 millones de toneladas en 1946 a 125,5 en 1980 (Michinton, 1990). Ya no era suficientemente redituable desde la perspectiva de los negocios privados, y luego de la crisis de 1975, el petróleo se establecía como la fuente energética estrella.

Tabla 4.

	Petróleo (dólar por barril)	Carbón (dólar por tonelada)
1979	39	32
1985	26	33
1990	20	38
1995	17	38

Fuente: Elaboración propia, en base a datos del Centro de Estudios y Servicios (CES) de la Bolsa de Comercio de Santa Fe. <https://www.bcsf.com.ar/ces/base-datos/preview/6/precios-internacionales-de-los-commodities>

Entre los planes imprescindibles de Thatcher para llevar adelante las políticas neoliberales, estaba el disciplinamiento de los trabajadores y los sindicatos, particularmente del National Union of Mineworkers, con la experiencia de 1974. Para eso, impulsó el cierre de 20 minas que empleaban a 20 mil trabajadores con el argumento de la rentabilidad, a pesar de que aún tenían reservas de carbón. Para poder hacer eso, el Estado había acopiado en las centrales térmicas toneladas de carbón custodiadas por fuerzas policiales, que le permitían afrontar el tiempo de duración del conflicto.

Esta huelga duró todo 1984 y enfrentó de forma drástica al sindicato y los trabajadores contra el gobierno, que hizo todo lo que estaba a su alcance para dismantelar la huelga y desprestigiarlos. En Gran Bretaña, para convocar a una huelga legalmente hay que llamar a una votación. El sindicato, temeroso de perderla pues los despidos y cierres de minas no afectaban al conjunto sino que eran un plan de desguace y división, resolvió convocar la huelga sin elección, por lo que fue declarada ilegal. Esto da cuenta de la enorme fortaleza sindical, que sostuvo la huelga un año sin salarios, y recibió la solidaridad de otros sindicatos y organizaciones populares.

A su vez, Thatcher dispuso toda la violencia del Estado en pos de desarmar la huelga y desprestigiar al sindicato. El Partido Conservador armó un sindicato paralelo y el gobierno organizó un plan de represión feroz para que los mineros y toda la clase obrera sintieran el escarmiento. La primera ministra sostenía que en la guerra de Malvinas (1982) habían vencido al *enemigo exterior* y que los huelguistas eran el *enemigo interno*. De este modo, se llevaron adelante medidas de infiltración, rompehuelgas, espionaje, represión policial y se convocó al ejército, bajo el estado de emergencia. Hubo 11 mil mineros detenidos, 8 mil procesos judiciales y 200 presos con sentencia firme.

Finalmente, la derrota de la huelga implicó dar rienda suelta a la liberalización, a las privatizaciones, a la flexibilización, a la desregulación del trabajo y a la destrucción de la industria del carbón pública. En 1994, cuando se terminó de privatizar la industria, sólo quedaban 15 minas abiertas. Esto ocurre justo después de la Cumbre de Río que dio inicio a la *transición energética*.

La modificación de las fuentes energéticas no es de orden tecnológico, como se ve en el caso británico. Décadas después los *negocios verdes* asientan su fundamento sobre la tecnología, el cambio climático y la sustentabilidad. Sin embargo, son las relaciones de fuerzas las que constituyen el proceso central por el cual se despliegan nuevos negocios y nuevos conflictos, las que construyen argumentacio-

nes, legitimaciones y resistencias. Las respuestas populares no están en la tecnología, sino en la organización de la sociedad.

Trabajo verde

La industria minera en el Cono Sur tiene también está presente en la derrota de la clase trabajadora y la imposición de nuevos condicionamientos imperialistas que limitan la capacidad de desarrollo soberano. De hecho, la mayor parte de las regulaciones vigentes en Chile y Argentina son herencias de las dictaduras y de los gobiernos neoliberales de la década de 1990.⁷

En Chile, la dictadura de Pinochet, a través del decreto ley 2.886, declaró al litio recurso estratégico del Estado -vinculado en aquel momento a su uso en energía nuclear-, lo cual le permitía exigir que parte del proceso de agregado de valor de la materia prima se hiciera en el país. A partir de allí, la dictadura comenzó a hacer diversos negocios, subsidiando empresas privadas y privatizando todo. Pinochet le dio esa tarea a su yerno, Ponce Lerou, que estuvo al frente de CORFO (la corporación estatal que tuvo la tarea de llevar adelante las privatizaciones). Al salir de esa tarea, Ponce Lerou terminó haciéndose cargo de la privatizada Sociedad Química y Minera de Chile (SQM), uno de los mayores productores mundiales de nitrato de potasio, yodo y litio. Chile es hoy el segundo productor mundial

7 Bolivia tiene un marco regulatorio del litio por el cual se lo considera recurso estratégico y el Estado, a través de Yacimientos de Litio Boliviano (YLB), debe participar de su extracción. La Constitución del Estado Plurinacional de Bolivia indica que “los recursos naturales son de propiedad y dominio directo, indivisible e imprescriptible del pueblo boliviano, y corresponderá al Estado su administración en función del interés colectivo” y que “el Estado asumirá el control y la dirección sobre la exploración, explotación, industrialización, transporte y comercialización de los recursos naturales estratégicos a través de entidades públicas, cooperativas o comunitarias, las que podrán a su vez contratar a empresas privadas y constituir empresas mixtas”. Hasta el golpe de Estado al gobierno de Evo Morales en 2019, existía un plan de industrialización del litio, que fue detenido violentamente con la intervención de los EEUU.

de litio con las ventas de carbonatos, seguido por hidróxidos y, casi marginalmente, cloruros de litio.

Por su parte, Argentina no tiene ninguna regulación específica para el litio. Desde la década de 1990, por definición constitucional, el dominio de los recursos naturales corresponde a las provincias. Además, en esta misma dirección, la normativa que regula al litio es el Código de Minería (también de la década de 1990), que habilita a las empresas privadas a solicitar los derechos a explorar y explotar los recursos, pagando una regalía o canon a la provincia y una tasa a los dueños de los terrenos. En este marco, las condiciones de inversión minera privada en Argentina son extraordinariamente favorables: hay estabilidad fiscal para las empresas, tasa de importaciones del 0 %, doble deducción impositiva y un tope del 3 % de las regalías a las provincias.

Pero sobre este ya fabuloso marco de ganancias extraordinarias, la Argentina está siendo vanguardia en una mayor flexibilización de las condiciones de rentabilidad para las empresas. El gobierno fascista de Milei le adicionó la Ley Bases. Esta ley, como se dijo anteriormente, declaró la emergencia administrativa, económica, financiera y energética por el plazo de un año, lo cual habilitó al gobierno a rediseñar los marcos institucionales. Pero además de las modificaciones laborales, la ley establece un Régimen de Incentivo para Grandes Inversiones (RIGI), que ofrece incentivos fiscales y jurídicos, importación y exportación sin restricciones, exención de derechos de importación y de impuestos a la exportación, libre disponibilidad de divisas para exportaciones, para inversiones de más de 200 millones de dólares. Esta nueva regulación sumada al Código Minero es una verdadera entrega de soberanía y recursos a los grandes monopolios.

Con la paradoja del terraplanismo fascista del siglo XXI, los negocios verdes también prometen a los grandes magnates tecnocráticos un modo de expandir sus negocios y modificar regresivamente las condiciones de trabajo. El trabajo “verde” que promete más empleos,

más “ecológicos”, se entrama con la voluntad de dismantelar los derechos laborales y flexibilizar las condiciones de trabajo.

Para analizar las modificaciones que acarrearán los *negocios verdes* en las condiciones de trabajo, el caso del litio es interesante de abordar porque desde la pandemia la electromovilidad de laptops y celulares se masificó y se tornó “imprescindible”, por lo que las baterías de litio incrementaron su producción. Otro tanto se deriva del consenso de la transición de automóviles con motores de combustión a híbridos o eléctricos, que precisan baterías recargables y capaces de almacenar energía. Esto tuvo consecuencias en el aumento exponencial del precio del *commodity*, seguido de su estabilización: en 2022 el precio del carbonato de litio ascendió a más de US\$ 80.000 por tonelada y luego disminuyó hasta US\$ 10.000 en 2024. Similar comportamiento tuvo el hidróxido de litio. No obstante, la exportación no paró de crecer. En la Argentina, sin embargo, la exportación modificó su destinatario, pues Japón que en 2023 representaba el 25 % de las compras, en 2024 representa sólo el 4 %; mientras que China aumentó del 43 % al 69 % (D’Angelo et al., 2024).

Pero, además, el litio se incorporó como la vedette en un proceso de invisibilización cada vez más creciente del trabajo y los/las trabajadores del litio. Está en boca de todos, se pone en evidencia el impacto ambiental o las potencialidades de desarrollo, pero no aparece el trabajo humano como elemento imprescindible y central en la producción de litio.

Como se propuso en trabajos anteriores sobre la experiencia Argentina (Giniger & Renosto, 2024a), en la provincia de Jujuy⁸ la mayoría de los salares se encuentran en tierras de propiedad comunal. Su explotación forma parte de una negociación –en clara desigualdad, en el marco de la licencia social- entre las empresas y las

8 El caso de estudio de la minería de litio de Jujuy está en desarrollo a través de los proyectos PIP y PICT, en los que se enmarca este libro, y que también encuadran la tesis doctoral de Solana Renosto.

comunidades indígenas, que en muchos casos, incluye cláusulas de contratación de mano de obra.⁹

Los *empleos verdes* de la minería de litio tienen condiciones de trabajo bajo el sistema denominado *roster*, que implica que

las y los trabajadores habiten en los mismos campamentos mineros donde realizan su trabajo, aislados de sus familias, durante una serie de días consecutivos, y luego descansen en sus hogares durante otra serie de días, repitiendo este ciclo sin interrupciones. Dicha fórmula puede variar según jerarquía, área de trabajo o si se trata de trabajador directo o tercerizado. Por su parte, las jornadas laborales tienen una duración de 12 horas. El traslado desde y hacia al campamento se encuentra a cargo de la empresa, que dispone vehículos en distintos puntos de encuentro. El campamento dispone de módulos para el alojamiento de las y los trabajadores, un comedor donde se sirve la comida, y distintos espacios de ocio (cancha de fútbol, gimnasio, sala de juegos, etc.) (Giniger & Renosto, 2024a, p. 3).

El sistema roster no es patrimonio de los *empleos verdes*, sino que hace al menos tres décadas se implementa en la región andina e implica una serie de desplazamientos sistemáticos que impactan en las condiciones de salud y seguridad de los y las trabajadores, en la incorporación de tecnologías y en la reorganización de la vida social y cultural de la zona (Clemenceau, 2023).

Como se plantea en otra ponencia (Giniger & Renosto, 2024b), las condiciones de trabajo se fueron modificando en una región históricamente vinculada al pastoreo y la agricultura de subsistencia, junto con la minería de borato a destajo y, eventualmente, con la industria turística. El litio creó puestos de trabajo formales e informales, bajo esquemas globales de organización del trabajo en la minería, transformando las relaciones familiares, particularmente el rol de

9 En Arcadium Lithium, las y los trabajadores de las comunidades representan al 40 % de la planta, en Exar, el 25 % (<https://fund.ar/wp-content/uploads/2024/05/HOJA-DE-ROUTE-Lineamientos-para-la-Promocion-de-la-Igualdad-y-Equidad-de-Genero-en-el-Sector->).

la mujer, que se incorporó al mercado laboral formal. Además, puso en tensión la propiedad comunal de la tierra, e individualizó las relaciones laborales.

El trabajo en la minería de litio se presenta *verde* y como tal se lo concibe como una “minería liviana”, que no requiere mayor esfuerzo físico; se asimila más a la industria química que a la minería. Sin embargo, lo que efectivamente ocurre es que los trabajadores contratados por la empresa central -algunos de los grandes monopolios mineros internacionales- mayoritariamente realizan tareas maquínicas y automatizadas, mientras que las tareas que requieren más esfuerzo manual las realizan los trabajadores tercerizados, que además tienen peores condiciones de roster. Esto trae aparejada, además, una diferenciación en los procesos de salud-enfermedad derivados del trabajo.

Recursos humanos verdes

Una búsqueda de Google con la palabra clave *negocios verdes* tira millones de entradas de consultorías y asesorías para desarrollar (con o sin subsidios estatales) una empresa verde. De esta forma, se empieza a consolidar una variante de la industria del management que se denomina -sin más- *recursos humanos verdes*. El fundamento general de esto es que la responsabilización humana del antropoceno implica no sólo a las empresas, sino también a los trabajadores. En este sentido, las tareas de gestión ecológicas deben convertirse en una actividad más que los y las trabajadores deben llevar adelante. Sin embargo, estas tareas no se distribuyen en tanto trabajadores, sino como ciudadanos. Así es que los modos de invisibilización de las y los trabajadores que impulsa la política de recursos humanos desde hace ya al menos cuatro décadas toman con este giro *verde* un carácter específico.

Siendo que en el capitalismo el control de la organización del trabajo está dentro de la esfera del capital y empíricamente de la

administración empresarial, se están desarrollando aspectos específicamente *verdes* para las políticas de recursos humanos. Estos aspectos atraviesan transversalmente toda la doctrina de recursos humanos, que se fundamenta en lo que plantean Tariq et al. (2016): “como el empoderamiento de los empleados se produce para asegurar el cumplimiento de tareas verdes, puede ser denominado como ‘empoderamiento laboral verde’”.¹⁰

Las empresas tienen el desafío de adaptarse a las políticas ambientales y a las modas verdes, sosteniendo los parámetros de *lean production* (máxima racionalización de tiempo de trabajo y stock), heredado del toyotismo, junto con lo que denominan “la causa del ecologismo”. Los recursos humanos verdes se proponen fortalecer el compromiso de los trabajadores con la empresa a través de “lo verde”. El punto de partida es que si los y las ciudadanos están comprometidos con el cuidado del ambiente, la política de recursos humanos tiene que apelar a esos sentidos para conquistar mayor “satisfacción”¹¹ laboral y por tanto, mayor adhesión con los intereses empresariales.

De esta forma, las políticas de recursos humanos como la contratación y la selección, la evaluación de desempeño, la retribución y la formación se diseñan tomando en cuenta el “comportamiento ecológico” en la empresa. Es decir que por parte de las políticas empresariales hay un modelado de prácticas que configura, circunscribe y delimita qué es el “comportamiento ecológico”.

En su afán modelador de la subjetividad social, las grandes empresas hacen su aporte a establecer un modo de ser ecologista que no impugna las relaciones sociales de producción, sino que pone

10 Traducción propia

11 Satisfacción es una de las categorías estrella del management. Es una noción que nace en el primer período de sistematización de la administración empresarial en clave científica, con los estudios de Elton Mayo en la Harvard Business School a fines de la década de 1920 sobre los condicionantes de la productividad. Robert Happock, en la Universidad de California, lleva adelante el primer estudio sobre satisfacción laboral en 1935. A partir de allí, son miles los estudios realizados y la categoría se convirtió en un parámetro ineludible para el management.

en cuestión el desperdicio, la contaminación y la destrucción de la diversidad natural. El ecologismo así modelado tiene estos tres pilares a los que las empresas dan respuestas, estableciendo “comportamientos” y “buenas prácticas”.

Asimismo, el reclutamiento es un elemento clave en los recursos humanos verdes. Esto implica consolidar una tendencia de contratación de aquellas personas que ya tengan un compromiso con el cuidado del ambiente, que ya estén anoticiados de las políticas ambientales de las empresas y a las que además les resulte significativo trabajar en una empresa con “compromiso ambiental”. Este modelaje “ecológico” sofisticada aún más la ética y la estética laboral. Las empresas buscan un perfil de trabajadores específico que tiene rasgos y características verdes, a su imagen y semejanza.

Como la historia demuestra, esto no significa que los y las trabajadores empaticen con los fines empresariales, ni estén convencidos de que una empresa con compromiso ambiental es buena o un buen lugar donde trabajar. En el capitalismo, la enormísima mayoría de las veces las personas trabajan donde pueden y no donde quieren. Sin embargo, estas políticas de reclutamiento tienden a modelar un mercado de trabajo en el cual tener determinadas nociones y perspectivas “ecológicas” está bien ponderado. Esto ocurre independientemente de si, a la hora de la contratación, “ser verde” es una variable de peso o son otras características que mayormente inciden. No obstante, es notorio que esta dimensión produce -al menos en las apariencias- un sujeto disciplinado a los intereses de las empresas, en este caso, a lo verde empresarial.

Por otro lado, en el paradigma verde de recursos humanos, el entrenamiento y la formación también son importantes. Las empresas capacitaban a los y las trabajadores en tópicos tales como higiene, salud y seguridad y elementos de política corporativa, mucho antes de que lo verde se pusiera de moda. Sin embargo, hoy se tiñe de este color para poner a tono esos contenidos con el “comportamiento ecológico”. Esta vuelta de tuerca permite poner en sintonía el *lean production*: los desperdicios no son solo un asunto productivo o de

costos, sino también un tema ecológico. Esto implica una renovación en la disputa ideológico-cultural que llevan adelante las empresas sobre los y las trabajadores y las comunidades de emplazamiento para hacer pasar como generales sus intereses particulares.

Por su parte, la evaluación de desempeño también adquiere un tono verdoso. Los criterios que se ponen en juego incluyen estándares ecológicos para medir, en donde pasan a tener un valor predominante los incidentes y las responsabilidades ambientales. En este sentido, se profundizan los dos aspectos antes mencionados: por un lado, la formación de un sujeto ecológico a la medida de las empresas; por otro, la revitalización de la racionalización a través de la reducción energética. Esta energía reducida no apunta sólo a la fuente de funcionamiento maquínico, sino también a la disminución en la cantidad de trabajadores. Hace décadas que el desempeño de los y las trabajadores implica un sistema de premios y castigos que es fuente de disputa sindical. El desempeño verde también lo tiene.

Las dos federaciones internacionales sindicales, la Federación Sindical Mundial (FSM) y la Confederación Sindical Internacional (CSI) se han pronunciado respecto al cambio climático y los negocios verdes. La FSM clasista, de tradición comunista, establece un vínculo directo entre la depredación del ambiente, las consecuencias dramáticas para los pueblos y el capitalismo monopolista. En este sentido, plantea:

La FSM no subestima y defiende todas las medidas que pueden y deben adoptarse en el marco del capitalismo para limitar el cambio climático, pero al mismo tiempo sitúa el problema en su justa dimensión y busca la solución en la abolición de sus causas profundas, las relaciones capitalistas de producción. La solución no es un nuevo desarrollo capitalista en términos “verdes”, sino la liberación del voraz modelo de desarrollo capitalista y la construcción de una sociedad libre del afán de lucro en la producción y explotación del hombre y la naturaleza.¹²

12 <https://www.wftucentral.org/wftu-on-the-world-environment-day/>

Por su parte, la CSI empieza a participar de las CoPs en 2008, con el objetivo de condicionar la *transición energética*. En 2010, resolvió

promover un enfoque integral de desarrollo sostenible, a través de una transición justa en la que el progreso social, la protección del ambiente y las necesidades económicas se integren en un marco de gobernanza democrática, en donde los derechos de los trabajadores y otros derechos humanos sean respetados.¹³

En este sentido, se plantea una adhesión sindical a la promoción de “empleos, economías e industrias verdes, para combatir el cambio climático”.

Como señala Sánchez Storni (2024), de todos modos IndustriALL Global Union, iniciativa sindical industrial internacional afiliada a la CSI, denuncia en 2022 que la *transición justa* se está utilizando como pretexto para privatizar y debilitar el poder sindical, al tiempo que las empresas incumplen los acuerdos en los que los planes de capacitación de trabajadores implicaban no perder puestos de trabajo en los procesos de reconversión laboral.¹⁴

Los *negocios verdes* implican la reconversión de áreas productivas, la creación de nuevas industrias y la potencial destrucción de otras. Esto impacta directamente sobre las y los trabajadores, los puestos de trabajo y permite reconfigurar los regímenes laborales.

Emprendedorismo como modelo verde

En el caso del litio, la exposición a la radiación solar que implica el trabajo en los establecimientos de minería de litio es uno de los principales conflictos. Esta exposición también es diferencial según posición y forma de contratación. Pero no es el único elemento de

¹³ https://www.ituc-csi.org/IMG/pdf/2CO_10-Cambio_climatico_y_desarrollo_sostenible-final.pdf

¹⁴ https://admin.industriallunion.org/sites/default/files/uploads/images/FutureOfWork/JustTransition/Guide/guide_of_practice_es_web.pdf

salud y seguridad laboral. Como plantean Vitale et al. (2024), es imprescindible poner atención en la seguridad y la salud así como en el ambiente, pues los autores identifican que los y las trabajadores del “sector verde” están expuestos a riesgos ocupacionales nuevos, no identificados ni regulados con anterioridad, propios de los nuevos procesos de trabajo y de la incorporación de nuevas tecnologías. Los autores señalan como ejemplo la energía eólica, que expone a los trabajadores a viejos riesgos -eléctricos, altura o confinamiento en lugares pequeños-, pero también a nuevos: resinas y solventes de las aspas de los molinos de viento o reparaciones en condiciones climáticas desfavorables.

Efectivamente, los *negocios verdes* implican novedades respecto de lo que se denominan riesgos psicosociales en el trabajo (Neffa, 2015), debido a que se incorporan elementos, insumos y maquinarias nuevos, que introducen condiciones de sufrimiento laboral, como propone el psiquiatra y psicoanalista francés Dejours (1992). Este autor define al trabajo como un ámbito sublimador y forjador de la identidad, y explica que cuando un trabajador es forzado a trabajar mal y en malas condiciones, la sublimación se rompe, y mucha gente se enferma. Dejours desplegó su teoría como una respuesta al neoliberalismo de los años noventa, en consonancia con el paradigma de Castel (1997), quien proponía que este nuevo modelo de acumulación suponía una ruptura de la cohesión social antes organizada a través del trabajo asalariado. En este sentido, la pérdida de derechos laborales, el aumento de ritmos de producción y la desocupación implican para Dejours la patologización del trabajo. De este modo, el autor propuso la categoría de “sufrimiento en el trabajo” para dar cuenta de que cuando las estrategias defensivas de los trabajadores -individuales y colectivas para lidiar con los efectos negativos del trabajo fracasan, los trabajadores se enferman. Asimismo, propone que los modos neoliberales de organizar el trabajo implican lo que denomina “giro de gestión”: hay una serie de dispositivos que las empresas ponen en juego, tales como “la evaluación personal de los desempeños; la noción de calidad total; la normalización o estandarización

del trabajo, el tema de las normas como las ISO; la precarización” (Dejours, 2019), que propugnan individualizar y desestructurar las cooperaciones y configurar un sentido de competencia entre pares.

La perspectiva de Dejours y Castel supone que existe la posibilidad de trabajar y vivir en el capitalismo de un modo no patológico, a través de la integración social derivada de condiciones de trabajo “humanizadas”. Este prisma implica una cierta nostalgia del capitalismo de bienestar de la posguerra, con pleno empleo y extensión de los servicios de seguridad social, que existió en Europa occidental y Estados Unidos. Es una caracterización que deja de lado el carácter inmanente del conflicto en la sociedad de clases.

La salud y la seguridad de las y los trabajadores se deriva de la organización del trabajo asalariado, es decir, de las relaciones sociales de producción, y en este sentido, de cuál es la organización que el capital determina en tanto y en cuanto intenta ser eficiente en su conquista de rentabilidad. En cada proceso histórico, esto asume características particulares. Actualmente, el fascismo del siglo XXI intenta imponer un modelo de absolutismo empresarial sin negociación colectiva, sin o con mínimos derechos laborales y salarios que sólo garanticen la reproducción básica de la fuerza de trabajo.

Los derechos que la clase trabajadora fue conquistando a lo largo de la historia implican precisamente determinar qué es socialmente inaceptable y socialmente ilegítimo. No sólo se trata de la conquista de algunas condiciones generales (la cantidad de horas de trabajo o la mensualización del salario), sino también de las cuestiones derivadas de las transformaciones tecnológicas (la automatización, por ejemplo). De esta forma qué es sufrimiento o qué es disfrute se modifica históricamente. Las relaciones de fuerzas son, entonces, precisamente la capacidad de una clase o sector de clase de imponer sus parámetros sobre del conjunto de los modos de organizar el trabajo y la vida, en términos concretos materiales y simbólicos.

En este sentido, la ofensiva del fascismo del siglo XXI implica precisamente desestructurar y reordenar los procesos de trabajo en pos de redefinir qué es socialmente aceptable o legítimo. Para ello

se vale de un elemento derivado de la globalización y del modo neoliberal de organizar el trabajo: la desestructuración de los procesos productivos en segmentos organizados en tiempos y espacios diferenciales. Esta característica nodal de descentralización favorece invisibilizar el carácter cooperativo y colectivo de la producción. Se lleva al extremo el fetichismo de la mercancía: “desaparece” la relación social de producción en el objeto, pero además es una tarea ciclópea reconstruir el encadenado productivo de determinado bien: no se vislumbra el comienzo ni el final pues no hay integración vertical de la producción, sino que se producen bienes parciales, que son piezas de ensamble de otras piezas, sin vinculaciones entre los colectivos laborales, ni conciencia de la propiedad de las empresas segmentadas.

El carácter de la individualización ha llegado a tal punto que siquiera se explicita la relación laboral. Las tareas, las actividades y los ritmos de trabajo adquieren un sentido impreciso, plausible de ser modificado por los empleadores en cualquier momento, incluso sin que las y los trabajadores identifiquen quién es el empleador o quién opera la función de organización y control laboral. En la historia del capitalismo, la figura del patrón y la personificación del capital fueron claves para incentivar la disputa y la organización obreras. Se visibilizaba el enemigo, y esto permitía ubicar puntos de referencia acerca del “ellos” y el “nosotros” mucho más explícitos.

La brutal concentración de capital acaecida en el último cuarto del siglo XX vino de la mano con la desfiguración y despersonificación del capital: los accionistas. Este conjunto de personas y empresas propietarias de una porción de enormes conglomerados desdibujó al patrón. Este mismo proceso encontró en la tercerización un modo aún más sofisticado de invisibilización, porque desdibujó doblemente a la patronal: la empresa monopólica es la que establece las condiciones de trabajo y de contratación de los y las trabajadores que se desempeñan de forma tercerizada o subcontratada en una empresa. No obstante, frente a esto, la lucha obrera conquistó la noción de *responsabilidad solidaria*, es decir que la empresa contratista

y la empresa contratante son ambas responsables por las condiciones de trabajo.¹⁵

El emprendedor tiene la ventaja de que, aunque se trate de contratación directa o tercerizada, el proceso de individualización alcanza su cúspide de invisibilización del patrón. No sólo despersonifica y desfigura la patronal, sino que el *emprenderorismo* pasa por “trabajo autónomo” o “cuentapropismo”.

La exacerbación de esto es la figura del *emprendedor*, clave en la modificación del trabajo. La propaganda al respecto es profusa y forma parte del ideario fascista del siglo XXI: se invisibiliza el trabajo, se individualiza la producción y se forja una nueva ola de “sálvese quien pueda”, basada en la capacidad (aunque sea ínfima) de “ser tu propio patrón”, invertir y hacer negocios financieros eficientes, en plataformas financieras o criptomonedas, haciendo pasar el salario (y con él los derechos laborales), por ganancia.

La propaganda sobre “casos de éxito” es impresionante. El *emprendedor* es la pieza clave capaz de desarrollar una gran fortuna como *self-made man*, en una visión extremadamente competitiva del individualismo.

El *emprendedorismo verde*, por su parte, no es una novedad, la OIT incluso lo impulsa dentro de su política de *trabajo decente*.¹⁶ Este enfoque coincide con la necesidad del fascismo del siglo XXI de llevar al paroxismo la individualización y la invisibilización de los y las trabajadores.

En el litio, el *emprendedorismo* tiene un tinte propio de los paradigmas de civilización o barbarie pues, como se viene sosteniendo, el

15 En el caso argentino, la normativa que amparaba a los trabajadores para evitar procesos de fraude laboral y encubrimiento del empleador, se plasmó en la ley laboral del año 1974, que fue modificada de plano en la dictadura cívico-militar y profundizada en la década de 1990. No obstante, las luchas obreras habilitaron que en sede judicial se reconociera la responsabilidad solidaria, aunque esto no supuso mecanismos que permitan iguales condiciones al inicio de la relación laboral (Etchemendy et al., 2019)

16 <https://www.ilo.org/es/projects-and-partnerships/projects/mi-negocio-verde>

fascismo del siglo XXI plantea que el progreso tecnológico (de ciencia ficción) modifica una sociedad atrasada y con conflictos. Incluso lo que antes era denominado “empresas tercerizadas” hoy se concibe como “emprendimiento”, por ejemplo en los sectores de montaje, construcción, catering y limpieza, mantenimiento (caminos, excavaciones, piletones) y otros servicios.¹⁷ La tendencia a la fragmentación laboral se profundiza, pero con una característica particular de competencia a ver quién llega a ser “empresario”, a través del *emprendedorismo*. Esto incluye a las mismas comunidades indígenas, y la competencia es ver cuál es el o la miembro capaz de desarrollar un emprendimiento exitoso y contratar trabajadores (de la comunidad o de otros lugares).

En el ideario laboral del fascismo del siglo XXI ya no se trata de tener mejores condiciones de trabajo sino de dejar de ser trabajador, y la fantasía de ascenso social (de cambio de clase social) se traduce en clave de *emprendedorismo*. Lima (2014) plantea un proceso de individualización que conlleva un desplazamiento de los derechos -en tanto obligaciones del Estado- hacia los servicios mercantilizables. En este sentido, se promueve la autorresponsabilidad en la formación y el desempeño, orientados a aumentar la competitividad:

emerge, así, una especie de nueva pedagogía, a la que he llamado pedagogía en contra del otro: igual que en el mercado, el lema de esta pedagogía parecería ser: “competir para progresar”, reproduciendo el principio liberal que afirma que sin rivalidad no hay progreso (Lima, 2014, p. 35).

La competencia, para la cual la máxima individualización es sinónimo de eficacia, implica que cada cual actúa por su parte, con las capacidades que haya podido adquirir bajo su propia responsabilidad y que lo ubican en una carrera en la que sobreviven sólo quienes les ganan a sus pares. El *emprendedorismo*, en este sentido, es el *sumum* de la competencia: la venta de la fuerza de trabajo convierte

17 <https://www.forbesargentina.com/negocios/el-empresario-minero-origen-collata-tiene-una-flota-80-camiones-factura-us-10-millones-ano-n63227>

en “empresarios de sí mismos”. En estos términos, la jornada laboral será idealmente determinada por el/la emprendedor, pues esa capacidad de adaptación forma parte de los valores de la eficacia empresarial. Esto extiende la jornada, pero además esta extensión trae consigo pluriempleo: la extensión de la jornada laboral no es necesariamente para un solo empleador. En ese sentido, el emprendedor se esmera en demostrar su mayor capacidad, determinación y compromiso: está en plena disposición para trabajar, todo el tiempo que haga falta. En el camino de la desaparición de los trabajadores pregonada por el neoliberalismo, las empresas son el único actor posible: solo queda ser emprendedor.

Esta pretensión de configuración subjetiva individualista de la clase trabajadora entra en contradicción con la organización colectiva del trabajo que implica cooperación, pero además con los sindicatos y otras asociaciones de trabajadores. El ataque sistemático a las organizaciones sindicales, sociales y políticas de trabajadores no sólo representa la tradicional afrenta contra la lucha por mejorar las condiciones de trabajo y de vida, sino que además el carácter colectivo de estas organizaciones choca con la individuación *emprendedorista*. En este sentido, la batalla es explícitamente contra las organizaciones sindicales, para destruirlas o cooptarlas de algún modo. En el caso de la minería de litio argentina, uno de los impulsos más activos de las empresas es firmar acuerdos y convenios colectivos de trabajo con los sindicatos, pero a nivel de empresa, dejando a merced del mercado y “a la libre” al conjunto del colectivo laboral en disponibilidad del *emprendedorismo*.

Argentina tiene una larga tradición de negociación colectiva tripartita por rama y sector y quebrarla es una de las necesidades de este período fascista. La negociación a nivel de empresa es uno de los instrumentos patronales reivindicado con mayor insistencia en momentos históricos de retrocesos de derechos en la experiencia nacional. En el caso del litio, hay una intencionalidad de negociar a nivel de empresa derechos y “beneficios” que redunden en un agra-
decimiento a las empresas monopólicas, y en profundizar la com-

petencia para acceder a los puestos de trabajo regulados o quedar librados al mundo emprendedorista. Esto implica un trabajo ideológico-cultural fuerte, pues fragmenta en términos regulatorios al colectivo laboral, mucho más allá de la ya contractual diferenciación entre propios y ajenos, que además se sostiene precisamente porque el *emprendedorismo* se presenta como “el mejor mundo posible”.

Se configuran de esta manera tres posibilidades en el mercado de trabajo, que ponen a los trabajadores a competir entre sí: 1) aquellos y aquellas (pocos) trabajadores que acceden a un puesto de trabajo regulado con un convenio de empresa, que supera los derechos promedio; 2) aquellos y aquellas que acceden a un puesto de trabajo en alguna empresa tercerizada, con encuadramientos diferenciales y notoriamente menos derechos y salarios paupérrimos; 3) aquellos y aquellas emprendedores, sin derechos regulados y salarios encubiertos, con jornadas laborales extensísimas, pero que “son su propio patrón”, en una carrera para convertirse en empresarios. De esta forma, se configuran segmentos laborales que compiten entre sí, que no visibilizan el proceso de cooperación laboral ni encuentran organizaciones que representen al conjunto.

5 / Transformaciones laborales digitales

En 2025, el World Economics Forum (Foro de Davos) publicó un reporte optimista sobre el futuro laboral de los próximos cinco años. Particularmente, plantea que en este período se crearán 170 millones de puestos de trabajo y se destruirán 92 millones, lo que supone una rotación estructural del mercado laboral del 22 %. El aumento neto de los puestos de trabajo sería entonces del 7 % (78 millones).

Este informe tiene por objeto orientar los negocios y el mercado laboral con una dirección específica; tanto los negocios verdes como los negocios de tecnologías digitales son promovidos por los principales magnates mundiales.

Según el mismo reporte, los sectores que más rápido crecerán son aquellos vinculados al área de tecnologías digitales (especialistas en *big data*, en IA y aprendizaje automático, desarrolladores de

software y aplicaciones, especialistas en almacenamiento de datos, diseñadores de UI y UX,¹ especialistas en internet de las cosas, analistas y científicos de datos y de seguridad de la información), a los negocios verdes (especialistas en vehículos autónomos y eléctricos, ingenieros medioambientales, ingeniero en energías renovables) y a los conductores de camiones ligeros o servicios de reparto.

Asimismo, se plantea que los empleos que más aceleradamente están eliminándose son: *data entry*, cajeros bancarios, vendedores puerta a puerta, vendedores ambulantes, asistentes administrativos y secretarios ejecutivos, secretarios jurídicos, oficiales de imprenta y afines, empleados de servicios postales, *telemarketers*, empleados de contabilidad, asistentes y conductores de transporte, cajeros, diseñadores gráficos, investigadores de siniestros.

En el marco de las modificaciones de los procesos y organizaciones del trabajo, el desarrollo de las tecnologías de información y comunicación (TIC) es la otra punta de lanza para la ofensiva patronal regresiva de las relaciones laborales, que se invisibilizan detrás del determinismo tecnológico. Las transformaciones se presentan como inevitables y consecuencia del desarrollo tecnológico, que a su vez se presenta como avances revolucionarios.

Estos fenómenos vienen siendo conceptualizados de distintos modos: la *cuarta revolución industrial* tuvo enorme difusión, puesto que Klaus Schwab, fundador y director del Foro de Davos, escribió un libro bajo ese título (Barletta et al., 2019). Otras categorías se pusieron de moda para describir estos fenómenos: *gig economy*, *economía on-demand*, *uberización* y *capitalismo de plataforma* (Srnicsek, 2018). Y como parte de la tradición de los enfoques autonomistas del obrerismo italiano, se puso en circulación la noción de *capitalismo cognitivo*, para el cual la extracción de conocimiento e innovación se convirtió en el factor central de la acumulación (Moulier-Boutang, 2011). En esta perspectiva, el trabajo mental es el que produce va-

1 Se trata de aspectos del diseño web. La UI es la interfaz de usuario y la UX es experiencia de usuario.

lor en el capitalismo actual, y la clase dominante no es dueña de los medios de producción, sino de la información (Berardi, 2003). Estos enfoques se articulan con el concepto de *sociedad del conocimiento* en la era de la información (Castells, 1996), en donde la red es la trama que organiza nuestra sociedad. Sin embargo, en la mayoría de estas perspectivas los trabajadores y las condiciones de trabajo quedan invisibilizadas. El acento está en la tecnología y en los cambios que ella produce más que en las relaciones sociales.

En los negocios digitales, las transformaciones en curso más significativas se encuentran en el teletrabajo, en la incorporación de inteligencia artificial y en las plataformas. Como se identificó respecto de los negocios verdes, en este momento conviven distintas modalidades de organización del trabajo, pero lo que tracciona es una forma de invisibilizar y flexibilizar al trabajo.

El desarrollo de las TIC no es de esta década, sino que es un proceso de acumulación, que da un salto de masificación y calidad con Internet en la década de 1990. Entre 1990 y 2000, el boom de las *punto com* significó una inversión de hasta un 1 % del PBI estadounidense, a través de capitales de riesgo (Pérez, 2018). Este boom de inversiones en Internet (Goldfarb et al., 2005) permitió crear 55 mil empresas de bajo costo y altas ganancias junto con el desarrollo de una burbuja financiera. Las acciones del NASDAQ subieron exponencialmente, se transformó la infraestructura del sector de telecomunicaciones a nivel global (fibra óptica, computadoras, etc.) y el negocio de las TIC tuvo una expansión notoria. La burbuja financiera, no obstante, fue relativamente contenida en los Estados Unidos a través de la política monetaria y de la baja de las tasas de interés, que luego hicieron su coletazo en la crisis de las hipotecas de 2008 (Srnicek, 2018).

En la pandemia se produce un nuevo crecimiento cuantitativo y un salto cualitativo, que generó condiciones óptimas para la reorganización del trabajo tanto en términos de apertura de nuevos negocios específicos derivados de las TIC como en las condiciones subjetivas para producir una transformación significativa.

Los principales conglomerados empresariales digitales orbitan básicamente alrededor de dos polos: China y Estados Unidos. Para ambos, la estructura financiera es central para orientar la inversión en empresas “*high tech*”. En el caso estadounidense, a través de los fondos de inversión como Black Rock y las financieras de Davos; mientras que la ingeniería financiera china hace ya más de dos décadas que plantea un circuito propio, buscando direccionar inversiones en las bolsas de Shanghai y Shenzhen (Aguilera, 2023). A su vez, ambos conglomerados requieren de un mercado con infraestructura adecuada para colocar los productos. Como se plantea más arriba, a fines de la década de 1990 y principios de la de 2000, se llevó adelante una importante inversión en nueva infraestructura de telecomunicaciones, fundamental para el acceso a Internet. Sin embargo, en algunas regiones del mundo esto aún es absolutamente insuficiente, y además la infraestructura para disponer los nuevos avances tecnológicos de las TIC requiere una enorme actualización y mayor extensión.

En el caso chino, la iniciativa de la Franja y la Ruta tiene un capítulo específico² con el cual se llevan adelante obras de infraestructura eléctrica y otras medidas de reducción de la “brecha digital”. Al imperialismo estadounidense se le vuelve a presentar una contradicción histórica: para ampliar su mercado requiere invertir en infraestructura, pero los proyectos de desarrollo imperialistas, particularmente para Nuestra América, carecen de una voluntad que transforme las condiciones infraestructurales, pues esto da lugar a la conformación de nuevas contradicciones, más complejas que el mero dominio traducido en la estrechez de exportaciones de materias primas e importaciones de bienes de industria liviana.

Las consecuencias de la pandemia en las transformaciones sociales, culturales y laborales son inmensas. Se han mencionado antes los impactos en la circulación de mercancías. En ese proceso de modificación de la circulación, las mercancías digitales se convirtieron

2 <https://esp.yidaiyilu.gov.cn/p/08B5KUM2.html?cateName=Noticias>

en las más veloces y eficaces. De hecho, todo aquello que pudiera ser digitalizado sustituyó en parte a las mercancías físicas. Desde libros y música hasta papel moneda. No significa que antes de la pandemia las mercancías digitales no existieran o no circularan, sino que el aislamiento provocó una masificación gigantesca de circulación de archivos digitales, cada vez a velocidades más impactantes. En nanosegundos (o menos) se adquiere y accede a determinado bien. El mercado y el vendedor están también digitalizados, por lo que se modifica también la apariencia del proceso de compra-venta.

No obstante, esta velocidad inasible de las transacciones y de la circulación de mercancías contrasta con los procesos de producción, que aún requieren tiempos y ritmos en los que intervienen muchas más variables, incluyendo el espacio. La dimensión geográfica de la producción es central: la deslocalización productiva en múltiples lugares del globo implica condiciones de trabajo disímiles, regulaciones laborales diferenciadas, marcos normativos de comercio internacional a veces distintos, negociaciones entre empresas, trabajadores y Estados, etc. Este proceso, que hoy le produce tantos dolores de cabeza al imperialismo estadounidense, se constituye en una de las contradicciones más significativas del momento histórico. El capitalismo ha logrado conquistar la inmediatez en la circulación de (algunas) mercancías, pero con el costo de una profunda crisis en las ganancias y en el dominio. Las mercancías digitales de especulación financiera (acciones, criptomonedas, etc.) encuentran dificultades en sus sustentos, incluyendo a los Estados, cuyo costo de respaldo trajo consecuencias aún no resueltas desde la crisis de 2008. Sin ir más lejos, la deuda privada en los Estados Unidos asciende a un 218 % de su PBI,³ pues las empresas tienen cuantiosos fondos *offshore* que les permiten evadir los impuestos que implicarían su repatriación.

El aumento de la velocidad de circulación tracciona a su vez el ritmo de producción, que asimismo incrementa los tiempos de consumo. Este proceso social acelerado también se expande hacia los

3 <https://es.tradingeconomics.com/united-states/private-debt-to-gdp>

procesos políticos, por lo que el desafío temporo-espacial del fascismo del siglo XXI es inmenso: lograr convertirse en una opción de las mayorías en un tiempo acotado y en un espacio extendido.

En el contexto de aceleración histórica, el trabajo vinculado con las TIC se convierte en un experimento de las nuevas condiciones de explotación de la fuerza de trabajo que se pretenden imponer. En este capítulo, se analiza el teletrabajo, la inteligencia artificial y el trabajo de plataformas, que junto con los negocios verdes constituyen la cabeza de playa del proyecto imperialista para este período histórico.

Teletrabajo

El teletrabajo, trabajo remoto o *home office* no es un “nuevo trabajo”, sino que se trata de una modalidad de organización del trabajo. No se transforman las ramas o sectores de servicios y producción, sino que lo que se modifica es dónde se realizan las tareas laborales.

El trabajo a distancia existía mucho tiempo antes de la aparición de las TIC. Por ejemplo, el trabajo a domicilio es una modalidad de organización del trabajo que persiste en el capitalismo fundamentalmente con trabajo femenino, especialmente en la rama textil (costuradoras, cosedoras y tejedoras) y en algunos sectores de la industria alimenticia o del juguete. Este trabajo a destajo implica la realización de determinados productos a pedido del empleador (generalmente, con una relación laboral encubierta o clandestina), que luego la trabajadora realiza en su casa y entrega. El producto del trabajo no pertenece a las trabajadoras, pero lo que diferencia al trabajo a domicilio del teletrabajo es especialmente el control laboral.

El trabajo a domicilio presentó para el capital un obstáculo derivado de la relativa imposibilidad de control sistemático. Para controlar a las trabajadoras, el empleador debe ir a los domicilios a supervisar la realización del trabajo. En un mercado cada vez más estandarizado, el control sobre el proceso de trabajo se torna impres-

cindible, además de auditado y certificado (Álvarez Newman, 2016). El teletrabajo, por el contrario, cuenta con las herramientas técnicas necesarias para resolver la conexión continua y por tanto el control sobre las y los teletrabajadoras.

Las posibilidades tecnológicas permiten el achicamiento del tiempo y el espacio, de forma tal que es posible reorganizar las tareas y funciones que antes se desarrollaban en el mismo establecimiento sin derroche temporal por distancia espacial. Esta reorganización del trabajo es posible por la masificación de los *smartphones*, las computadoras personales y el acceso a Internet. A estos soportes se les agregan una cantidad de softwares de comunicación (plataformas, redes sociales, llamadas, videollamadas, videoconferencias, etc.) que completan el marco de teletrabajo.

Podemos caracterizar al teletrabajo en dos grandes modalidades: *off line* y *on line*. El primero se basa fundamentalmente en el trabajo por objetivos, en un plazo de entrega determinado. La modalidad *on line* implica que el teletrabajador desarrolla sus tareas tal como si estuviera en el establecimiento laboral, pero mediante un “dispositivo de presencia” informático (Elizondo Almeida, 2006). Estas modalidades se entran en un combinado *off line* y *on line*.

Asimismo, la existencia del teletrabajo, es decir que no se desempeñen las tareas laborales en un ámbito laboral tradicional, no implica que no haya lugar de trabajo. Más bien lo que ocurre es que hay *lugares* de trabajo: en la casa, en la cola del supermercado, caminando o en un bar.

Esta reorganización del trabajo implica la deslocalización de las tareas laborales en espacios múltiples, pero sosteniendo la función directiva y organizativa acerca de qué se produce y cómo se produce en manos del empleador.

Es decir, la existencia de un empleador y la relación laboral siguen intactas, pero la coincidencia espacial y temporal de colectivos laborales se desarma o se desconfigura para reordenarla, con un aumento de las jornadas y los ritmos de trabajo.

Uno de los rasgos principales de modificación y que permite aumentar la jornada laboral significativamente es la indiferenciación entre el espacio de producción y el de reproducción. Esto significa, como planteaba Leite Lopes (2011), la “invasión” del trabajo en la vida doméstica. Sin embargo, con el teletrabajo y especialmente con su masificación en pandemia, la invasión es total.

La distinción entre espacio de trabajo y doméstico formó parte de la experiencia vital de la clase trabajadora del siglo XX, haciendo del transporte público un elemento clave de la organización social. En este sentido, la masificación del teletrabajo pone en cuestión el espacio público como elemento común de la experiencia laboral. Pero, además, la ausencia de límites entre uno y otro espacio implica la extensión de la jornada de trabajo.

En pandemia, fueron notorios los artículos y notas escritos sobre la solicitud de tareas por fuera de la jornada laboral; la idea de “derecho a la desconexión” se hizo viral e involucró incluso legislación específica en algunos países.

La extensión de la jornada de trabajo se dio para quienes pasaron de trabajar de 9 a 17 a un régimen de teletrabajo flexible: no inicia ni finaliza la jornada. Desde el despertar al acostarse pueden estar realizando alguna tarea propia de su trabajo. O peor aún, despertarse a mitad del sueño puede implicar la ejecución de alguna tarea. Las trabajadoras pueden estar lavando ropa, cocinando o acostando a sus hijos, al mismo tiempo que responden un email, un WhatsApp o realizan tareas en alguna app del *smartphone*. Este trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, que el movimiento feminista intenta visibilizar, se confunde con el trabajo asalariado en sus hogares. “La doble jornada”, las desigualdades salariales y la invisibilización de las mujeres en el mundo laboral (Benería, 1999; Dalla Costa & James, 1975; Ganem et al., 2014; Goren, 2010) empeoran con el solapamiento del espacio el productivo y el reproductivo. Los conflictos también aumentan, ya que los hogares son espacios de disputa, en donde se expresan las contradicciones fundamentales que atraviesan nuestra

sociedad y particularmente, se ponen en juego las violencias machistas.

Durante la pandemia, las mujeres que cuidaban hijos y teletrabajaban se despertaban de madrugada, retrasaban el momento de dormir o se levantaban antes que el resto de los miembros de la familia para poder teletrabajar o realizar el trabajo doméstico, y privilegiaban el teletrabajo ante sus parejas, en los casos que había. La alternancia del desarrollo de las tareas de teletrabajo y del tele-estudio de los hijos, producto del confinamiento, implicó una sobrecarga para las mujeres con hijos en edad escolar, que requerían acompañamiento para atravesar la escolaridad en las condiciones de aislamiento. Esto generó un enorme estrés, especialmente por la precariedad de los instrumentos de teletrabajo de la mayoría de los hogares, la profundización de la brecha digital y las dificultades espaciales de las viviendas.

El regreso a la presencialidad postpandémica desarmó estas dinámicas, pero dejó la experiencia de la multitarea dentro y fuera del espacio doméstico. Esto produjo, además, la legitimación del pluriempleo y la extensión de la jornada laboral.

Con la masificación del teletrabajo en pandemia, los programas espías tuvieron un *boom* de ventas y descargas. Las posibilidades tecnológicas de control a través de softwares permiten acceder a la cámara y ver en vivo los movimientos, tener el historial completo de visitas a páginas web, incluyendo el tiempo de permanencia en cada una, entre otras cuestiones.

Las herramientas de gestión del management se especializan según el campo de actuación técnico-productivo, es decir que se adecuan a las necesidades de productividad y control laboral requeridos (Figari et al., 2017), para lo cual se nutren “de saberes técnicos (que incluyen saberes implícitos no codificados) propios de un determinado campo de intervención” (2017, p. 18). En el teletrabajo son saberes tecnológicos, con las TIC especializadas para los fines solicitados que producen infinita cantidad de datos.

Por cierto, los instrumentos de trabajo los proveen, mayoritariamente, los trabajadores, incluyendo el acceso a internet y la electricidad, lo cual implica una porción del salario destinada a su propia explotación. Esto se pone a tono con el *emprendedorismo*, pues se invisibiliza la relación laboral y la responsabilidad patronal.

La propaganda a favor del teletrabajo tuvo un *boom* durante y enseguida después de la pandemia. “Trabajar sin moverse de su casa” apareció como la panacea del mundo laboral: no hay que trasladarse hacia ningún sitio, ni gastar dinero para ello, se emite menos carbono del transporte público; no hay que seguir una rutina de horarios fija, ni usar uniforme. “Aumenta la calidad de vida” y otorga “mayor autonomía y libertad” fueron los conceptos con los cuales se hizo propaganda a favor del teletrabajo, en línea también con la utopía *emprendedorista*: proceder sin supervisión, trabajar para cualquier parte del mundo, ser el empleador de ti mismo. Como propone Lenguita (2010: 261), las dudas que el teletrabajo plantea hoy radican en el carácter “clandestino” de los vínculos laborales que proyecta.

No obstante, en los últimos dos años, la tendencia de las empresas a organizar el trabajo a distancia tuvo un freno. Mientras que en la pandemia el *home office* fue forzoso para todos, al finalizar quedó fragmentada la clase trabajadora entre trabajadores industriales -sin posibilidades de teletrabajar- y trabajadores de oficina. Entre estos últimos, la expectativa fue sostener el *home office* como modalidad, porque implica menores gastos de transporte y comida, así como permite estar a disposición de las tareas domésticas y de cuidado.

Sin embargo, aquello que fue inicialmente beneficioso para las empresas, debido a prescindir de alquileres y pago de servicios de oficinas, ha dejado de serlo. La individuación y desestructuración de los colectivos laborales se ha tornado una dificultad para las empresas. Las empresas sostienen que el teletrabajo reduce la productividad, la adhesión con “los valores empresariales” y limita el tiempo creativo de las y los trabajadores. Frente a esta vuelta a los lugares de trabajo que produce descontento, las organizaciones sindicales

están negociando porcentajes: entre 35 y 36 % de teletrabajo y el resto en los espacios dispuestos por las empresas.

El trabajo central del *home office* en pandemia ya estaba hecho: extender la jornada y producir infinita cantidad de datos.

Datos

Los datos, el corazón de la inteligencia artificial y de las plataformas, no son simples bits en el éter, sino que requieren de enormes servidores que consumen cuantiosas cantidades de energía. Según Srniczek (2018), el 9,2 % del consumo mundial de energía está orientado al uso de Internet. La aparente intangibilidad de la industria digital se traduce en formidables computadoras y servidores de almacenamiento, en producción de energía, en soportes y dispositivos, en satélites y cables de fibra óptica, en torres de celulares, etc., que a su vez emplean cientos de miles de trabajadores en todo el mundo. Por su parte, las empresas de tecnología digital de Silicon Valley emplean relativamente pocos trabajadores directos, por ejemplo, Alphabet (Google) empleaba 190 mil personas en 2022, pero en 2023 redujo el 40 %; Meta (Facebook, Instagram, Whatsapp), por su parte, empleaba 86 mil y en 2023 redujo un 20 %. No obstante, el peso específico de estas empresas monopólicas tracciona al mercado laboral bajo sus parámetros de organización y condiciones de trabajo. Esta es una característica histórica del capital monopolista, que se impone sobre el conjunto tanto en términos de negocios como de trabajo (Figari et al., 2017), y requiere coherentizar la forma Estado con la estrategia de negocios.

De esta forma, los datos que circulan en las plataformas y le dan sustento a la inteligencia artificial iniciaron su camino en el conocimiento que las empresas requirieron de sus clientes, es decir, de empresas subcontratadas. Para el *lean production*, en un esquema de cero o muy poco stock, tener conocimiento acerca de las necesidades y orientaciones de los clientes pasó a ser clave. La deslocaliza-

ción productiva y la tercerización del toyotismo además, exigieron acumular información acerca de las redes globales productivas y logísticas, lo que incluyó la producción de datos a tiempo real en el proceso productivo: los propios trabajadores dejando registro de cada una de las tareas que realizan (muchas veces, a través del *líder de grupo*). De esta forma, comenzaron a ser vitales para el negocio los datos, que a partir de mediados de la década de 1990, se convirtieron en datos digitales con la informatización de las plantas y los procesos industriales.

Con la expansión de Internet, la disponibilidad de miles de millones de datos producidos diariamente en la producción y en el consumo permitieron configurar plataformas digitales de uso y venta de esos datos. En este sentido, Toffler (1980) introdujo el concepto de *prosumidor* para dar cuenta de las transformaciones entre la producción y el consumo. Para el autor, los centros de autoayuda, el auto-service de nafta, la reparación y mantenimiento de artefactos hecho por uno mismo, son todos ejemplos de *prosumición*, de productores que consumen lo que ellos mismos hacen. Este enfoque desanclado de las relaciones de poder y de capital-trabajo no tiene muchos más aportes que una descripción. No obstante, en la actualidad hay una recuperación de la categoría de *prosumidor* para pensar los negocios digitales.

El *prosumidor* vendría a ser aquel o aquella que produce datos (simples “me gusta” o elaboraciones más complejas, que incluyen programaciones, videos, etc.), que son consumidos por él mismo, pero además puestos en circulación para consumo generalizado. Esta descripción simple sin duda esconde la propiedad y por tanto, la orientación y restricción de los algoritmos.

En muchos debates teóricos actuales se produce una confusión respecto de la propiedad de los medios de producción y las clases sociales: como la producción de datos se lleva adelante a partir de un *smartphone* o una computadora propiedad del usuario/consumidor, pareciera que ese es el “medio de producción” y por lo tanto, desaparece la burguesía como tal, pues el proletario es al mismo tiempo el

burgués. Todo esto genera un desajuste imposible de comprender, que se orienta a invisibilizar las relaciones sociales de producción.

Sin embargo, existen también otros enfoques que ven en el negocio digital nuevas relaciones sociales, que superan (para peor) el capitalismo, como en el planteo de Varoufakis (2024). El ex ministro de economía griego propone que el capitalismo fue superado por el *tecno-feudalismo*, que no produce nada sino que modifica el comportamiento humano para orientarlo hacia un consumo específico desde el algoritmo. Esta orientación es producida a través del trabajo no remunerado en “me gusta/likes” y contenido para redes en general. Quienes utilizan las redes serían *siervos de la nube*. El tecno-feudalismo, según Varoufakis, no es una versión del capital monopolista, ya que la plataforma comercial no es un mercado, ni pertenece al capitalismo, pues la propiedad de los tecno-feudales (Bezos, Musk, Gates, Zuckerberg, etc.) se reduce a los algoritmos. A su vez, quienes utilizan esas plataformas para vender serían vasallos, que otorgan una renta. Pero tampoco se trata de una versión del capitalismo rentista, sino que el tecno-feudalismo destruyó al capitalismo “desde adentro”, a través de la privatización de “la Internet original -que era un bien común (funcionaba como una zona libre de capitalismo)” (Varoufakis, 2024)- y de las inversiones post crisis de 2008. Para el autor, el poder actual reside en este tecno-feudalismo que se despliega en EEUU y China por igual, y su derrocamiento implica “ser dueños del capital de la nube colectivamente. Una vez que hayamos recuperado nuestras mentes, podemos ponerlas en conjunto para encontrar una manera de crear un nuevo patrimonio común de capital de la nube”.

La idea de que el capitalismo ha sido superado por los negocios digitales y por los grandes propietarios de esos negocios no se sostiene en ninguna evidencia empírica, pero además la vuelta atrás al *feudalismo* tiene patas muy cortas desde el punto de vista teórico e histórico. Este enfoque parte de considerar que el capitalismo existió desde la Ilustración hasta este siglo, pero básicamente reduce su análisis a lo que se denominan los 40 años *dorados* (1930-1970). Esta mirada eurocéntrica respecto de qué es el capitalismo ya tuvo su

despliegue teórico a fines de la década de 1980 con la caída del muro de Berlín y la desarticulación del capitalismo de bienestar europeo, como se menciona anteriormente. De algún modo, en estos tiempos de cambios e incertidumbres se reeditan miradas nostálgicas, que entienden el capitalismo tal como lo vivió Europa occidental en los años de posguerra (pleno empleo, instituciones de bienestar, empresas de servicios públicos, etc.), y esa pequeña experiencia témporo-espacial es la que les sirve de vara para comprender el resto de los procesos históricos.

Lo que para Varoufakis es “público” (Internet) es el desarrollo de origen bélico del imperialismo estadounidense en la década de 1960. La participación de empresas privadas y de universidades (que en Estados Unidos son mayoritariamente privadas) es clave en la creación de la red, y referirse al *dominio público* es irrisorio, en tanto fue el Departamento de Defensa estadounidense quien comandó este desarrollo. No obstante, es cierto que en la década de 1990 hay un proceso de privatización de Internet –con la venta de empresas de defensa a empresas privadas–, aunque desde el comienzo la infraestructura estuvo en manos privadas (Zukerfeld, 2014).

El uso del parámetro del capitalismo de bienestar (europeo occidental y de posguerra) para comprender a la sociedad en general también se observa en quienes ven una novedad en la extensión de la jornada laboral o en la conversión del tiempo de ocio en tiempo de trabajo, como si la clase obrera históricamente nunca hubiera conocido tal cosa (Han, 2012; Rullani, 1999). Esta discusión, fuertemente influenciada por el autonomismo italiano y los aportes de Foucault, se reedita en la teoría feminista respecto del trabajo doméstico y la teoría de la reproducción social. Varela (2020) plantea este debate como una contienda entre autonomistas y marxistas acerca de cómo conceptualizar el trabajo y el tiempo de trabajo de cuidado y doméstico. Para aquellos enfoques que entienden la producción de datos *por fuera del trabajo asalariado* como un signo de transformación de la teoría del valor (Zukerfeld et al., 2024), este debate feminista es central.

Desde el punto de vista del autonomismo feminista, identificar dos esferas -producción y reproducción- es ocioso, pues todos los ámbitos de trabajo son fuentes de valor (Mezzadri, 2019). Esto, que para el autonomismo constituye una incapacidad del marxismo de comprender cómo funciona el capitalismo, tiene su raíz en una lectura liberal.

Sin embargo, Marx y Engels sostienen todo su andamiaje epistemológico en la inmanencia, en un enfoque total de la sociedad, sin trascendencia ni exterioridad (Kosík, 1967). De este modo, asumir que el marxismo comprende el trabajo doméstico y el trabajo asalariado como dos caminos que sólo se tocan en la crianza de los futuros trabajadores es -como mínimo- un error. Por cierto, este es el punto en que se define si el patriarcado y el capitalismo son dos fenómenos de opresión distintos o es un mismo “sistema construido sobre la base de esta doble opresión (de género y clase)” (Varela, 2020).

En el caso de la producción de datos/bits, coincidentemente con el autonomismo feminista, hay un conjunto de enfoques y propuestas que asumen que como estos se producen en la “esfera exterior al trabajo asalariado” y son trabajo no remunerado, hay negación en la teoría del valor marxista.

La teoría del valor que propone Marx se basa en que la fuerza de trabajo –una mercancía especial- tiene la capacidad de producir trabajo abstracto, es decir, nuevas mercancías que implicaron un trabajo realizado en un tiempo socialmente necesario. Este tiempo es el que le otorga la magnitud del valor. La producción de estas nuevas mercancías es propiedad del comprador de la fuerza de trabajo, por la cual paga para la conservación de la fuerza de trabajo.⁴ El tiempo de trabajo no pago es la plusvalía (proceso de valorización para el capitalista).

La extensión de la jornada bajo modalidades formales o informales, encubiertas o invisibles no modifica la teoría del valor-trabajo,

⁴ Qué y cuánto implica la “conservación” de la fuerza de trabajo lo determina la lucha de clases..

sino que precisamente extiende el tiempo de trabajo no pago, por tanto, extiende la plusvalía. Se entere o no se entere el trabajador, “el plusvalor surge en este caso de un excedente cuantitativo de trabajo prolongando la duración del mismo proceso de trabajo” (Marx, 1890: 189). Además, otro rasgo central del capitalismo y de la teoría marxista es la cooperación:

en contraposición al proceso de producción de los obreros aislados y autónomos o de los maestros artesanos. Es el primer cambio que experimenta el proceso real de trabajo por su sumisión [Subsumtion] al capital. Este cambio se opera espontáneamente. Su condición, el empleo simultáneo de un número relativamente grande de obreros asalariados en el mismo procesos de trabajo, constituye el punto de partida de la producción capitalista (Marx, 1890, p. 312).

Ese “empleo simultáneo” (no necesariamente en el mismo espacio de trabajo, claro está) se torna imprescindible para la explotación de la fuerza de trabajo y el incremento de las ganancias. Como plantea Srnicek sobre los datos,

no todas nuestras interacciones sociales -y ni siquiera la mayor parte- están cooperadas por un sistema de generación de ganancias. De hecho, una de las razones por las cuales las empresas tienen que competir para construir plataformas es que la mayor parte de nuestras interacciones sociales no entran en procesos de valorización (2018: 54).

Los capitalistas siguen teniendo que racionalizar los procesos productivos, limitar los costos, disciplinar a la fuerza de trabajo y aumentar la productividad para sostener su tasa de ganancia.

La apropiación de la fuerza de trabajo gratuita que produce *datos* no rechaza la teoría del valor marxista (ni la teoría del imperialismo), porque esos datos trasmutan a través de su análisis en plataformas publicitarias (venta de promesas de mayores conexiones entre usuarios y empresas, es decir más ventas) y porque la propiedad de los medios de producción es de las empresas monopólicas, en este

caso, de negocios digitales. Cancela Rodríguez (2023) da cuenta de esto con gran detalle, por ejemplo, en el cableado de fibra óptica:

Antes de 2012, Google, Microsoft, Facebook y Amazon apenas explotaban el diez por ciento de la fibra óptica submarina mundial. En la actualidad, esta cifra es del sesenta y seis por ciento. Además, según las proyecciones para 2024, estas cuatro empresas tendrán participación colectiva en la propiedad de más de treinta cables submarinos de larga distancia (cada uno, de hasta miles de millas de largo) en todos los continentes del mundo, a excepción de la Antártida. Hace tan solo una década, estas empresas participaban en uno solo de esos cables: Unity, de Google, que unía a Japón con Estados Unidos (2023, p.50).

Detrás de los datos, están los hubs, que ocupan miles de metros cuadrados, utilizan ingentes cantidades de energía; están satélites, torres y cables submarinos y millones de dispositivos. Hay trabajo abstracto. La necesidad de hacer crecer la infraestructura para darle sustento a los negocios digitales (plataformas e inteligencia laboral) tiene al fascismo del siglo XXI pensando en ello. Como plantea Kempf (2025), la inversión acelerada en centros de datos para IA requiere rápida producción de energía:

Bill Gates, Jeff Bezos, Elon Musk, Mark Zuckerberg, Larry Ellison y otros “oligarcas tecnológicos” han pensado en cómo la industria energética puede, o debe, en su opinión, seguir el ritmo del rápido crecimiento de la IA y, al mismo tiempo, permitir que las grandes tecnológicas cumplan con sus compromisos climáticos. Todos han llegado a la misma conclusión: la energía nuclear, cueste lo que cueste, es la única solución viable.

En Argentina, un país con tradición y capacidades nucleares, Milei ofreció la “Patagonia como enclave supranacional donde se emplacen granjas de *data center* de los pulpos informáticos, asistidos con energía de base segura por vía nuclear” (Kempf, 2025).

Plataformas

Como plantea Ventrici, el mercado de trabajo latinoamericano vinculado a las TIC tiene dos andariveles contrapuestos:

la sofisticación de los nuevos trabajos vinculados a la industria del software y por otro, la hiper precariedad de los trabajadores de las plataformas que realizan trabajos a pedido a través de aplicaciones (conductores de Uber, Glovo, Rappi, servicios domésticos, etc.) (2022, p. 15).

Este negocio de plataformas consiste en la creación de una infraestructura para intercambios comerciales de todo tipo, que lo traslada a un nuevo soporte, con nuevas reglas, y que arrastra así también la organización del trabajo. Corrientemente, a esta forma de organizar el trabajo se la llama *uberización*. Uber⁵ es una plataforma archiconocida de transporte de pasajeros y reparto en automóviles o motos, que utiliza los datos del tránsito, de las actividades de los conductores y de los usuarios. Un rasgo distintivo es que a medida que más clientes tienen las plataformas (más datos), los algoritmos se orientan de forma más especializada y competitiva pero también más sesgada. Lo mismo que ocurre en las redes sociales: ves lo que “el algoritmo” te muestra.

En un importante estado del arte sobre trabajadores de plataformas de reparto, entre algunos países de América Latina desarrollado por Bridi et al. (2023), se pueden identificar tres dimensiones para ordenar las características de este tipo de trabajo. En primer lugar, están las condiciones socio-demográficas de los trabajadores. Todos los estudios relevados indican una fuerza de trabajo masculinizada (más del 84 % se autopercebe varón), joven, con educación media-alta y racializada (la mayoría son migrantes y/o se autodeclaran negros y mulatos).⁶ Las jornadas son extendidas a más de 10 horas, seis o

⁵ Uber actualmente funciona en 785 ciudades de 70 países.

⁶ Los sesgos racistas y de género del trabajo de plataformas son coincidentes con los sesgos algorítmicos, largamente denunciados por el feminismo (Fischetti & Torrano, 2024). Los algoritmos implican un proceso de entrenamiento, que se despliega en

siete días por semana, con ausencia de seguro social y alta vulnerabilidad a accidentes de tránsito. Para muchos de ellos es su primer empleo o provienen de ocupaciones informales. Asimismo, es mayoritariamente la principal fuente de ingresos y tienen poca afiliación sindical.

La segunda de las dimensiones centrales del trabajo de plataformas tiene que ver con el estatus jurídico del trabajo. Las empresas y gobiernos fascistas hacen propaganda con el carácter innovador y disruptivo de las plataformas, con la *libertad* respecto de las cadenas del trabajo formal, con las oportunidades de ser *emprendedor*, ser dueño de sí mismo, asumir riesgos, ser autónomo, ser el propio jefe. Bajo este paradigma, la tarea de los repartidores no es un trabajo, es un *emprendimiento* que les permite decidir por sí mismos. No obstante, todos los estudios coinciden en “la naturaleza subordinada del trabajo en las plataformas digitales” (Carelli, 2020) y en la relación de dependencia económica y jurídica, aun cuando muchos trabajadores son propietarios de instrumentos de trabajo (motos, bicicletas, autos), asumen los riesgos económicos y de salud, y muchas veces se consideran “independientes”. Lo central para determinar si las empresas de plataformas constituyen empleadoras con responsabilidad laboral se resuelve con la consideración acerca de quién controla el trabajo (dirección, disciplinamiento, etc.). Es decir que desde el derecho laboral se toma en cuenta que los trabajadores no organizan, gestionan ni controlan los datos de clientes, precios de servicios y disponibilidad de tareas.

A través de los algoritmos, las empresas organizan el trabajo: distribuyen rutas y tareas, prescriben las condiciones de los servicios, conectan y desconectan. Las condiciones del servicio, además, están mediadas por la evaluación del trato y los “me gusta” que los trabajadores supuestamente reciben.

el contexto concreto, bajo la subjetividad e ideología hegemónicas conducidas por empresas y operadas por trabajadores. La opacidad de los datos y de su tratamiento y análisis contribuyen a la reproducción de las asimetrías racistas, de clase y de género.

El propósito de controlar y disciplinar a la fuerza de trabajo forma parte de las tareas imprescindibles de la burguesía desde el inicio del capitalismo. Sin embargo, las formas de desplegar el control laboral se modificaron con distintos métodos, al calor de la lucha de clases: el “buen patrón” y el paternalismo patronal; la invisibilización del patrón y despersonalización a través de intermediarios (capataces y supervisores) primero despóticos, luego tecnocráticos; la incorporación de la automatización como modo de exteriorizar el ritmo de producción; la inclusión de grupos de trabajo con aparente autonomía en la capacidad de decidir respecto de la organización del trabajo, etc. Las plataformas digitales despliegan una forma de control laboral en donde son los propios algoritmos los que ordenan y establecen las metas de trabajo, sin ninguna transparencia ni criterio visible. Esta opacidad del algoritmo y del manejo general de los datos es una de las reivindicaciones que nos lleva al tercer aspecto.

La tercera dimensión del trabajo de plataformas es la experiencia de organización y reclamos de los trabajadores. A pesar de la ofensiva *emprendedorista*, de la desconfianza en las organizaciones colectivas (sindicatos) y en los gobiernos (“que solo cobran impuestos”) y del temor a represalias por parte de las plataformas, se multiplican las demandas y las experiencias de protesta. Las reivindicaciones centrales residen en derechos laborales básicos: seguridad social y previsional. Pero también hay una crítica a la falta de transparencia de las plataformas, que implica sanciones y “bloqueos de cuenta”. Asimismo, se exigen aumentos salariales, traducidos en incremento del precio de los servicios.

Durante el COVID-19 en 2020, se llevó adelante un “paro internacional de las apps”,⁷ cuyas demandas eran el aumento de las tarifas, la necesidad de puntos de apoyo para sus actividades, el fin de las desconexiones injustas y la seguridad en el trabajo. Las organizaciones colectivas de trabajadores de plataformas difieren de las

7 <https://latinta.com.ar/2020/04/29/la-huelga-en-las-apps-de-reparto-en-tiempos-de-coronavirus/>

tradiciones y experiencias en los distintos países: en Argentina, por ejemplo, algunos trabajadores están nucleados en sindicatos, mientras que, en otros países prevalecen las ONG, cooperativas y redes de trabajadores. Facebook es una red social que tiene grupos de trabajadores de plataformas organizados en los distintos países, a través de los que se articulan medidas de protesta pero también debates e intercambios.⁸

Los trabajadores de las plataformas de reparto son los más conocidos, quienes más visibilidad tienen, porque están en las calles de la enorme mayoría de las ciudades del mundo. No obstante, a partir de la huelga de guionistas y de actores/actrices en 2023-2024 en Estados Unidos, se pusieron de relieve las modificaciones de la organización y las condiciones de trabajo a partir de las plataformas de *streaming*.

La huelga del sindicato SAG-AFTRA (actores y actrices) tenía una serie de reivindicaciones, fundamentalmente de aumento salarial, pero sobre todo de poner a tono el convenio colectivo con el modelo de negocios digital. De hecho, se hizo viral el discurso de la presidenta del sindicato, Fran Drescher: “No pueden esperar cambiar el modelo de negocios sin modificar el convenio laboral. Somos trabajadores, estamos de pie y merecemos respeto. Compartan su riqueza, porque ustedes no pueden existir sin nosotros” (Todd Spence [@Todd_Spence], 2023). De este modo, los reclamos se centraban en mayores aportes a seguro de salud y jubilación, mejora de los pagos por retransmisiones y una discusión sobre el uso de la IA en la industria.

Este conflicto confluyó con la huelga de guionistas del sindicato de WGA. En este caso, uno de los reclamos tenía que ver con tiempos mínimos de contratación y relativa estabilidad laboral en los nuevos contratos con las plataformas de *streaming*. Por otro lado, se reclamaba la incorporación de IA en los guiones y la garantía de reco-

8 https://www.facebook.com/groups/283745188924901/posts/programar-un-paro-nacional-de-apps/1562189341080473/?_rdr

nocimiento salarial y de autoría para el rol de los guionistas en su modificación, arreglo o intervención. Y finalmente, la garantía de los cánones de retransmisión que se venían pagando para las producciones de cine y TV.

Respecto de las retransmisiones, antes de ambas huelgas, las plataformas de *streaming* pretendían pagar por el trabajo de guión y de actuación, y luego no volver a pagar ni un solo centavo a los y las trabajadores, a pesar de la retransmisión sistemática (característica propia de las plataformas *on demand/a demanda*). Pero además, el contexto de inflación profundizó el conflicto, debido a la pérdida de poder adquisitivo del salario, en el esquema de un solo pago por trabajo (sin canon de repetición).

En el modelo de negocio de estas apps, las empresas no publican la cantidad de reproducciones, pero sí de suscriptores, y esto supone una extorsión a los y las trabajadores, que quedan atrapados en que las empresas logren atraer más suscriptores, sin cobrar derechos de retransmisión. Asimismo, cuando sí se establecen cánones de derechos de retransmisión en los contratos (mayoritariamente ligados a las ganancias de la película o serie), no se exponen las reproducciones, con lo cual se produce una estafa. O si hay un acuerdo de pago de reproducciones en el contrato, las empresas venden los derechos de las películas a otras empresas (muchas veces testaferros) y como la retransmisión ya no le da ganancias a la productora que originalmente firmó el contrato, no se pagan los derechos a los trabajadores.

La intención de las plataformas de *streaming* es dismantelar los derechos de retransmisión: se paga por producción y luego los trabajadores no vuelven a cobrar más. Las empresas prefieren mantener en silencio las reproducciones, porque su modelo de inversiones de Wall Street se basa en la cantidad de suscriptores (Wolf, 2023). Como se planteó más arriba, lo que se vende (modelo de negocios) es la promesa -a través del análisis de datos- de que va a haber más conexión entre consumidores y empresas. De esta forma, la opacidad de los datos, la ausencia de memorias y balances detallados, basada en de-

claraciones juradas,⁹ son los condicionantes con los que las empresas pretenden destruir derechos conquistados por los trabajadores del sector e incluso, reclasificarlos como contratistas independientes (*emprendedores*). Como plantea Mayor (2023), a pesar de que la huelga resultó más onerosa para las empresas, prefirieron asumir una estrategia de disciplinamiento a los y las trabajadores y sostener su modelo de negocios intacto, reforzando la idea de que las empresas de Silicon Valley están exentas del cumplimiento de las leyes y no están en deuda con trabajadores pues no los/las reconocen como propios.

De todas formas, las huelgas concluyeron con negociaciones auspiciosas: aumentos salariales, mejores beneficios, protecciones contra el uso de inteligencia artificial por parte de los estudios y garantías de compensación por retransmisión.

Inteligencia artificial

Las huelgas de SAG-AFTRA y WGA también pusieron sobre la mesa una preocupación de una gran porción de la clase trabajadora: el reemplazo de trabajadores por la Inteligencia Artificial. De hecho, la propaganda de Davos que se menciona al inicio de este capítulo sobre la rotación del mercado laboral orienta esa preocupación.

Crawford (2021) plantea que la IA se sostiene en base a dos mitos, que hace falta derribar. Por un lado, la analogía que se hace entre la inteligencia humana y la inteligencia de sistemas maquínicos. Por otro lado, que hay una inteligencia *natural*, sin contexto histórico. Esos dos mitos producen una ilusión utópica o distópica sobre la IA, fascinante y aterradora. Asimismo, la autora sostiene una premisa imprescindible para recordar: “la computación a gran escala está

⁹ La regulación de la exportación de minerales vigente en la Argentina se sostiene bajo el mismo régimen de declaraciones juradas de producción y exportación.

profundamente enraizada en la explotación de los cuerpos humanos; de hecho, funciona gracias a ello” (Crawford, 2021: 95).

Como explica Lionis (2024), la expresión inteligencia artificial es un paraguas para referirse a distintas tecnologías, en la que convergen la sustitución de determinadas funciones cognitivas humanas, como por ejemplo, controles biométricos, traducción de un idioma a otro, gestión de la atención telefónica, conducción de un automóvil, producción de piezas con robots de mayor autonomía y manipulación a distancia de máquinas y equipos conectados a una misma red (internet de las cosas).

Las computadoras que se disponen para estos fines son entrenadas por humanos¹⁰ y adquieren así la capacidad de “aprender automáticamente” sin codificaciones previas. Estos sistemas no piensan ni entienden lo que dicen, pero siguiendo a Lionis, *destilan* la inteligencia humana, habiendo procesado miles de millones de datos.

Los sistemas de inteligencia artificial no sustituyen a la humanidad, lo que sí producen es un aumento notorio de la productividad y la realización de las tareas en un tiempo muy inferior que los humanos. Es importante tomar esto en consideración, porque no se trata de un reemplazo, se trata de una aceleración de los tiempos requeridos para la concreción de algunas tareas y funciones. De forma tal que de lo que se trata -y se sigue tratando- es del poder, de la propiedad y de la dirección hacia la que se lleva la producción de riqueza social.

En este sentido, es clave tomar en cuenta que bajo la dirección del capital, el trabajo y particularmente determinados puestos de trabajo, pueden reducirse al mínimo e incluso desaparecer con la incorporación de IA. Como se señaló anteriormente, el reemplazo de instrumentos, maquinaria y la automatización de procesos ya ha modificado los puestos de trabajo muchas veces en la historia. Este proceso de incorporación de IA reduce los puestos de trabajo en muchos sectores de la economía, desencadenando una serie de

¹⁰ Ver nota al pie 6.

fenómenos: la complejización de determinadas tareas, la simplificación de otras, la tendencia a la reducción salarial y el aumento de la conflictividad (salario, desempleo y formación).

Esto, además, tiene consecuencias en sectores diversos y con modificaciones concretas de la división internacional del trabajo constituida durante el neoliberalismo, pues aquellos países donde se deslocalizó la producción de determinados bienes por tener una mano de obra más barata, podrían sufrir la automatización de esa producción e incluso migrarla hacia nuevos lugares. Esto incluye la tendencia o la intencionalidad de *reshoring* e *insourcing*, frente al *offshoring* y *outsourcing* del neoliberalismo, es decir, volver a integraciones verticales y a producir en espacios cercanos a la localización de las empresas madre (Foerstl et al., 2016).

En Argentina, en el año 2023, la población económicamente activa ascendía a 20.112.000, es decir, el 47,3 % de la población total. De este universo, la población ocupada era el 94,6 % (19.027.000). Un informe¹¹ del Ministerio de Trabajo de la Argentina¹² del año 2023 indicaba que el 54 % del empleo formal en el sector privado -equivalente a aproximadamente 3,01 millones de empleos- se encuentra en ocupaciones donde al menos la mitad de sus tareas podrían ser ejecutadas por IA generativa, independientemente del tamaño de empresas. El reporte indica que se trata de las tareas de directivos de empresas; profesionales, científicos e intelectuales; técnicos y profesionales de nivel medio; empleados de oficina, servicios y vendedores de comercios.

Asimismo, en el reporte de Davos citado más arriba se plantea que la gestión de seguros y pensiones y las telecomunicaciones lideran la tendencia a la automatización, con más de un 95 % de reducción de las tareas. Además, en los sectores del petróleo y gas, productos químicos

11 https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/impacto_de_la_inteligencia_artificial_generativa_en_el_empleo_asalariado_registrado_del_sector_privado_0.pdf

12 En la reestructuración y desguace del Estado, el gobierno de Milei degradó el ministerio de trabajo a secretaría, con despidos y reducción de áreas significativas que implicaron un achicamiento de casi un cuarto del personal.

micos y materiales avanzados, servicios financieros y mercados de capitales y electrónica no sólo se espera que se reduzca la cantidad de tareas, sino también la proporción de tareas complementarias trabajador-máquina.

Un elemento novedoso de la incorporación de IA es el reemplazo de puestos gerenciales y tareas de conducción de empresas (Bergman et al., 2024). Estos puestos no habían sido impactados en la reconversión productiva de la década de 1990 y con la IA se ponen en cuestión. Como explican los autores, el trabajo gerencial tiene una importancia fundamental, que permite coordinar y controlar el flujo de mercancías a través de dos funciones básicas: la toma de decisiones y la movilización de la fuerza de trabajo. Sin embargo, la aparición de la *big data* puso en cuestionamiento la capacidad humana de tomar decisiones racionales por la incapacidad de procesar el volumen de datos, y extremó la valoración de lo técnico sobre lo humano. Esto conduce a los gerentes también a construir modos de legitimación de sus puestos y tareas, al igual que los sindicatos para sostener las relaciones laborales anteriores.

En este sentido, las huelgas de los sindicatos de actores y actrices y de guionistas de Estados Unidos pusieron sobre la mesa la discusión acerca de la complementariedad del trabajo humano con la IA. Frente al potencial reemplazo de los guionistas o el escaneo o edición de la imagen y/o voz de actores/actrices, la huelga puso de manifiesto la posibilidad del reemplazo del trabajo creativo, pero también de la repetición sin remuneración, por ejemplo, la utilización de la imagen y la ausencia de pago por la reaparición digitalizada. Un caso se hizo famoso cuando la actriz Scarlett Johansson denunció a OpenIA por copiarle la voz¹³ para sostener la sonoridad de la película *Her*, que cuenta una historia de amor entre un humano y un sistema operativo. A partir de la huelga, los estudios deben obtener el consentimiento de los artistas intérpretes o ejecutantes antes de

¹³ <https://cnnespanol.cnn.com/2024/05/22/openai-demanda-scarlett-johansson-chatgpt-trax>

poder crear o utilizar una “réplica digital” de su voz o imagen, y compensarlos (Press, 2024).

Pero esto no sólo se da en las plataformas de *streaming*. El sindicato SAG-AFTRA inició otra huelga entre 2024 y 2025, esta vez con la cámara de videojuegos para evitar que las voces de actrices y actores y sus actuaciones sean replicadas sin su consentimiento ni una compensación justa¹⁴ en juegos electrónicos.

Otro sector con riesgo de pérdida de puestos de trabajo por incorporación de IA son los automóviles automatizados. Estos autos son fabricados bajo los mismos criterios que los que requieren conductor, pero se les incorporan cámaras, GPS, radares, detección 3D de objetos y autonomía por IA. Alphabet (Google) es uno de los monopolios de estos vehículos, y tiene como premisa no hacerse responsable de los accidentes e incidentes. En primer lugar, las estadísticas que utilizan remiten a una disminución de accidentes en autos sin chofer, pero sin “responsabilidad humana”. Por otro lado, la empresa se desresponsabiliza porque el uso de estos automóviles automatizados está mediado por plataformas de viajes (Uber o Lyft): Alphabet no tiene app de viajes propia. De esta forma, no sólo el trabajo abstracto está absolutamente “por detrás” del consumo, sino que además, la propia dinámica del negocio invisibiliza sus actores. No *están* los y las trabajadoras, lo cual habilita a la desresponsabilización total del proceso completo de trabajo, segmentado en negocios sobre negocios sobre negocios.

14 <https://www.sagaftra.org/contracts-industry-resources/contracts/video-game-strike/video-game-strike-faqs#forfans>

Palabras finales

Es bello ser comunista,
aunque cause muchos dolores de cabeza.
Y es que el dolor de cabeza de los comunistas
se supone histórico, es decir
que no cede ante las tabletas analgésicas
sino sólo ante la realización del Paraíso en la tierra.
Así es la cosa.
Bajo el capitalismo nos duele la cabeza
y nos arrancan la cabeza.
En la lucha por la Revolución la cabeza es una bomba de retardo.
En la construcción socialista planificamos el dolor de cabeza
lo cual no lo hace escasear, sino todo lo contrario.

El comunismo será, entre otras cosas,
Una aspirina del tamaño del sol.
Roque Dalton

El mundo está atravesando un proceso histórico de enormes convulsiones, que no terminan de configurar con precisión cuál es el horizonte. Es difícil imaginar cómo la humanidad va a vivir dentro de cinco años: ¿una guerra mundial habrá estallado? ¿Estados Unidos seguirá condicionando la vida y la libertad del mundo? ¿Porciones de la Tierra estarán inhabitables? Las posibilidades de la imaginación son casi infinitas, porque la crisis desarma las proyecciones colectivas y la capacidad de anticipar la cotidianeidad individual entra en jaque. Sin embargo, en las imaginerías de este tiempo aparecen con mucha dificultad los sueños colectivos y la comunidad como forma de vida societal general.

Tal vez, el impacto mayor de la Revolución Rusa haya sido su capacidad de cambiarlo todo, de reorganizar de plano la sociedad, de desestructurar la familia y otras instituciones burguesas, de decidir colectivamente hacia dónde orientar las tareas productivas, cuánto producir, cómo, para qué; de cambiar los vínculos, los modos de sentir, la reubicación del sujeto individual en la colectivización. Esta revolución inauguró una forma de hacer humanidad, de respeto, de solidaridad, de compañerismo, de colectivismo, de realización del anhelo comunista.

Esto se repitió de distinto modo en todas las revoluciones socialistas, como un estallido de entusiasmo inmenso, voluntad de transformación, trabajo colectivo, rebeldía organizada. Revolución es la posibilidad de cambiar todo lo que debe ser cambiado.

Sin embargo, ese deseo creador está lejos de la cotidianeidad actual. Nuestras vidas se inclinan más a la distopía que a la utopía. Los debates e intentos que las clases dominantes ponen en juego para resolver la crisis se llevan toda nuestra atención. El fascismo del siglo XXI concentra el impacto de lo indecible, nos sorprende con su

ferocidad, con su ausencia total de escrúpulos, con el corrimiento de los límites que creímos estables.

El fascismo actual logró que una porción enorme de la población asuma como un éxito trabajar más de 10 horas diarias y que su anhelo sea conseguir más trabajo, porque eso le da eficiencia a su *emprendimiento*. Esos son sus éxitos. Demostraron capacidad organizativa, ideológica y gran audacia para la diseminación de sus ideas. El fascismo puso a su servicio fuentes inagotables de dinero para conquistar posiciones en el Estado y, tal como proclamó Milei, destruirlo desde adentro.

Esa iniciativa política fascista, además, está desarrollando una estética propia, bajo el ataque a las diferencias, las disidencias y la izquierda. También, lenta pero sostenidamente, están logrando el disciplinamiento de otros sectores de las clases dominantes. En términos futbolísticos, *toda la cancha está inclinada*, por lo que la socialdemocracia y la derecha moderada van corriendo sus propios límites hacia perspectivas reaccionarias y de desarticulación de los derechos conquistados.

La conjunción de una ética y una estética propias le dan carnadura a un proyecto que no tiene nada para prometer a los sectores populares en términos de mejoramiento de sus vidas. No obstante, hay una “oferta” y poco a poco aparece un lugar de pertenencia para esas mayorías en el fascismo. Ese territorio hoy es digital, el encuentro de odiadores seriales en un mundo de cobardía y anonimato. Por ahora, además, están mostrando su faceta en el cara a cara, que el poder estatal simplifica: las fuerzas armadas, policiales y las experiencias judiciales del *lawfare*.

En este libro se fueron exponiendo una serie de características que facilitan el brote de una versión furibunda y colérica del capitalismo. Esta forma del sistema actual de desplegarse permite organizar la transformación de las relaciones de fuerzas y configurar un nuevo modelo de acumulación que concentre más la riqueza y aumente la plusvalía (absoluta y relativa). La disputa que están dando con mucho tesón reside en otorgar legitimidad, por la vía del con-

senso y de la coerción, a la extensión de la jornada laboral y al aumento de los ritmos de producción (con mayor disciplinamiento y con la incorporación de tecnologías de automatización y robótica). En este sentido, Antunes (2024) sugiere, con un juego de palabras, que el *capitalismo de plataforma* explota trabajadores como en la *protoforma del capitalismo*.

Se trata de poder y dominio, de dar orientación política a un momento en que el capital precisa a toda costa engordar la productividad del trabajo y acrecentar sus ganancias. Este modelo neoliberal no le sirve más y para producir otro ajustado a sus necesidades, tiene que limitar al máximo la expectativa de bienestar de las clases subalternas y consolidar una distopía de acostumbramiento al mal vivir.

Esa legitimación del aumento de la explotación encuentra dos iniciativas muy potentes simbólicamente: los negocios verdes y los digitales. El llamado social al cuidado del ambiente y la fascinación por la tecnología digital se movilizan como sentidos y valores, tendientes a convencer sobre la necesidad de reorganizar el trabajo, en una clave específica: el *emprendedorismo*.

La idea de emprendimiento constituye de por sí un aliciente y un estímulo. Se trata de emprender algo nuevo, de poner en marcha un camino distinto, de abrir un negocio, una empresa, ser dueño.

Las y los trabajadores en el capitalismo sufren múltiples dolores: no llegan a fin de mes; tienen que obedecer al patrón o al capataz que los maltrata; no consiguen dónde vivir; no pueden acceder a servicios de salud adecuados, ni a educación de calidad; no tienen tiempo de ocio y el que tienen está desvalorizado socialmente; tienen que migrar forzosamente y un sinnúmero de etcéteras. Ser trabajador es una pesadilla.

Ser emprendedor significa no ser trabajador. Lo cual individualmente activa sentimientos estimulantes. Frente a la ausencia de salida colectiva, lo mejor para el individuo es dejar de ser trabajador. De este modo, la exacerbación de individualismo condensa una multi-

plicidad de propósitos, y es el fascismo del siglo XXI quien propone como salida colectiva la máxima individualización.

La reducción salarial por la vía de la inflación y de la extorsión empresarial fuerzan a las y los trabajadores a requerir más ingresos extra para vivir, que buscan mayoritariamente en plataformas. Trabajan más horas, y para las mujeres esto implica la acumulación desesperante del trabajo doméstico y de cuidado. Pero además, el crecimiento del trabajo en plataformas disminuye también el salario, porque al estar encubierta la relación laboral, se invisibiliza la responsabilidad del patrón y se supone que los *emprendedores* deben repartirse las ganancias entre ellos. Es una verdadera estafa la ilusión de ser tu propio patrón, trabajar en Internet, producir datos y –como buen empresario– invertir: cripto, apuestas infantiles, pequeñas especulaciones financieras en apps y aportar al planeta con neutralidad en carbono por usar una plataforma. Todo esto además del que consideran su “trabajo”. El pluriempleo invisible a través de Uber, Rappi u otra, se llama *emprededorismo*.

En este camino, la calidad de vida se deterioró notoriamente. El único descanso es la dopamina de las redes sociales, que no permite ni percibir ni dimensionar la pérdida de derechos. Los otros y otras, el mundo todo, quedan cada vez más lejos y se reproducen los problemas mentales y emocionales: las drogas de evasión, los suicidios y la desesperanza. Se trata de vivir para trabajar, sin darse cuenta.

Esta vocación destructiva, totalitaria e individualista del capitalismo está en su núcleo, forma parte de su vocación, aunque la lucha de clases lo sometió históricamente a negociar, a consensuar y a distribuir. Hoy, que el imperialismo está cansado, intenta revivir un proyecto de dominio totalizante.

Lo que convoca del fascismo a la clase trabajadora es negar su condición de clase como modo de negar e invisibilizar su explotación. Hoy no encuentra otro horizonte de futuro que ir al encuentro de un modo de no ser lo que es, de no estar como está, de poner en funcionamiento el pensamiento mágico para hacer desaparecer su sujeción. Durante muchas décadas, la clase obrera estuvo convocada

a esperar sentada a que otros resolvieran por ella y no resolvieron. Salió de la pandemia del COVID-19 con muertos que no hicieron la diferencia y con sus necesidades básicas insatisfechas. Se deja seducir por enérgicos y gritones fascistas que le auguran un futuro individual sin trabajo.

Sin embargo, la contradicción central con la que se encuentra el fascismo del siglo XXI es que tampoco puede dar respuesta a las expectativas y necesidades de las clases subalternas. Por más cantos de sirenas que se escuchen, su proyecto sólo trae más hambre, más desocupación y más angustias a todos y cada uno de los y las trabajadores. Y eso dura un tiempo sin que la rebelión se organice.



Quienes nos sentimos parte de la izquierda revolucionaria estamos ubicados en un juego contrarreloj. La estabilización de los proyectos *fascistas* y su capacidad de evitar las contradicciones que acá se plantearon y las otras que van apareciendo augura la posibilidad de que -una vez más- el capitalismo encuentre el modo de salir de la crisis, se recomponga y se desplieguen muchos años de dolor y sufrimiento para los pueblos. Por lo tanto, la tarea central es de desgaste, de erosión, de confrontación palmo a palmo con este proyecto, al mismo tiempo que construimos una nueva propuesta emancipadora. Esto implica no darle tregua en ninguno de los aspectos, no darle respiro, discutirlo todo, oponerse confrontando con un paradigma distinto, socialista y profundamente humano.

Esto no es simple. Humildemente, acá como epílogo propongo cinco elementos para recuperar la iniciativa política:

En primer lugar, si hubiera una fuerza internacional preparada y dispuesta para dar esta pelea, otro gallo cantaría. Se trata de construirla, de unir las partes rotas para dar pasos firmes, de recoger a nuestros caídos, de recuperar el entusiasmo en el encuentro y en la lucha colectiva. De animarse a la confrontación, con la convicción de que el futuro es de las y los audaces.

Segundo, hay que eludir las múltiples contradicciones que nos propone el fascismo del siglo XXI; para empezar, la democracia libe-

ral representativa. Construir consensos dentro de nuestros pueblos acerca de que la salida es con protagonismo popular y haciéndonos cargo de nuestro propio destino. La vocación de protagonismo se gana protagonizando, con la experiencia concreta. Para ello, solo un proyecto en el que la generosidad, la solidaridad y el compañerismo sean los valores fundantes nos puede ayudar.

En tercer lugar, poner la imaginación al servicio de proyectar una sociedad de iguales. Hace falta discutir qué mundo se precisa, se necesita y se desea, para que nadie sea más ni tenga más que nadie. La multipolaridad no resuelve por sí misma el bienestar, pues puede haber multipolaridad estatal-nacional con sometimiento de clase. Si no se la dota de socialismo será una experiencia reformista del capitalismo que durará un tiempo hasta que las contradicciones vuelvan a estallar. Nos toca debatir, pensar, repensar y construir un cuerpo capaz de estar a la altura del desafío de proponerles a nuestras y nuestros compañeros de clase un futuro realmente estimulante. Invitar a un mundo donde trabajen todos, donde se trabaje poco, sólo para garantizar las necesidades ampliadas de las y los trabajadores y en que el ocio y el disfrute colectivo sean el pan de cada día.

Como cuarta idea, recuperar la energía. La rabia, el enojo y el odio de clase parece actualmente todo del lado del fascismo del siglo XXI, pero también la fe y la esperanza. Hay que salir de la resignación, de la especulación y del oportunismo para consolidar un horizonte nuevo. Recurrir a la historia y a nuestras victorias, cada vez que lo precisemos.

Por último, nuestro proyecto comunista, el del Manifiesto, el que hace casi dos siglos soñamos, debe movilizar nuestra ética y nuestra estética. Defender y recrear nuestras palabras, nuestras consignas, nuestro modo de vestir, nuestra música, nuestro arte, nuestra literatura. Hay que dejar de usar las mismas formas y modelos de nuestro enemigo, porque eso habla de quiénes queremos ser y qué sociedad nos proponemos. Eso no significa volver a reproducir la estética de las izquierdas revolucionarias del siglo XX, sino por el contrario, construir una nueva en función de lo que somos y de lo que nece-

sitamos, de los terrenos de batalla donde hoy se dan las contiendas: algunos iguales y otros novedosos. Se trata de crear, de engendrar, de gestar un mundo nuevo.

Combatir el fascismo del siglo XX es una oportunidad para construir el socialismo.

Bibliografía

Aguilar Monteverde, Alonso (1967). Reflexiones sobre el subdesarrollo latinoamericano. *Revista Mexicana de Sociología*, 29(3). <http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/58418/51627>

Aguilera, Lucas (2023). *Nueva fase. Trabajo, valor y tiempo disponible en el capitalismo del Siglo XXI*. Buenos Aires: Punto de Encuentro.

Álvarez Newman, Diego (2015). *La hegemonía del capital: Estudio sobre el dispositivo de implicación en el trabajo* [Tesis de Doctorado]. Universidad de Buenos Aires.

Álvarez Newman, Diego (2016). Reflexiones acerca de la “Gestión de la Calidad” como dispositivo managerial de control. *Socio Debate. Revista de Ciencias Sociales*, 2 (4), pp. 1-29.

Annan, Kofi (Director). (1999). *Annan calls for business's to accept UN Rights* [Video recording]. <https://www.youtube.com/watch?v=zcHNDVAUbvA>

Antunes, Ricardo (2024). Uberización y desantropomorfización del trabajo: Dos puntas de un mismo proceso destructivo. En Varela, Paula; Gutierrez Rossi, Gastón & Cambiasso, Mariela (Eds.), *¿Hacia dónde va el trabajo? Informalidad, digitalización y reproducción social en América Latina*. Buenos Aires: CEIL. <https://www.ceil-conicet.gov.ar/wp-content/uploads/2024/06/MA04-Varela-Gutierrez-Rossi-Cambiasso.pdf>

Apple, Michael W. (1997). Comiendo papas fritas baratas. En Gentili, Pablo (Ed.), *Cultura, política y currículo. Ensayos sobre la crisis de la escuela pública*. Buenos Aires: Losada.

Badiou, Alain (2022). Una nueva versión de políticas viejas. En *Neofascismo: ¿Cómo surgió la extrema derecha global (y cuáles pueden ser sus consecuencias)?*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Barletta, Florencia; Robert, Verónica & Yogel, Gabriel (2019). *Tópicos de la teoría evolucionista neoschumpeteriana de la innovación y el cambio tecnológico* (Vol. 2). Los Polvorines: Ediciones UNGS.

Bayer, Osvaldo; Borón, Atilio & Gambina, Julio (2011). Apuntes sobre su historia y sus consecuencias. En *El Terrorismo de Estado en la Argentina*. Buenos Aires: Instituto Espacio para la Memoria

Belardo, Marcela (2021). Vacunas, patentes y producción pública. *Transiciones* 1 (9). <https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/>

handle/11336/166096/CONICET_Digital_Nro.ea115c59-4334-4dad-86e0-e745bf098a61_A.pdf?sequence=5&isAllowed=y

Benería, Lourdes (1999). Globalization, Gender and the Davos Man. *Feminist economics*, 3(5), pp. 189-205.

Bennett, W. Lance & Segerberg, Alexandra. (2012). The logic of connective action: Digital media and the personalization of contentious politics. *Information, Communication & Society*, 15(5), pp. 739-768. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2012.670661>

Berardi, Franco B. (2003). *La fábrica de la infelicidad*. Madrid: Traficantes de sueños.

Bergman, Romina; Zangaro, Marcela & Pacífico, Fernando (2024). Inteligencia artificial y mundo del trabajo: Entre la ilusión y el desencanto. [Ponencia] *III Congreso Internacional de Ciencias Humanas*, UNSAM.

Bihr, Alain (1991). *Du "grand soir" à "l'alternative": le mouvement ouvrier européen en crise*. París: Les Éditions Ouvrières.

Blanco, Mariela (2022). Entramado tecnológico-social de la innovación de la agricultura digital: El caso de Pergamino, provincia de Buenos Aires, Argentina. *Cuyonomics. Investigaciones en Economía Regional*, 6(10). <https://doi.org/10.48162/rev.42.048>

Borón, Atilio (2003). *Estado, capitalismo y democracia en América latina*. Buenos Aires: CLACSO. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20100529014429/2introduccion.pdf>

Boron, Atilio (2021, marzo 12). Sobre el poder permanente en la Argentina. *La Tecl@ Eñe Revista*. <https://lateclaenerevista.com/sobre-el-poder-permanente-en-la-argentina-por-atilio-boron/>

Borón, Atilio (2006). La verdad sobre la democracia capitalista. *Socialist register* (42). <https://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/social/2006/boron.pdf>

Bridi, Maria Aparecida da C.; Oliveira, Roberto Vêras de, & Salas, Minor Mora (2023). Plataformas de repartidores en América Latina: Estado del arte. *Revista Brasileira de Sociologia - RBS*, 11(29), Article 29. <https://doi.org/10.20336/rbs.956>

Butler, Judith (Director). (2024, abril 30). *Fascist Passions | Judith Butler responds to questions* [Video recording]. <https://www.youtube.com/watch?v=xWkd7U4m--c>

Calvo, Ernesto J. (2022). Nuevos métodos de extracción directa de litio. Impacto en la explotación sustentable de los salares de la Puna. *Ciencia hoy*, 30(180), pp. 51-59.

Campione, Daniel (2023). Las extremas derechas: Algunos apuntes urgentes. *Cuadernos Marxistas* (27). <https://elcefma.com.ar/wp-content/uploads/2023/08/Cuadernos-Marxistas-no-27.pdf>

Canary, Henrique (2024, agosto 11). La crisis subjetiva de la clase trabajadora. *Jacobin Revista*. <https://jacobinlat.com/2024/08/la-crisis-subjetiva-de-la-clase-trabajadora/>

Cancela Rodríguez, Ekaitz (2023). *Utopías digitales. Imaginar el fin del capitalismo*. Barcelona: Verso.

Castel, Robert (1997). *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.

Castells, Manuel (1996). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura* (Vol. 1). México: Siglo XXI Editores.

CEPAL (2021). *La Inversión Extranjera Directa en América Latina y el Caribe 2021*. Santiago: CEPAL.

Chan, Carol & Montt Strabucchi, Maria (2021). Many-faced orientalism: Racism and xenophobia in a time of the novel coronavirus in Chile. *Asian Ethnicity*, 22 (2), pp. 374-394. <https://doi.org/10.1080/14631369.2020.1795618>

Chomsky, Noam (2022). *Neoliberalismo and the roots of fascism*. <https://chomsky.info/20221028-2/>

Cibils, Alan & Allami, Cecilia (2009, noviembre 9). *El curioso caso de la financierización en la Argentina de la postconvertibilidad*. [Ponencia] III° Jornadas de Economía Política, Campus UNGS, Buenos Aires.

Cifarelli, Viviana; Martínez, Oscar A., & Pérez Crespo, Guillermo (2002). *De eso no se habla*. Buenos Aires: Cuadernos del TEL. <http://www.tel.org.ar/spip/libros/deesono.html>

Clark, Byron (2024, agosto 9). Fascismo digital, antifascismo digital. NODAL. <https://www.nodal.am/2024/08/fascismo-digital-antifascismo-digital-por-byron-clark/>

Clemenceau, Lautaro (2023). La andinización temporal minera: Nueva forma de organización del trabajo minero a gran escala en contextos andinos del siglo XXI. *Chungará Revista de Antropología Chilena*, 55(4). <https://doi.org/10.4067/s0717-73562023005002501>

Crawford, Kate (2021). *Atlas de inteligencia artificial. Poder, política y costos planetarios*. México: Fondo de Cultura Económica.

Crutzen, Paul & Stoermer, Eugene (2000). The «Antropocene». *Global Change Newsletter* (41).

Cubadebate (2020, abril 16). Minrex: La pandemia demuestra la necesidad de cooperación pese a las diferencias políticas. *Cubadebate Por la Verdad y las Ideas*. <http://www.cubadebate.cu/noticias/2020/04/16/minrex-la-pandemia-demuestra-la-necesidad-de-cooperacion-pese-a-las-diferencias-politicas/>

Dalla Costa, Mariarosa & James, Selma (1975). *El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad*. México: Siglo XXI Editores.

D'Angelo, Guido; Terré, Emice & Calzada, Julio (2024, octubre 10). Las exportaciones del complejo litio suben más de un 50% en volumen, pero caen un 38% en dólares por menores precios. *Informativo semanal Bolsa de Comercio de Rosario XLII* (2167). <https://www.bcr.com.ar/es/mercados/investigacion-y-desarrollo/informativo-semanal/noticias-informativo-semanal/las-40>

de la Fuente, Antonieta (2020, abril 3). La influencia de Jaime Guzmán en la Constitución del '80: Mitos y verdades. *La Tercera*. <https://www.latercera.com/reconstitucion/noticia/la-influencia-de-jaime-guzman-en-la-constitucion-del-80-mitos-y-verdades/3DEDI7WOAFALBTLN3W22MDQAE/>

De Souza, Débora (2022). Educación y Petróleo en Neuquén: Un solo “Movimiento”. Empresas privadas y educación; el caso de Pan American Energy. [Ponencia] VII Jornadas Nacionales y V Latinoamericanas de Investigadorxs en Formación en Educación, Buenos Aires. <http://eventosacademicos.filo.uba.ar/index.php/JIFIICE/VIIJNIFCE/paper/viewFile/7169/4480>

Dejours, Christophe (1992). *Introducción a la psicopatología del trabajo*. México: Siglo XXI Editores.

Dejours, Christophe (2019). *Sin posibilidades de sublimar a través del trabajo, es muy difícil conservar la salud mental*. Página 12. <https://>

www.pagina12.com.ar/197853-sin-posibilidades-de-sublimar-a-traves-del-trabajo-es-muy-di

Del Popolo, Mariano (2022). *Militares y terremotos. Las relaciones entre Estados Unidos y Chile y la militarización de los desastres naturales (2010-2018)*. Buenos Aires: IEALC - El Colectivo. <https://repositorioccc.omeka.net/items/show/592>

Delgado Selley, Orlando (2006). El neoliberalismo y los derechos sociales: Una visión desde la economía y la política. *Andamios*, 3(5), pp. 185-212. <https://doi.org/10.29092/uacm.v3i5.347>

Delgado Wise, Raúl (2020). Desentrañando el sistema de innovación de Silicon Valley desde una perspectiva del Sur. *Integración y Conocimiento*, 9(2), Article 2. <https://doi.org/10.61203/2347-0658.v9.n2.29482>

Dhingra, Swati & Sampson, Thomas (2022). Expecting Brexit. *Annual Review of Economics*, 14(1), pp. 495-519. <https://doi.org/10.1146/annurev-economics-051420-104231>

Domínguez López, Ernesto (2016). Buscando sentidos: Estados Unidos y la crisis de los setenta. *Huellas de Estados Unidos* (10), pp. 86-109.

Donald J. Trump [@realDonaldTrump]. (2020, marzo 27). *General Motors MUST immediately open their stupidly abandoned Lordstown plant in Ohio, or some other plant, and START MAKING VENTILATORS, NOW!!!!!! FORD, GET GOING ON VENTILATORS, FAST!!!!!! @GeneralMotors @Ford* [Tweet]. Twitter. <https://x.com/realDonaldTrump/status/1243559373395410957>

Earl, Jennifer & Kimport, Katrina (2011). *Digitally Enabled Social Change: Activism in the Internet Age*. The MIT Press.

Elizondo Almeida, Armando (2006). El teletrabajo. Una aproximación conceptual. *Revista de la Segunda Sala de la Corte Suprema de Justicia*, (3), pp. 175-199.

Equal Times. (2024, noviembre 8). *Triunfo electoral de Trump y derechos de los trabajadores: "Aterrizar como puedas", segunda temporada*. Equal Times. <https://www.equaltimes.org/triunfo-electoral-de-trump-y>

Etchemendy, Sebastián; Gianibelli, Guillermo & Ottaviano, Juan Manuel (2019, Invierno). Tercerización Laboral en Argentina: Antecedentes, Contexto Regional y Propuesta de Regulación Integral. *Trabajo y sociedad*, XX(33).

Fabelo, Sunamis & González Sáez, Ruvislei (2022). La Ruta Digital dentro de la Iniciativa de la Franja y la Ruta. La relevancia de Cuba en el Gran Caribe. En Merino, Gabriel, Lourdes Regueiro Bello & Wagner Iglecias (eds). *China y el nuevo mapa del poder mundial*. Buenos Aires: Centro de Estudios Chinos, IRI Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata ; CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/169771/1/China-nuevo-mapa.pdf>

Feierstein, Daniel (2020, marzo 15). El enano fascista. *El Cohete a la Luna*. <https://www.elcohetelaluna.com/el-enano-fascista/>

Figari, Claudia; Giniger, Nuria; Clemenceau, Lautaro & Del Águila, Ávaro (2023). *Condiciones de trabajo de trabajadores y trabajadoras tercerizadas en el sistema de subcontratación del Estado Nacional: Un relevamiento para la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) (CEIL)*. <https://www.ceil-conicet.gov.ar/wp-content/uploads/2023/08/CO02-Figari-Giniger-CNEA.pdf>

Figari, Claudia; Giniger, Nuria; Palermo, Hernán; Soul, Julia; Salazar, C. L., Hernández, M., Hirsch, Dana; Álvarez Newman, Diego; Cufre, Sara & Ciolli, Karina (2017). *La trama del capital*. Biblos. <https://>

www.relatsargentina.com/documentos/CEIL-CONICET/RELATS.CEILCONICET.Figari2017.pdf

Fischetti, Natalia & Torrano, Andrea (2024). *Tecnologías feministas: Tramas para la resistencia*. Buenos Aires: CLACSO.

Foerstl, Kai; Kirchoff, Jon F. & Bals, Lydia (2016). Reshoring and insourcing: Drivers and future research directions. *International Journal of Physical Distribution & Logistics Management*, 46(5), pp. 492-515. <https://doi.org/10.1108/IJPDLM-02-2015-0045>

Forti, Steven (2024, abril). ¿La extrema derecha otra vez «de moda»? | Nueva Sociedad. *Nueva Sociedad*, 310. <https://nuso.org/articulo/310-extrema-derecha-otra-vez-de-moda/>

Barrera Franco, Carlos Alberto & Oropeza Fabián, Filiberto (2023). *La teoría geopolítica del Heartland de Mackinder y su aplicación en la guerra de Rusia-Ucrania*. Defensa Nacional (9), pp. 120-151. <https://www.undef.edu.ar/libros/wp-content/uploads/2024/02/6.-BARRERA-FRANCO-Carlos-y-OROPEZA-FABIAN-Filiberto-1.pdf>

Fukuyama, Francis (1988). ¿El fin de la historia? *The National Interest*.

Gambina, Julio C. (2003). Sobre la deuda externa pública de la Argentina ¿Qué hace el gobierno y que debiera hacerse? *CADTM*. https://www.cadtm.org/spip.php?page=imprimer&id_article=383

Ganem, Javier; Giustiniani, Patricia & Peinado, Guillermo (2014). El trabajo remunerado y no remunerado en Rosario. La desigual distribución de los tiempos entre varones y mujeres. *Revista Estudios Sociales Contemporáneos* (11), pp. 88-100.

García, Ariel & Rofman, Alejandro (2009). Agrobusiness y fragmentación en el agro argentino: Desde la marginación hacia una propuesta alternativa. *Mundo agrario*, 10(19).

García Linera, Álvaro (2024). *La democracia como agravio*. Buenos Aires: CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/250309/1/La-democracia-como-agravio.pdf>

Gerbaudo, Paolo (2023). From Occupy Wall Street to the Gilets Jaunes: On the populist turn in the protest movements of the 2010s. *Capital & Class*, 47(1), pp. 107-124. <https://doi.org/10.1177/03098168221137207>

Giménez Béliveau, Verónica (2021). Salud, ciencia y creencias en tiempos de pandemia. *Nueva Sociedad* (291).

Giniger, Nuria (2014). Doctrina Social de la Iglesia y Responsabilidad Social Empresaria: Ética y política del neoliberalismo. *Sociedad y Religión*, XXIV(42). <https://ojs.ceil-conicet.gov.ar/index.php/sociedadysreligion/issue/view/64/1>

Giniger, Nuria (2017). Apuntes sobre el concepto de clase obrera en Nuestramérica. En F. Gigli (Ed.), *El problema de la alteridad en la Argentina contemporánea*. Neuquén: EDUCO.

Giniger, Nuria (2021). *Así también se templó el acero*. Buenos Aires: CEIL libros. <https://www.ceil-conicet.gov.ar/wp-content/uploads/2021/08/TE05-Giniger.pdf>

Giniger, Nuria & Kempf, Rodolfo (2022). *Libre de humo: Ensayo crítico sobre desarrollo, ambiente y emancipación*. Buenos Aires: Cienflores.

Giniger, Nuria & Renosto, Solana (2024a, noviembre). *Los invisibles de la transición justa. Un acercamiento a las y los trabajadores del litio en Argentina*. [Ponencia] III Congreso Internacional de Humanidades, Buenos Aires.

Giniger, Nuria & Renosto, Solana (2024b, diciembre 5). *Workers in Chinese lithium mining investment in Jujuy. An invisible dimension of the energy transition*. [Ponencia] Fudan-Latin America University Consortium 6th Annual Meeting 2024, Buenos Aires.

Giniger, Nuria & Sotiropoulou, Irene (2019). “Less State” in austerity: A concept masking the central agent of neoliberal policies. En Power, Kate; Ali, Tanweer & Lebduskova, Eva (Eds.), *Discourse Analysis and Austerity—Critical Studies from Economics and Linguistics* (pp. 80-107). Routledge.

Goldfarb, Brent D.; Pfarrer, Michael D., & Kirsch, David (2005). Searching for Ghosts: Business Survival, Unmeasured Entrepreneurial Activity and Private Equity Investment in the Dot-Com Era. *SSRN Electronic Journal*. <https://doi.org/10.2139/ssrn.825687>

Goren, Nora (2010). La institucionalización de la perspectiva de género. Un mayor reconocimiento. *Nueva Época* (40), pp. 35-51.

Gramsci, Antonio (1950). *Americanismo y fordismo* (F. Platone, Ed.). Universale economica.

Gramsci, Antonio (1979). *Sobre el Fascismo (compilación)*. México: Ediciones Era.

Guevara, Ernesto C. (1963). *Discurso del en la Clausura del Encuentro Internacional de Profesores y Estudiantes de arquitectura*. <https://laboratoireurbanismeinsurrectionnel.blogspot.com/2012/04/che-guevara-arquitectura-socialista.html>

Hall, Sarah & Wójcik, Dariusz (2021). ‘Ground Zero’ of Brexit: London as an international financial centre. *Geoforum* (125), pp. 195-196. <https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2018.02.002>

Han, Byung-Chul. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

Harvey, David (2023, abril 25). El neoliberalismo se vuelve violento y despótico. *Jacobin Revista*. <https://jacobinlat.com/2023/04/david-harvey-el-neoliberalismo-se-vuelve-violento-y-despotico/>

Hatzius, Jan (2024). Global Views: Controlled Descent. <https://www.gspublishing.com/content/research/en/reports/2024/09/12/029c27cc-444b-4cce-9198-653a79c46992.html>

Herrero, Belén & Belardo, Marcela (2020). Negacionistas, gradualistas y estrictos. El complejo engranaje entre las políticas, el tiempo y los sistemas de salud. En Amadeo, Pablo (Ed.), *Posnormales*. Buenos Aires: ASPO Editorial. <https://bit.ly/2Dm9ZNK>

Hobsbawm, Eric (1998). *La era del imperio, 1875-1914*. Barcelona: Crítica (Grijalbo Mondadori).

Holloway, John (2002). *Change the World Without Taking Power*. Londres: Pto Press. <http://libcom.org/library/change-world-without-taking-power-john-holloway>

Instituto Tricontinental de Investigación Social. (2023). *Boletín* (17) <https://thetricontinental.org/es/newsletterissue/chips-semiconductores/>

Javier Milei [@JMilei]. (2024, febrero 16). *DESARMANDO EL GRAMSCI KULTURAL La raíz del problema argentino no es político y/o económico, es moral y tiene como consecuencias el cinismo político y la decadencia económica. Este sistema está podrido y por donde se lo toca sale pus, mucha pus, muchísima.. Gramsci señalaba que* [Tweet]. Twitter. <https://x.com/JMilei/status/1758492144224895437>

Karyotis, Georgios & Rüdiger, Wolfgang (2018). The Three Waves of Anti-Austerity Protest in Greece, 2010–2015. *Political Studies Review*, 16(2), pp. 158-169. <https://doi.org/10.1177/1478929916685728>

Katz, Claudio (2010). Las tres dimensiones de la crisis. *Mundo Siglo XXI* (22), pp. 5-35.

Kempf, Rodolfo (2025, enero 27). *Milei: Un plan nuclear neocolonial para una Argentina Sociedad Anónima*. CTA. <https://ctaa.org.ar/milei-un-plan-nuclear-neocolonial-para-una-argentina-sociedad-anonima/>

Keucheyan, Razmig (2013). *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*. México: Siglo XXI Editores.

Krugman, Paul (2024, septiembre 20). El recorte de tasas en Estados Unidos no fue político: era una necesidad económica, *Infobae*. <https://www.infobae.com/americas/the-new-york-times/2024/09/20/el-recorte-de-tasas-en-estados-unidos-no-fue-politico-era-una-necesidad-economica/>

Kosík, Karel (1967). *Dialéctica de lo concreto*. Barcelona: Grijalbo.

Kundnani, Hans (2024, julio 5). *No, el Brexit no convirtió a Gran Bretaña en una distopía*. Jacobin Revista. <https://jacobinlat.com/2024/07/no-el-brexite-no-convirtio-a-gran-bretana-en-una-distopia/>

Laje, Agustín (2022). *La batalla cultural. Reflexiones críticas para una nueva derecha*. México: HarperCollins.

Lakner, Christoph & Milanovic, Branko (2015). La distribución global del ingreso. De la caída del muro de Berlín a la gran recesión. *Revista de Economía Institucional*, 17(32). <https://doi.org/10.18601/01245996.v17n32.03>

Leite Lopes, Sergio (2011). *El vapor del diablo*. Rosario: Antropofagia.

Lenguita, Paula (2010). Las relaciones de teletrabajo: Entre la protección y la reforma. *Argumentos*, 64(23), pp. 245-263.

Lenin, Vladimir I. (1917). *El imperialismo, fase superior del capitalismo (esbozo popular)*. Fundación Federico Engels. https://www.fundacionfedericoengels.net/images/PDF/lenin_imperialismo.pdf

Lenin, Vladimir I. (1998). *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*. Fundación Federico Engels.

Lima, Licínio (2014). Revisión crítica de la hegemonía de un cierto concepto de “aprendizaje a lo largo de la vida”. *Decisio. Saberes para la acción en educación de adultos* (39), pp. 34-38.

Lionis, Grigoris (2024). *IA y Movimiento Sindical: Documentos y materiales del Simposio del IOI – theory and praxis*. Instituto Obrero Internacional. <https://www.theoryandpraxis.eu/ai-trade-union-movement-documents-materials-from-the-iwi-symposium/?lang=es>

López G., Julio (2020). En memoria de Kalecki: Estudios sobre la economía de los Estados Unidos. *El trimestre económico*, LXXXVII (4) (348), pp. 1133-1157. <https://www.eltrimestreeconomico.com.mx/index.php/te/article/view/1177>

Luci, Florencia (2012). La industria de la consultoría y la constitución de la élite managerial de las grandes empresas argentinas. *Trabajo y sociedad* (18), pp. 121-139.

Maito, Esteban E. (2013). La transitoriedad histórica del capital. *Razón y Revolución*, pp. 129-159.

Marticorena, Clara (2015). «Revitalización» sindical y negociación colectiva en Argentina (2003-2011). *Perfiles latinoamericanos*, 23(46), pp. 173-195.

Marx, Karl (1890). *El Capital. Crítica de la economía política*. Progreso. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/capital/karl-marx-el-capital-tomo-i-editorial-progreso.pdf>

Marx, Karl (1972). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858* (Vol. 2). México: Siglo XXI Editores.

Marx, Karl (1990). *El Capital. Crítica de la economía política*. Progreso. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/capital/karl-marx-el-capital-tomo-i-editorial-progreso.pdf>

Mayor, S. (s. f.). *La huelga de guionistas y el capitalismo de plataformas* (No. 1) [Spotify]. Recuperado 12 de marzo de 2025, de <https://open.spotify.com/episode/35QCQdSFtxZ59WleqsgzeI>

Mazzucato, Mariana (2024, enero 19). El Estado no debe corregir los mercados, debe formarlos. *El País*. <https://elpais.com/america-colombia/2024-01-29/mariana-mazzucato-economista-el-estado-no-debe-corregir-los-mercados-debe-formarlos.html>

Meiksin Wood, Ellen (2000). *Democracia contra Capitalismo. La renovación del materialismo histórico*. México: Siglo XXI Editores.

Méndez, Pablo Martín (2021). *El discurso anti-estatal ante la pandemia del Covid-19. Entre los espectros del fascismo y los mundos distópicos*. [Ponencia] XIV Jornadas de Sociología, Buenos Aires. <https://cdsa.aacademica.org/000-074/9.pdf>

Merino, G. (2025, marzo 18). *Este acuerdo entre Rusia y EE.UU es un gran paso hacia la paz en Ucrania*.X (formerly Twitter). <https://x.com/gabrielmerino1/status/1902118958230061426>

Merino, Gabriel E. (2022, octubre). La guerra en Ucrania, un conflicto mundial. *Revista Estado y Políticas Públicas*, 19, 113-140.

Merino, Gabriel E.; Bilmes, Julian, & Barrenengoa, Amanda (2022, junio 13). *Ascenso de China: Contradicciones sistémicas y desarrollo de la Guerra Mundial Híbrida y Fragmentada*. Instituto Tricontinental de Investigación Social. <https://thetricontinental.org/es/argentina/chinacuaderno3/>

Mezzadri, Alessandra (2019). On the value of social reproduction. *Radical Philosophy* (204), pp. 33-41. <https://www.radicalphilosophy.com/article/on-the-value-of-social-reproduction>

Michinton, Walter (1990). The rise and fall of the British Coal Industry: A review article. *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 77(32), pp. 212-226.

Morgenfeld, Leandro (2024, noviembre 8). El triunfo y la agenda agresiva de un Trump recargado. *Jacobin Revista*. <https://jacobinlat.com/2024/11/el-triunfo-y-la-agenda-agresiva-de-un-trump-recargado/>

Mouffe, Chantal (2022). Herederos de la globalización neoliberal. En *Neofascismo: ¿Cómo surgió la extrema derecha global (y cuáles pueden ser sus consecuencias)?* Buenos Aires: Capital Intelectual.

Moulier-Boutang, Yann (2011). *Cognitive capitalism*. Cambridge: Polity Press.

Mudde, Cas (2023, julio 18). Cas Mudde: «La ultraderecha se ha normalizado». CCCB LAB. <https://lab.cccb.org/es/cas-mudde-la-ultraderecha-se-ha-normalizado/>

Napoli, Bruno; Perossino, Celeste & Bosisio, Walter (2014). *La dictadura del capital financiero. El golpe corporativo militar y la trama bursátil*. Buenos Aires: Peña Lillo.

Nash, June (2015). *Hegemonía empresarial en Estados Unidos. Claves para una etnografía de los ciclos industriales en las comunidades urbanas* (Colección Estudios de Antropología del Trabajo). Rosario: Antropofagia.

Neffa, Julio César (2015). *Los riesgos psicosociales en el trabajo. Contribución a su estudio*. Buenos Aires: CEIL, UNNE, UNLP, UNM. https://www.ceil-conicet.gov.ar/?attachment_id=6689

Neiman, Melina; Lombardi Mayán, Julia; Bardomás, Silvia; Bober, Gabriel; Chernobilsky, Lilia & Neiman, Guillermo (2023). Heterogeneidad y vulnerabilidad del empleo agrario en la Argentina. *Estudios del Trabajo. Revista de la Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo (ASET)* (66). <https://ojs.aset.org.ar/revista/article/view/135>

Nieva, Michel (2024). *Ciencia ficción capitalista. Cómo los multimillonarios nos salvarán del fin del mundo*. Barcelona: Anagrama.

Noelle-Neuman, Elisabeth (1995). *La espiral del silencio. Opinión política: Nuestra piel social*. Barcelona: Paidós.

Pérez, Carlota (2010). Technological revolutions and techno-economic paradigms. *Cambridge Journal of Economics*, 34(1), pp. 185-202.

Pérez, Carlota (2018, agosto). Las raíces tecnológicas y las consecuencias estructurales de la «doble burbuja» en el cambio de siglo. *Cuadernos del CENDES*, 35(98), pp. 1-37.

Petro [@petrogustavo], G. (2023, diciembre 5). *Este es mi discurso completo en la inauguración de la COP 28, para quien lo quiera analizar: Discurso para la COP 28 Las emisiones de CO2 también se pueden medir en términos de desigualdad social. Son ricos quienes más emiten CO2 y más consumen carbono; son pobres quienes menos* [Tweet]. Twitter. <https://x.com/petrogustavo/status/1732095227429584992>

Picketty, Thomas (2013). *El Capital en el siglo XXI*. México: Fondo de Cultura Económica.

Press, Alex (2024, Fall). How the U.S. Labor Movement Is Confronting AI. *New Labor Forum* 33 (3). <https://newlaborforum.cuny.edu/2024/10/09/how-the-u-s-labor-movement-is-confronting-ai/>

Red ARQA (2021, mayo 7). *Margarete Schütte-Lihotzky 1897—2000 Un día, una arquitecta*. ARQA. <https://arqa.com/actualidad/colaboraciones/margarete-schutte-lihotzky-1897-2000-i-un-dia-una-arquitecta.html>

Rifkin, Jeremy (1995). *El Fin del Trabajo*. Barcelona: Paidós.

Roberts, Michael (2022, enero 23). La tasa de ganancia mundial: Nuevas evidencias importantes. *Sin Permiso*. <https://www.sinpermiso.info/textos/la-tasa-de-ganancia-mundial-nuevas-evidencias-importantes>

Rullani, Enzo (1999). El capitalismo cognitivo ¿un déjà-vu? En *Capitalismo cognitivo, propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de sueños.

Sánchez Storni, W. (2024). *Detrás de las huellas de la transición energética* [Tesis de Maestría]. Universidad de Valencia.

Schumacher, Ernst F. (1973). *Small is beautiful; economics as if people mattered*. Harper & Row.

Seman, Ernesto (2011, noviembre 1). Occupy Wall Street: ¿la contracara del Tea Party? *Nueva Sociedad | Democracia y política en América Latina*, (236). <https://nuso.org/articulo/occupy-wall-street-la-contracara-del-tea-party/>

Seoane, José & Ferolla, Carlos M. (2022, mayo 11). *Dominación y deuda externa en Nuestra América*. Tricontinental: Institute for Social Research. <https://thetricontinental.org/es/argentina/nuestraamerica1-seoaneyferolla/>

Skott, Peter & Ryoo, Soon (2008). Macroeconomic implications of financialisation. *Cambridge Journal of Economics*, 32(6), pp. 827-862.

Srnicek, Nick (2018). *Capitalismo de Plataforma*. Buenos Aires: Caja Negra. <https://catedra.javierbalcaza.com.ar/descargas/textos/Capitalismo%20de%20Plataforma-Nick%20Srnick.pdf>

Streeck, Wolfgang (2021). Elecciones alemanas. *New Left Review* (131), pp. 7-18.

Tariq, Sanobar; Jan, Farzand A., & Ahmad, Muhammad S. (2016). Green employee empowerment: A systematic literature review on state-of-art in green human resource management. *Quality & Quantity*, (50), pp. 237-269.

Televisión Pública (Director). (2009, diciembre 4). *Asunción Alfonsín- Primer discurso de Dr Alfonsín como Presidente de la Nación*.- [Video recording]. https://www.youtube.com/watch?v=prDz3z_Z8Fk

Televisión Pública (Director). (2015, julio 22). *Visión 7—El plan Quinita y otros avances en salud* [Video recording]. <https://www.youtube.com/watch?v=gBs8W3omSA0>

Todd Spence [@Todd_Spence]. (2023, julio 13). *President of SAG-AFTRA Fran Drescher's speech against the AMPTP was fantastic. A historical day.* <https://t.co/iTzQY7xxtB> [Tweet]. Twitter. https://x.com/Todd_Spence/status/1679578801716723712

Toffler, Alvin (1980). *La tercera ola*. Barcelona: Plaza & Janes.

Toussaint, Eric (2003). Las crisis de la deuda externa de América Latina en los siglos XIX y XX. CADTM. <https://www.cadtm.org/Las-crisis-de-la-deuda-externa-de-America-Latina-en-los-siglos-XIX-y-XXe>

Toussaint, Eric (2016, julio 1). *La deuda y el libre comercio como instrumentos de subordinación en Latinoamérica desde su independencia*. CADTM. <https://www.cadtm.org/La-deuda-y-el-libre-comercio-como>

Traverso, Enzo (2022, abril 10). El posfacismo en ascenso. *Jacobin Revista*. <https://jacobinlat.com/2022/04/posfacismo-traverso/>

UN Secretary-General (1994). *An Agenda for Development: Report of the Secretary-General*. <https://digitallibrary.un.org/record/188719>

Varela, Paula (2020). La reproducción social en disputa: Un debate entre autonomistas y marxistas. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda* (16), pp. 71-92. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n16.241>

Vargas Carbonell, Humberto; Padilla Rush, Rigoberto; Isa Conde, Narciso; Handal, Schafik J. & Echegaray, Patricio (1990). *Carta abierta a las fuerzas revolucionarias y progresistas de América Latina y el Caribe*. <https://cedema.fra1.digitaloceanspaces.com/>

Varoufakis, Yanis (Director). (2024, febrero 4). *A video-text summary of my argument that we now live in the age of Technofeudalism (in 16', 2000 words)* [Video recording]. X. <https://x.com/explore>

Ventrici, Patricia (2022). Capitalismo de plataformas en América Latina. *Diálogo social. Asociación Internacional de Sociología*, 12(2), pp. 14-15.

Vitale, Ermanno; Salvago, Pietro; Campanella, Andrea F. & Cirrincione, Luigi (2024). Emerging occupational risks in green jobs: A review. *International Journal of Occupational Medicine and Environmental Health*, 37(3), pp. 244-256. <https://doi.org/10.13075/ijomeh.1896.02396>

Wanschelbaum, Cinthia (2022). La ofensiva de la derecha en la educación y las formas encubiertas de privatización. *Espacios en Blanco. Revista de Educación*, 1(32), pp. 173-186. <https://doi.org/10.37177/UNICEN/EB32-323>

Wanschelbaum, Cinthia & Giniger, Nuria (2023). ¿Es un monstruo grande y pisa fuerte? El fascismo en y del siglo XXI. *Cuadernos Marxistas* (27), pp. 6-12.

Wolf, Andrew (2023, agosto 5). *The WGA Strike Is a Fight Against Silicon Valley's Gigification of the Entire Economy*. Jacobin. <https://jacobin.com/2023/05/wga-writers-guild-of-america-strike-silicon-valley-gigification-economy-residuals>

Xi, Jinping (2023). *Texto íntegro de discurso de apertura de Xi Jinping en tercer Foro de la Franja y la Ruta para la Cooperación Internacional—Portal de la Franja y la Ruta*. <https://esp.yidaiyilu.gov.cn/p/335040.html?cateName=Xi%20Jinping%20y%20la%20Iniciativa%20de%20la%20Franja%20y%20la%20Ruta>

Zachariah, Dave (2009). *Determinants of the average profit rate and the trajectory of capitalist economies*. 3(1), pp. 13-36.

Zukerfeld, Mariano; Liaudat, Santiago S. (2024). El materialismo cognitivo: Un estado del arte. *Trilogía Ciencia Tecnología Sociedad*, 16(33). <https://doi.org/10.22430/21457778.3112>

Sobre autores y autoras

Nuria Giniger

Investigadora del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CEIL-CONICET), Argentina. Es Doctora y Licenciada en Antropología Social, por la Universidad de Buenos Aires. Docente de la UBA, UTN y UNCoMA. Especialista en los aportes de Antonio Gramsci y miembro de la Asociación Gramsci Argentina. Su actual línea de investigación son las transformaciones de la hegemonía empresaria a partir de la crisis. Sus trabajos abordan el análisis de las políticas corporativas, particularmente de la responsabilidad social empresaria, la transición energética, el vínculo con el Estado y los sindicatos. Ha realizado numerosos talleres y cursos con organizaciones de trabajadoras y trabajadores. Ha publicado numerosos libros, artículos y capítulos de libros.

Vijay Prashad

Historiador, editor y periodista indio. Es miembro de la redacción y corresponsal en jefe de Globetrotter. Es editor en jefe de LeftWord Books y director del Instituto Tricontinental de Investigación Social. También es miembro senior no-residente del Instituto Chongyang de Estudios Financieros de la Universidad Renmin de China. Ha escrito más de 20 libros, entre ellos *The Darker Nations* y *The Poorer Nations*. Sus últimos libros son *Struggle Makes Us Human: Learning from Movements for Socialism* y *The Withdrawal: Iraq, Libya, Afghanistan, and the Fragility of U.S. Power* (con Noam Chomsky).

Este libro es tanto un análisis de los problemas que plantea el neofascismo como una advertencia contra él. Espero que las y los lectores presten atención a esa advertencia y difundan ampliamente sus ideas en los movimientos sociales y políticos, hasta llegar al corazón de una clase trabajadora que, poco a poco, está redescubriéndose a sí misma.

De la Presentación de Vijay Prashad.

CONICET



C E I L

